



**NACIONALISMO Y RESISTENCIA
CONTRA LA OCUPACIÓN AMERICANA
DE 1916**



Archivo General de la Nación
Volumen CCCXVI

ROBERTO CASSÁ

**NACIONALISMO Y RESISTENCIA
CONTRA LA OCUPACIÓN AMERICANA
DE 1916**

Santo Domingo
2018

Cuidado de edición: Aimara Vera Riverón y Juan Francisco Domínguez N.
Corrección: Daniel García Santos
Diagramación y diseño de cubierta: Juan F. Domínguez N.
Motivo de cubierta: Composición fotográfica con imágenes de los actores principales del nacionalismo y la resistencia contra la ocupación americana de 1916.

Primera edición, 2017

© Roberto Cassá, 2017

De esta edición
© Archivo General de la Nación (Vol. CCCXVI)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz No. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tél. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-9101-4-8

Impresión: Editora Centenario, S. R. L.

Impreso en la República Dominicana • Printed in the Dominican Republic

CONTENIDO

Movimientos sociales durante la intervención militar norteamericana en República Dominicana.....	9
Introducción.....	9
La respuesta campesina al Estado.....	15
El liborismo.....	17
Los «gavilleros».....	23
El gremialismo.....	31
El nacionalismo.....	35
Orígenes remotos del gavillerismo.....	41
Antecedentes inmediatos del gavillerismo en el Este.....	51
Emergencia del gavillerismo frente a la ocupación militar.....	61
Los «gavilleros».....	71
Gavillerismo, delito común y sector azucarero en el Este.....	79
Vicentico.....	89
La campaña de Vicentico.....	101
Los del monte vistos por los pacíficos.....	117
Ramón Natera.....	125
Ramón Batía.....	135
Martín Peguero.....	141
Tolete.....	147
Cabo Gil.....	151
Mayito Reyes.....	157

ROBERTO CASSÁ

Bandidos en el Este.....	161
Mambrú.....	165
Mon Pastor.....	166
Negro Bemba.....	168
Fermín Domínguez.....	169
Bandas en Hato Mayor.....	169
J. E. Kunhardt: un precursor del obrerismo dominicano.....	171
Persecución y muerte de Olivorio Mateo.....	179
Bibliografía.....	203
Índice onomástico.....	207

MOVIMIENTOS SOCIALES DURANTE LA INTERVENCIÓN MILITAR NORTEAMERICANA EN REPÚBLICA DOMINICANA

INTRODUCCIÓN

Durante la primera intervención militar de Estados Unidos en República Dominicana, entre 1916 y 1924, fue característico que se activaran movimientos sociales que expresaban variantes de la resistencia al programa de los ocupantes.¹ En lo fundamental estos movimientos existían desde los años previos al establecimiento del Gobierno Militar, pero a partir de este tomaron una dimensión significativamente mayor y adquirieron nuevos matices. Por ello, los ocho años que duró la ocupación se caracterizaron por la intensidad de los movimientos sociales, lo que se puede atribuir a la combinación de los elementos subjetivos que introducía el dominio extranjero con el rechazo a la culminación de los programas de modernización que

¹ Una visión exhaustiva de la época en Bruce Calder, *The Impact of Intervention*, Austin, 1984.

venían siendo esbozados en el seno del Estado dominicano desde décadas anteriores.²

A partir de 1879, cuando los liberales se hicieron del control del gobierno, todas las administraciones tuvieron por propósito primario aunar una modernización al estilo de la existente en los países centrales, logrando tan solo impulsar elementos parciales. Vinculado a ello se encontraba el atraso del polo capitalista que emergió en esos años alrededor de la industria azucarera. Esta situación provocó una dialéctica tensa entre las exigencias de modernización y la persistencia arraigada de formas de vida tradicionales, entre los ímpetus centralizadores y «civilizadores» del Estado y la imposibilidad para hacerlos efectivos en todos los espacios de la sociedad. Por encima del objetivo de implantación de un sistema democrático, el gobierno no tenía otro modo de funcionamiento que no fuera la dictadura, único medio de controlar la oposición de diversos agentes, que se expresaba en insurrecciones de caudillos.

A pesar de este contratiempo, la aparición de relaciones capitalistas impulsaba tendencias básicas de modernización, pero sin llegar a contravenir la recreación de relaciones pre-capitalistas, con la subsiguiente fortaleza de agentes sociales tradicionales. Tal resultante de modernización parcial –juugada frustratoria por burócratas e intelectuales– daba lugar a la vigencia de fórmulas de acción social premodernas. Desde el momento en que seguía siendo factible escapar a la proletarización, la resistencia a la modernización capitalista no alcanzaba dimensiones amplias ni intensidad aguda. De todas maneras, no dejaron de aparecer movimientos sociales novedosos, relacionados con la emergencia de cambios en las condiciones de vida. Pero tales movimientos no significaban una oposición abierta a la modernización, sino más bien una actitud de refugio frente a las nuevas condiciones o de búsqueda de la

² Jaime de Jesús Domínguez, *La dictadura de Heureaux*, Santo Domingo, 1986.

restitución de las condiciones políticas previas, sin implicar un programa alternativo de sociedad. Se trataba de respuestas defensivas inmediatas, de escasas consecuencias por su incapacidad de compactar a sectores amplios o heterogéneos. Más que responder a una contraposición expresa y acabada de proyectos políticos o sociales, los movimientos con mayor vitalidad tenían la característica de afirmar un sistema de vida y de valores que era percibido por los dirigentes del Estado –y luego los oficiales norteamericanos de la Infantería de Marina– como contrapuesto a los objetivos aceptados de la acción estatal.

Este último rasgo se asoció, en gran medida, al hecho de que la relación conflictual de la masa trabajadora y campesina con la modernización se mantuviese en planos individuales. Se trataba, por supuesto, de una señal de continuidad de comportamientos propios de una sociedad precapitalista, en los que algunos pensadores de la época localizaban la quintaesencia de los males, el denostado *individualismo*.³ Cada quien trataba de eludir las presiones tributarias, buscaba la inserción mínima en el trabajo asalariado y, en general, esquivaba las consecuencias del proyecto global de modernización, que, en primer lugar, comportaba la integración de la población a la lógica del mercado. Y, aunque los elementos del capitalismo avanzaban, la población tenía medios para escapar a las compulsiones estatales y del mercado, puesto que la todavía escasa rentabilidad del capitalismo y el no agotamiento de la frontera agrícola generaban limitada presión sobre la tierra, lo que permitía a cualquiera ocupar lugares baldíos.⁴

A pesar de las aspiraciones de modernización que mostraban, burócratas e intelectuales no dejaban de tener conciencia de que no era factible presionar más allá de ciertos límites. Las élites gobernantes percibían que sus intereses pasaban también

³ José Ramón López, «La paz en la República Dominicana (1915)», en *Ensayos y artículos*, Santo Domingo, 1991, pp. 147 y ss.

⁴ Alcibiades Alburquerque, *Títulos de los terrenos comuneros en República Dominicana*, Ciudad Trujillo, 1961.

por la protección de la parcela precapitalista, como se infiere de las disposiciones de exoneraciones tributarias o de servicio militar concedidas a quienes sembraran café y cacao. Desde luego, no dejaban de darle prioridad al desarrollo de la gran propiedad, de preferencia extranjera, prototipo de la modernidad. Pero la incapacidad hegemónica, expresada en rivalidades sempiternas entre fracciones y en la imposibilidad de que el gobierno subordinara por completo a los agentes locales de poder, ratificaba una débil impronta de las funciones transformativas del aparato estatal.

Esa debilidad estatal motivó que los programas verdaderamente ambiciosos no pudieran pasar del papel o tuvieran ámbitos de aplicación modestos y con frecuencia distorsionados. Un ejemplo de la imposibilidad rotunda de aplicar un proyecto se tiene en la ley agraria inspirada por Emiliano Tejera en 1895, que encontró la oposición de los terratenientes tradicionales y los caudillos locales.⁵ Por igual, la ley de caminos de 1907, que establecía un impuesto anual en trabajo, ofrece el ejemplo de una disposición que solo se aplicó de manera limitada. Las distorsiones se ejemplifican en la ley de partición de los terrenos comuneros de 1912, cuya aplicación dio lugar a tantos fraudes que, en vez de resolver el problema, contribuyó a agravarlo por la proliferación de títulos falsos.

Ante la precaria obtención de excedentes, el Estado no lograba los medios para emprender grandes obras que contribuyeran decisivamente a la valorización de la tierra y al fomento de la inversión y los intercambios.⁶ Tras la irracional construcción del Ferrocarril Central Dominicano, concluido en 1897, el gobierno solo pudo agregarle un tramo, con el fin de conectarlo con Moca y, desde ahí, con el Ferrocarril

⁵ Raymundo González, «Ideología del progreso y campesinado en el siglo XIX», en *Ecos*, año I, núm. 2, 1993, pp. 25-43.

⁶ Paul Mutto, «The Illusory Promise: the Dominican Republic and the Process of Economic Development, 1900-1930», tesis doctoral en la Universidad de Washington, 1976.

La Vega-Sánchez.⁷ Hubo que esperar al apogeo del régimen de Ramón Cáceres (1906-1911), el único estable entre 1900 y 1916, para que se construyeran cortos tramos de carreteras desde Santo Domingo y se comenzara la mejoría de los caminos reales, a fin de que en algunos de ellos los vehículos pudieran circular durante la temporada seca. En contraste con esta persistente impotencia, los norteamericanos procedieron a subordinar a todos los agentes locales de poder a las necesidades de un plan integral de modernización. Durante los años de la dictadura militar extranjera se adoptó una legislación que aseguraba la regularización de la propiedad privada sobre el suelo, se hicieron viables las concesiones de franquicias para los inversionistas, se extremó la presión sobre las masas y se impulsó un plan de obras públicas que transformó la faz del país. Como era de esperar, la rapidez y fuerza con que operaron los invasores conllevó estremecimientos en diversos órdenes.⁸

Esta capacidad ejecutiva no fue ajena al hecho de que durante la intervención militar se registraran cambios acelerados en la economía, cuya punta de lanza siguió radicando en el sector azucarero. Este pasó a gravitar de una manera mucho más potente gracias a una corriente de inversiones vinculada a los altos precios entonces vigentes en el mercado mundial. La casi totalidad del sector pasó a manos de corporaciones norteamericanas. Al tiempo que la industria azucarera provocaba la contratación masiva de mano de obra asalariada, con la consecuente incorporación de los trabajadores a una economía de mercado, se produjo en esos años una acusada carestía de la vida, dada la restringida importación de bienes hasta el final de la guerra mundial y la inflación generada por la elevación del circulante. El resultado fue un marcado empeoramiento de las condiciones de vida de las porciones proletarizadas de

⁷ Michiel Baud, *Historia de un sueño: los ferrocarriles públicos en la República Dominicana, 1880-1930*, Santo Domingo, 1993.

⁸ Detalles al respecto en Melvin M. Knight, *Los americanos en Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, 1939.

la población. A ello se agregó la desposesión generalizada de campesinos en la franja de desarrollo del sector azucarero, sobre todo en la banda sur, desde Barahona hasta La Romana, así como en otros polos asociados a redes urbanas.

Fue este nuevo contexto lo que generó la emergencia de actitudes de resistencia frente a los intereses estatales y de las élites sumadas al programa de modernización. Los movimientos sociales estuvieron, por tanto, contextualizados por las modalidades de resistencia que presentaron segmentos variados de la población a esos programas, que alcanzaron su cénit en esos años. En lo fundamental, empero, tales respuestas expresaban marcos sociales o regionales segmentados, pues no aparecieron las instancias que permitieran la convergencia de propósitos alrededor de un programa ampliamente compartido. A pesar de la intensidad de los cambios, la resistencia de los agentes sociales no llegó a erigir obstáculos insuperables para la aplicación del programa modernizador. Los afectados no pudieron trascender lógicas segmentadas y defensivas que dejaban amplios márgenes de maniobra a los norteamericanos.

Hubo de acontecer que la reivindicación nacional en pos de la restitución de la soberanía compensara los planos dispersos en que se expresaban las demandas sociales. Pero la capacidad articuladora de las consignas nacionalistas solo tenía efectos parciales, resultado por el cual no se produjeron finalmente conexiones entre algunos de los movimientos sociales más representativos. Las fórmulas más acabadas de la demanda nacional quedaron restringidas a sectores urbanos que en buena medida dieron la espalda a los movimientos que expresaban resistencia social. Se retroalimentó la tendencia en el seno de las clases populares a focalizar sus demandas en los planos arriba considerados, aunque cobraran intensidad.

Estos desfases entre los mecanismos de resistencia quedan tipificados en los cinco tipos de movimientos sociales que emergieron durante la ocupación militar.

LA RESPUESTA CAMPESINA AL ESTADO

El primero de los movimientos que canaliza la oposición a los programas de modernización fue la repulsa campesina a las presiones estatales. Aunque también se produjo una corriente de protesta contra los términos desiguales del intercambio, esta no generaba una oposición activa, sino el fortalecimiento de la renuencia a la participación creciente en los mecanismos de mercado. El campesinado no estaba dispuesto a variar su patrón de limitarse a producir lo estrictamente necesario para la supervivencia. Ahora bien, las reformas implantadas por los norteamericanos conllevaban presiones incrementadas para obligar a la generación de mayores excedentes. Con tal fin se introdujeron tributaciones novedosas, como un impuesto a la propiedad territorial, que obligaba al pago anual de hasta 3% del precio adjudicado a la tierra, lo que obligaba a los propietarios a acrecentar la producción o bien vender la parcela. De la misma manera, la nueva ley de partición de los terrenos comuneros, cuya aplicación conllevaba sumas importantes para el pago de los trámites legales, exacerbó los fraudes y atizó los conflictos en el campo.

La medida más resentida fue la puesta en vigencia de la ley de caminos, según la cual cada adulto de sexo masculino debía trabajar cuatro días al año, que podían ser consecutivos de estimarse necesario, o bien pagar un impuesto en efectivo de dos pesos. Aunque se dejaba la opción de redimir el trabajo con dinero, esto no resultaba fácil a una gran masa campesina alejada de los focos de expansión del capitalismo. De manera que, como lo pone de manifiesto Pedro San Miguel, el impuesto fue concebido como una exigencia compulsiva de trabajo al campesinado.⁹ La ley fue inicialmente aprobada en 1907, pero solo comportaba un día de trabajo por trimestre o el pago

⁹ Pedro San Miguel, «Exacción estatal y resistencia campesina en el Cibao durante la ocupación norteamericana de 1916-24», en *Ecos*, año 1, núm. 2, 1993, pp. 77-100.

de un peso al año. Es evidente que se buscaba reducir en la medida de lo socialmente permitido los costos de la construcción de carreteras, el aspecto más sobresaliente de la inversión gubernamental.

El incremento de la presión tributaria sobre la masa campesina tuvo efectos considerables porque los invasores diseñaron medios para compeler a grandes franjas de la población al cumplimiento de la ley. Entre otras medidas, se confeccionaron listas de «prestatarios» por parajes y se dispuso el apresamiento de los campesinos incumplidores; aun así, proliferaron respuestas, como fue la huida de las labores por parte de estos trabajadores forzados.

De todas maneras, la mejoría del sistema administrativo, la capacidad de imposición de una fuerza militar extranjera y el propósito definido de construir largas carreteras permitieron hacer efectivo el reclutamiento para el trabajo forzado de amplias masas rurales. Antes de la ocupación, era frecuente que las autoridades no se atrevieran a adoptar medidas punitivas cuando las personas se negaban a trabajar. Los marines, por el contrario, se emplearon a fondo en la aplicación de castigos, procediendo a juzgar y a encarcelar a los infractores.

La resistencia a esta modalidad de presión tributaria se generalizó y se convirtió en fenómeno de escala nacional. En cada sección rural se contaban por centenares las personas que se negaban a abonar sus contribuciones, lo que evidenciaba que los campesinos no estaban dispuestos a ser sometidos a un régimen generalizado de compulsión directa ni a que recayeran sobre ellos los esfuerzos de obras que beneficiarían sobre todo a las capas dirigentes urbanas. Ante el riesgo de desórdenes mayúsculos –como amenazaban producirse– o incluso de respuestas sediciosas, los gobernantes extranjeros procedieron a atemperar las cargas.

Con todo, la oposición rural no traspasó en lo fundamental el nivel de la resistencia individual; es por eso que San Miguel la califica de «menos conspicua», al contrastarla con la lucha

armada en el Este. Sin embargo, esa resistencia campesina a la presión estatal tenía una connotación de clase más definida que cualquier otra lucha agraria. No se trataba de una oposición política, en el sentido convencional, lo que explica el aislamiento del campesinado de la movilización nacionalista urbana. En el mismo orden se puede entender que no condujera a una guerra clásica campesina; no obstante la oleada de expropiaciones y de ampliación del latifundio, se mantenía la trama de equilibrios sociales propios de la economía precapitalista, puesta de relieve por Bonó.¹⁰ El incremento de relaciones capitalistas no descartó los mecanismos de reciclaje de la sociedad rural tradicional,¹¹ por lo que entre los proletarios agrícolas se manifestaron más bien fórmulas de «resistencia cotidiana», de acuerdo a lo teorizado por James Scott,¹² como lo ha puesto de relieve Catherine LeGrand para el Ingenio Ozama.¹³ Fueron excepcionales los casos en los que la resistencia campesina frente a las expropiaciones tomó proporciones colectivas masivas, como sucedió en Campiña y Chavón Abajo a partir de los dos años finales de la intervención, debido a una litis entre dos compañías azucareras, el Central Romana y la Casa Vicini.¹⁴

EL LIBORISMO

En la aldea La Maguana, casi en el piedemonte septentrional del valle de San Juan (zona suroccidental), en el verano de 1908,

¹⁰ Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Pedro F. Bonó*, Santo Domingo, 1964, pp. 288 y ss.

¹¹ Luis Gómez, *Relaciones de producción dominantes en la sociedad dominicana, 1875-1975*, Santo Domingo, 1976.

¹² James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, 1985.

¹³ Catherine LeGrand, «Informal Resistente on a Dominican Sugar Plantation during the Trujillo Dictatorship», en *Ecos*, año IV, núm. 5, 1996, pp. 141-198.

¹⁴ Roberto Cassá, «Campiña: un caso aislado de lucha agraria», en *Isla Abierta*, 14 de julio de 1990. Las conclusiones de este artículo están pendientes de reelaboración por la obtención de información oral *in situ* en 1996.

Olivorio Mateo, un lugareño conocido como Liborio, declaró estar investido de una misión divina, para la cual Dios le había conferido poderes sobrenaturales. De inmediato, se hizo muy conocido entre grandes contingentes de campesinos de diversos lugares del país, sobre todo de las comarcas circundantes a San Juan.

Liborio se dedicó a la curación de enfermedades, lo que le granjeó enorme popularidad, y hacía predicciones acerca de lo que acontecería en el futuro. Vinculándola a los avances técnicos de la época, anunció la emergencia de una edad siniestra, en que «no se conocería hijo con pai»;¹⁵ tras esta caída, sobrevendría el retorno de Cristo y la realización de su reino en la tierra, «el gozo general».

Conjuntamente con su mensaje religioso, la prédica de Olivorio Mateo implicaba la reivindicación de una moral que rescataba los estilos sencillos y solidarios de la vida campesina, dotándolos de connotación religiosa. Sin que interviniera una contraposición deliberada con la cultura urbana, dicha moral recuperaba patrones peculiares de la cultura campesina, como la no distinción entre lo sagrado y lo profano.¹⁶ Por ello, el liborismo aceptaba la práctica de la poligamia por parte de las figuras prestigiosas y, ocasionalmente, actos de lo que se calificó despectivamente como «amor libre».¹⁷ Adicionalmente, los liboristas se organizaron en función de rituales y fórmulas esotéricas, conformando con rapidez una suerte de subcultura, en la cual se recomponían costumbres y mentalidades consuetudinarias.

No pasó mucho tiempo antes de que las autoridades encontraran en la prédica liborista una expresión de «superstición»

¹⁵ Entrevistas con Arquímedes Valdez, La Maguana, octubre de 1993. El señor Valdez era hijo de Olivorio Mateo.

¹⁶ Lusitania Martínez, *Palma Sola. Opresión y esperanza (Su geografía mítica y social)*, Santo Domingo, 1991, pp. 144-145.

¹⁷ Hubo otras prácticas, como el nudismo festivo, que se mencionó en varias ocasiones como ignominia propia del liborismo. De seguro no tuvo esa connotación, pero se registró esporádicamente. Por ejemplo, en Constanza, una sucursal liborista animada por Juan Pedro Abreu, «El hijo del hombre», realizó fiestas nudistas en la vivienda de un tal Bullón en el paraje de Arroyo Arriba. Entrevista con Modesto Suriel, Las Auyamas, Constanza, diciembre de 1994.

o «salvajismo», una ocurrencia vergonzosa para el prestigio de la región.¹⁸ Se hizo, pues, cuestión de principios destruir ese culto, porque se estimaba que ponía en peligro la estabilidad de la región. En la figura de Liborio, con razón, se identificaba la emanación de un contrapoder.¹⁹

El profeta fue apresado y procesado en 1909, bajo la acusación de ejercicio ilegal de la medicina, y resultó luego descargado en Azua. Meses después, en 1910, se le volvió a aprehender, pero sus seguidores lo liberaron, puesto que estaban preparados para la ocurrencia y habían constituido una tropa militar que, según la tradición, estaba dirigida por criminales prófugos redimidos por el profeta. Tras esporádicas persecuciones y escaramuzas, el gobierno de Cárceles renunció a sostener las persecuciones, por medio de un entendido en 1911.²⁰ Por lo visto, a pesar de haber logrado imponer la paz, el gobierno central tuvo que aceptar una virtual autonomía local, con tal de que no se acudiera a la insurrección.

De todas maneras, en la medida en que el liborismo se había orientado a enfrentar el hostigamiento estatal, se transformó en movimiento social. Es cierto que no aspiraba a transformar la sociedad y carecía de un programa dirigido hacia el Estado; por el contrario, manifestaba el ya señalado instinto del campesinado de mantenerse alejado de la vida urbana. En otros términos, los liboristas no exponían un programa contestatario de tipo político. A través de la adscripción a una creencia juzgada por los detentores del poder como contraria a la civilización, exteriorizaban un estilo de vida y la disposición a defenderlo.

¹⁸ Esta diatriba se fue agudizando en sectores de la élite urbana. Véase al respecto, E. O. Garrido Puello, *Olivorio y otros ensayos*, Santo Domingo, 1963.

¹⁹ Es la idea válida esbozada por un escritor venezolano, a pesar de que su relato contiene abundantes inexactitudes. Horacio Blanco Fombona, «El marino rubio y el dios negro», en *Crímenes del imperialismo norteamericano*, México, s. f., pp. 59-66.

²⁰ Muchos de los aspectos de las fases de la acción de Liborio, en Jan Lundius y Mats Lundahl, «Olivorio Mateo», en *Estudios Sociales*, año XXII, núm. 76, 1989, pp. 3-87.

La emergencia del movimiento social, por lo tanto, no fue el resultado de la afirmación del estilo tradicional de vida, sino de su reacción defensiva frente a la agresión de que era objeto por parte de la cultura urbana de élite. Esa reacción se situó en un terreno cultural y no social-económico, ya que es llamativo que la región fuera la más atrasada del país en los indicadores de las fuerzas productivas. Ciertamente que en los años anteriores se habían producido cambios en dirección modernizante, como el fortalecimiento de las redes mercantiles debido a la instalación de comerciantes extranjeros, la fundación de los primeros potreros ganaderos y el inicio de la acaparación de tierras tras la construcción de canales de riego. Pero esas innovaciones no alteraron la reproducción de la unidad campesina.²¹ La atracción por Liborio quedaba referida a su capacidad curativa, de la que se extendía un complejo de componentes espirituales que guardaban conexión con la mentalidad campesina.

En las siguientes guerras civiles, a pesar de su vocación apolítica, Liborio se comprometió con las fuerzas del Partido Legalista, una de las formaciones caudillistas de mayor incidencia en la región. La figura preeminente de ese partido en San Juan era el general José del Carmen Ramírez (*Carmito*), quien decidió utilizar la popularidad de Olivorio Mateo.²² La forma en que los liboristas procesaron el pacto –celebrando un supuesto lazo de compadrazgo entre Carmito y *El Maestro*, lo que puede leerse como la alianza entre lo terrenal y lo divino o lo poderoso y lo humilde– indica que carecían de una

²¹ El tema no puede ahora desarrollarse. Basta indicar que no dejaron de producirse otras fracturas de los estilos de vida tradicionales. Entre ellos se encuentran la sustitución de la crianza libre de ganado vacuno, el cese del comercio de ganado en Haití y la disminución de las lluvias. Aparecieron ciertamente signos de desasosiego, pero no en tal grado de que se sentaran premisas *per se* para un movimiento campesino directamente contrapuesto a la modernización. Desde luego, pueden registrarse factores de articulación, los que quedaban plasmados en las premoniciones que trazaba Olivorio Mateo acerca de las consecuencias funestas de lo que iría a acontecer.

²² E. O. Garrido Puello, *En el camino de la historia 1911-1967*, Santo Domingo, 1977. Entrevista con José del Carmen Ramírez hijo, San Juan, septiembre de 1995.

voluntad expresa de contraposición social, siempre y cuando se les permitiese seguir celebrando su culto dentro de una virtual autonomía política.

Y eso fue, precisamente, lo que los norteamericanos no estuvieron en disposición de aceptar. A poco de proclamar el Gobierno Militar, en enero de 1917 enviaron una expedición de la Infantería de Marina a San Juan, acompañada de remanentes no disueltos de la Guardia Republicana, con el fin de apresar a Olivorio Mateo y sus acompañantes, bajo el cargo de negarse a acatar la orden del desarme.

La negativa de los liboristas a entregar sus armas se puede interpretar en el sentido de que el componente terrenal del movimiento se había asentado sólidamente, constituyéndose en una especie de gobierno local paralelo. De acuerdo a versiones de los hechos, fueron los jefes militares encargados de la seguridad del profeta quienes lo conminaron a resistir y a no aceptar ningún ofrecimiento de paz.

Ante la amenaza militar, los liboristas se replegaron a las montañas, donde perpetuaron su estilo de vida durante cinco años y mantuvieron un estado de insurgencia defensiva. Para sus cabecillas resultaba innegociable gozar de las atribuciones que les daba la posesión de armas de fuego, lo que se puede entender como la toma de conciencia de que con ellas garantizaban el respeto a sus prácticas. Solo desde ese ángulo adversaban el programa de centralización política que enarbolaban los norteamericanos. Siguiendo los parámetros definidos desde el principio de la eclosión del culto, parece seguro que Liborio no predicó contra los norteamericanos, aunque es posible que en algún momento los asociara con Satanás.²³

Es sintomático que, como parte de la mentalidad campesina, los liboristas no sacaran consecuencias políticas de la

²³ En esto coinciden todos los entrevistados que pudieron escuchar los sermones cotidianos de Liborio, en ceremonias denominadas «conruerdas», que se celebraban temprano en la mañana. Por ejemplo, entrevista con Ana María Luciano, Mao, mayo de 1993.

persecución de que eran objeto por parte de los invasores, pese a tener conciencia de que eran réprobos.²⁴ No parece haberse producido el mínimo interés de Liborio por conectarse al nacionalismo antimperialista, que tenía en San Juan a un conjunto de jóvenes que, desde el periódico *El Cable*, lanzaba diatribas contra Liborio que no tenían nada que envidiar a las de los dominadores extranjeros. Tal vez hay que tomar en consideración que la región en que el mesías seguía recibiendo semanalmente a centenares de peregrinos era la menos expuesta a las transformaciones promovidas por los norteamericanos. En sentido opuesto a lo que ocurría en el Este, la resistencia en el Sur constituía una variable dependiente del atraso estructural. Las élites intelectuales del Suroeste, por tanto, no relativizaron su vocación por el progreso y vieron en el culto popular una traba afrentosa para la región.

Olivorio Mateo fue acribillado en la Cordillera Central el 27 de junio de 1922, lo que se consideró un sonado éxito para los ocupantes. Su cadáver fue expuesto en la plaza central de San Juan, con el propósito de que se borrara su memoria. Este objetivo no fue logrado, puesto que no tomaba en cuenta la dimensión religiosa del movimiento. Liborio había anunciado que sería asesinado, pero alertaba que en realidad nunca moriría y que retornaría. Varios seguidores declararon que habían recibido el alma del profeta, lo que les permitió recomponer el movimiento, dependiente de la conducción por una figura dotada de carisma.

Ahora bien, aunque el culto se recompuso, desde el momento en que el mesías desapareció dejó de ser considerado una amenaza para el Estado. Al cesar la persecución, los liboristas se restringieron a mantener el culto. La acción ulterior del liborismo expresaba así lo que ya estaba presente en la figura del Maestro: la dualidad entre una contestación

²⁴ Así aparece patentemente en la entrevista con el liborista Julio Morillo, La Maguana, octubre de 1995.

implícita, producto de la afirmación de un sistema cultural, y una vocación conservadora de contemporización con el poder, producto de la misma cosmovisión.

LOS «GAVILLEROS»

Desde los primeros años del siglo xx, cada vez que se producían cambios de gobiernos, los caudillos locales respondían con una insurrección. La situación se agravaba por la frecuente ocurrencia de guerras civiles entre la agrupación política en el poder y los seguidores de la oposición. Todo ello motivó que el país atravesara una época de crónica inestabilidad política.

Esa constante situación de escaramuzas dio lugar a que estos caudillos, que se autodenominaban generales, obtuvieran un enorme ascendiente. Esto se debió a que, dada la debilidad del gobierno central, ellos se hicieron figuras preponderantes del sistema político en el escenario rural. Desde su posición de fuerza, pactaban con liderazgos nacionales de base urbana, buscando consolidar sus posiciones y beneficiarse de ellas a través de prebendas gubernamentales.

Cuando estaban alzados contra el gobierno, esos caudillos en la condición de «revolucionarios», para sobrevivir tenían que acudir a prácticas que los ponían en el filo del bandolerismo. Tal comportamiento se extremaba si quedaban aislados al frente de pequeñas partidas. Esto se producía cuando no había un estado generalizado de guerra civil, situación esta en la cual los «revolucionarios» contaban con tropas poderosas y tenían que ser reconocidos por el gobierno como expresión de una fracción política.

Cuando enfrentaba insurgentes irregulares, el gobierno procedía a calificarlos de «gavilleros», esto es, bandidos, a sabiendas de que obedecían a un móvil político, aprovechando los actos delictivos ocasionales que cometían. Esto no amilanaba a los insurgentes, quienes en todo momento seguían reclamando

su condición de «revolucionarios». En verdad, sus acciones no se asimilaban a las de bandoleros, sino a las de políticos que perseguían el poder. Ahora bien, el ejercicio del mando contenía múltiples facetas delictivas, lo que, en sentido inverso, facilitaba que los papeles entre el gobierno y la revolución fueran intercambiables.²⁵

Todas las tropas se basaban en la extorsión a los campesinos. Esto no impedía que los caudillos a menudo lograran postularse representantes de la comunidad por medio de sus dotes guerreras y su capacidad para comunicarse con los medios dirigentes urbanos. Su vínculo con la masa campesina se establecía por medio de relaciones primarias, que incluían prácticas tradicionales como el compadrazgo. Estos personajes fueron ganando tal protagonismo durante los primeros años del siglo, que llegaron a ser calificados por una porción de la intelectualidad como el peor de los males.²⁶ Los caudillos no se proponían explícitamente impedir la modernización, a no ser en los puntos que contravenían su incidencia en el sistema político. No cabe duda de que, en conjunto, constituían una fuerza formidable que estorbaba los programas oficiales de «paz y progreso», aunque al menos formalmente, no cuestionaban los propósitos estatales; ahora bien, en sentido inverso los jefes nacionales tampoco podían vulnerar ámbitos de conveniencias de los caudillos menores, ya que en estos sustentaban su incidencia. En fin de cuentas, todos los dirigentes políticos nacionales se constituían en jefes de caudillos, a causa de las alianzas que entablaban.

Por eso resulta comprensible que, por encima de los intentos de centralización de los continuos aspirantes a dictadores, ninguno, con excepción de Cáceres, se propusiera desarraigar el caudillismo. A menudo esos presidentes efímeros habían desempeñado funciones de jefes locales de su parcela o una

²⁵ María Filomena González, «Gavilleros, 1904-1924», en *Ecos*, año IV, núm. 5, 1996, pp. 129-140.

²⁶ Pelegrín Castillo, *La intervención americana*, Santo Domingo, 1916.

posición militar preeminente en su partido. Parecía que el Estado se había tornado impotente para someter a los poderes regionales, situación que contribuyó a la decisión de la ocupación militar, pues en esa situación de caos no era factible lograr una hegemonía de una fracción nacional que permitiese la aplicación de un programa de estabilización.

Muchos caudillos, como es lógico, se mostraron opuestos a la intervención, pues esta perseguía abiertamente minar las bases de su influencia. Pese a que la mayoría de ellos captaron que no era posible tomar las armas, su inconformidad con lo que acontecía era tan evidente que muchos fueron apresados como sospechosos de conspiración, tal como sucedió con el ya mencionado general Carmito Ramírez. En algunos lugares, se registraron esporádicos intentos de levantamiento, pero no tuvieron éxito, y los «revolucionarios» optaban por «presentarse», a la usanza de antaño, o fueron eliminados al poco tiempo. Sin embargo, a diferencia de la pasividad a que se vieron forzados en casi todo el país, en el Este varios caudillos se insurreccionaron tan pronto llegaron las tropas norteamericanas.²⁷

Tras la muerte del presidente Cáceres en 1911, esta región se había tornado en el epicentro del tipo de acción denominada «gavillerismo», como se ha visto, la guerrilla irregular de jefes político-militares de raigambre rural contra el gobierno central. La polarización de la insurgencia crónica en la región no fue ajena al empuje de la modernización económica en la industria azucarera. La formación de masas proletarizadas y empobrecidas acrecentó la existencia de contingentes disponibles para los caudillos levantiscos. La propensión a la «vagancia», considerada en la resistencia campesina a las presiones estatales, se conectaba con la insurgencia. En segmentos considerables de los trabajadores emergía disconformidad con la disciplina laboral del capitalismo. La temporada de «tiempo

²⁷ Gregorio Urbano Gilbert, *Mi lucha contra el invasor yanqui de 1916*, Santo Domingo, 1976.

muerto», tras finalizar la zafra cañera, en verano y otoño, contribuía a incentivar el atractivo por la guerrilla. En este contexto de convulsiones, cobraba cuerpo el delito común, a menudo en conexión directa con mecanismos elementales de formación de capitales. Al haber riquezas circulantes en las zonas rurales copadas por la plantación cañera, los caudillos insurrectos obtenían de estas los recursos para sostenerse. Los agentes económicos vinculados a la plantación azucarera, como colonos, comerciantes y los mismos dueños de los ingenios, fueron compelidos a abonar contribuciones a los alzados, una parte de los cuales pasaba a operar con modalidades mafiosas. Fue en virtud de estas peculiaridades que, en enero de 1917, varios caudillos, encabezados por Salustiano Goicoechea, se negaron a rendirse ante los ocupantes. Algunos otros ya habían sido eliminados con prontitud, como Juan Calcagno. Al capitular el jefe supremo, un mes después, fue sustituido por Vicente Evangelista, quien reunió una tropa de unos quinientos hombres que puso en jaque a la Infantería de Marina.

Evangelista trató de inspirarse en un motivo político convencional, y se presentó como embrión de un gobierno que rescataría la soberanía nacional. En realidad creía combatir contra una administración central más, lo que explica que aceptara el expediente de la «presentación» a cambio de la gobernación de San Pedro de Macorís, y fue fusilado a las pocas horas de llegar a esta ciudad. Sus seguidores, que habían sido teóricamente seleccionados para ingresar a la Guardia Nacional, fueron arrojados a prisión, y los que se negaron a rendirse o se retiraron a sus hogares fueron sometidos a represión criminal. Los marines desplegaron una persecución terrible sobre todos aquellos sospechosos de «gavilleros», sembrando el terror mediante crímenes, incendio de viviendas, violaciones de mujeres y torturas.

Al poco tiempo –inicios de 1918– resurgió la insurrección con más fuerza, hasta convocar cerca de 2,000 combatientes. Empero, a diferencia de la inicial compactación alrededor de

Evangelista, en adelante los insurgentes quedaron divididos en múltiples cuadrillas, algunas de las cuales fueron prontamente aniquiladas. Ramón Natera, uno de los viejos generales, quedó como el cabecilla más reconocido, pero con una tropa no muy superior a las de otros, como Mayito Reyes, Martín Peguero, Ramón Batía y Cabo Gil.

Esta guerrilla coincidió con el apogeo de la expansión latifundista que practicaban las compañías azucareras y terratenientes dominicanos vinculados a medios mercantiles y burocráticos. Creció la pobreza de los campesinos, cada vez más proletarizados.²⁸ Esto podría sugerir, a primera vista, que en la medida en que las compañías azucareras ya se habían apropiado de enormes extensiones de tierra, la insurgencia se conformó en contra de la desposesión y la proletarización. Las entrevistas practicadas, sin embargo, arrojan un balance concluyente que descarta la validez de tal hipótesis.²⁹

El mal llamado gavillerismo se estructuró al margen del problema de la expropiación de la tierra. Más aún, esos rebeldes no estorbaron la expansión del latifundio cañero, pues únicamente se preocupaban por que los ingenios y los grandes propietarios les abonaran las contribuciones periódicas que les permitieran sostenerse en los montes. De hecho, el estado de guerra en la región fue usado por los especuladores inmobiliarios para apoderarse de muchos predios, como aconteció con la «reconcentración» de septiembre y octubre de 1918, que obligó a los habitantes de la zona rural a ubicarse en campos de concentración o ciudades, provocando que miles de ellos se vieran forzados a traspasar sus títulos de propiedad y otros papeles.

Aun así, se puede identificar el afianzamiento de articulaciones entre la estructura social regional y la insurgencia. Por una parte, se incrementó la proletarización, lo que ampliaba la

²⁸ Entrevista con Barbarín Mojica, octubre de 1984.

²⁹ Por ejemplo, entrevista con Prietico Ozuna, Guayabo Dulce, noviembre de 1984.

masa disponible para la insurrección. Aumentaron las riquezas circulantes, lo que facilitaba la comisión de pillajes y extorsiones por parte de los alzados. El gavillero se asimilaba en gran medida a una tipología de la sociedad tradicional en decadencia: un humilde desarraigado, ubicado en resquicios laborales inestables, que se aferraba a los símbolos prevalecientes –como tener armas de fuego y acceso a varias esposas– mostrando una belicosidad enfática por defenderlos; se autovisualizaba, pues, como un «peleador» o «gallardo».³⁰ La presencia del dominio extranjero polarizaba una confrontación en el orden étnico-nacional contra los «blancos».³¹

Así pues, la desposesión de la tierra no era lo que conducía a la insurgencia. Aunque muchos rebeldes habían perdido su tierra o eran inmigrantes de otras comarcas del país, tenían otras motivaciones. Las frecuentes expropiaciones y maniobras fraudulentas con los traspasos de las tierras, a menudo producto de la venta voluntaria de derechos de los propios campesinos, motivaban que en general los perjudicados renovaran el comportamiento individual. Cada uno trataba de mantenerse en su predio o conseguir un espacio no reclamado, de preferencia en la misma región,³² optando por emigrar a zonas más remotas, sobre todo en la Cordillera Oriental.

En todo momento el núcleo de la acción de los revolucionarios no traspasó al umbral de la política. Ahora bien, de ser originalmente la expresión de caudillos, la insurgencia se transformó en un medio de autodefensa de quienes eran catalogados como sospechosos de participar o colaborar. El movimiento armado pasó, en consecuencia, a tener sentido en sí mismo, al margen de cualquier motivo político y social. Este giro, patente desde fines de 1918, en los momentos de su

³⁰ Explicación de Ramón Vásquez, en entrevista, Los Llanos, julio de 1994. La tipología ha sido comprobada a través de semblanzas preparadas para una investigación en curso. Detalles adicionales en entrevista con Ramón Silvestre, quien conoció a varios insurgentes, Ramón Santana, agosto de 1996.

³¹ Entrevista con Nicolás Guillén, Ramón Santana (Guaza), agosto de 1995.

³² Entrevista con Prebisterio Caridad, Gato, julio de 1996.

máximo esplendor, en la práctica lo despojó de las consignas nacionalistas que ocasionalmente decían esbozar algunos de sus líderes.

En la medida en que solo podían preocuparse por salvaguardar sus vidas, los guerrilleros tuvieron que extremar componentes delictivos en sus acciones. En ese orden, debieron aceptar una presencia mayor de individuos cuyo objetivo podía radicar en acciones punibles. Adicionalmente, como resultado del estado crónico de violencia, se ampliaron las partidas de bandoleros, algunas de las cuales podían ser confundidas con las de los guerrilleros que se proclamaban originalmente revolucionarios. Al final, las interpelaciones patrióticas contra el ocupante cayeron en el olvido y el movimiento guerrillero entró en una prolongada agonía degenerativa.³³

Esas características de la insurgencia tornan comprensible que no pudiera postularse como núcleo de una alternativa nacional a los ocupantes. El propio Gregorio U. Gilbert, participante en los primeros meses del movimiento y luego combatiente con Sandino en Nicaragua, quedó con una opinión adversa de Evangelista y muchos de sus compañeros, a quienes no reconocía talante patriótico.

Como producto de la situación descrita, los guerrilleros no lograron captar el apoyo activo de la generalidad de la población, a pesar de que esta resentía profundamente las arbitrariedades de los ocupantes. La interpretación mayoritaria entre los pacíficos consistía en que había dos gobiernos en pugna, por igual culpables de violencias, ante los cuales era forzoso mantener una colaboración aparente. Para mucha gente se

³³ En esto se muestran de acuerdo casi todos los entrevistados, quienes no dudan en afirmar que nunca oyeron a los jefes hablar de temas políticos o patrióticos. Esta opinión, empero, puede estar condicionada en parte por la edad de los entrevistados en el momento de los hechos, normalmente entre los 8 y 20 años. Entonces, como ratifican, a los muchachos los mayores no les permitían enterarse de los asuntos políticos. De todas maneras, no cabe duda de que en lo fundamental la opinión da cuenta correcta de los hechos que ocurrían en la cotidianidad.

hizo imposible distinguir quién entre los alzados simplemente se dedicaba a robar o a violar a las mujeres; a ello contribuyó el que no pocos integrantes de las cuadrillas insurgentes incurrieran en esas prácticas cuando se desperdigaban en pequeños grupos para abastecerse de alimentos.

Fue excepcional el comportamiento de Ramón Natera, quien en su cantón en El Famiel hacía subir todos los días la bandera mientras se entonaba el himno nacional.³⁴ De acuerdo a una versión recogida por un intelectual que vivió de cerca lo sucedido, Natera intentó infructuosamente conectarse con intelectuales nacionalistas urbanos.³⁵ Más común fue el formato defensivo de jefes insurgentes honorables, pero sin preocupación política; tal parece haber sido el caso de Cabo Gil, quien operaba al norte de El Seibo, incapaz de abusos e intransigente con los delincuentes de toda laya, a quienes ejecutaba. Pero lo más frecuente era que se tratase de jefes con un origen político, que incurrieran en acciones vandálicas de despojo o reclutamientos forzosos y toleraban que algunos de sus subordinados forzaran mujeres, como se ve en los relatos acerca de Martín Peguero o Juan Ubiera (*Muñiñingo*). En la zona de Higüey, extremo oriental de la isla, proliferaron bandas estrictamente criminales, que sembraban un terror indiscriminado, como la de José Piña, al grado que tuvieron que ser enfrentadas por los moradores armados de armas blancas.

Como ha sido ya analizado, a la guerrilla oriental le faltó sentido político de dirección,³⁶ producto de la desconexión tajante respecto al mundo urbano. Aunque los nacionalistas urbanos admiraban las hazañas de los «gavilleros», los consideraban partícipes de un movimiento cargado de bandolerismo, y los incluían en sus juicios peyorativos sobre la sociedad

³⁴ Entrevista con Julio Ibarra Ríos, febrero de 1997. Obtuvo la información de su abuelo Avelino Ríos, comerciante del batey El Jagual, firme partidario de Natera, a quien visitaba en el cantón para llevarle ayuda.

³⁵ Clodomiro Moquete, «Los gavilleros», en *Vetas* (separata), año III, núm. 20, julio de 1996, pp. 11-13.

³⁶ Melchor Contín Aybar, *Hato Mayor del Rey*, Santo Domingo, 1991.

rural. La generalidad de la opinión pública urbana se mostró hostil a la insurgencia agraria, a pesar de tener como motivo de movilización política la condena de los desmanes de los soldados invasores.³⁷ La ausencia de un colectivo político-intelectual insurrecto, resultante en cierta medida de la falta de vocación subversiva entre los nacionalistas,³⁸ y sobre todo de sentido político moderno en la jefatura guerrillera, confinó al movimiento en marcos tradicionales, contribuyó a su parcial degeneración delictiva e impidió que de él emergiera un cuestionamiento de la ocupación que contuviera una propuesta de sociedad.

EL GREMIALISMO

Como ya se señaló, durante la ocupación se registró una combinación entre el acrecentamiento numérico de los trabajadores y la carestía de la vida. Esas condiciones favorables para el surgimiento de un movimiento obrero organizado se conjugaron con otras igualmente propicias, como la preocupación institucional de los ocupantes por regular los asuntos laborales y la conexión que entreveían los núcleos más estables de trabajadores urbanos entre las dificultades que padecían y el régimen de ocupación militar.

Poco después de producirse la intervención se amplió una tendencia que había resurgido meses antes, consistente en la fundación de gremios. No se trataba de sindicatos, sino de asociaciones por oficios, centradas en actividades de

³⁷ Es sintomático que la opinión la valide Ibarra Ríos, quien destaca acciones aisladas de apoyo a los insurgentes, como el envío de medicinas o curación de heridos por parte del médico Francisco Moscoso Puella y el farmacéutico Rafael Kidd, en San Pedro de Macorís.

³⁸ Empero, los insurgentes fueron consistentes en la suspicacia respecto a los urbanos. Se dio el caso de que un joven contable de la Casa Ricart que se unió a la guerrilla fue fusilado por sospecha de ser espía. Entrevista con testigo que prefiere guardar el anonimato.

ayuda mutua.³⁹ Este objetivo de las asociaciones de trabajadores explica que organizaciones con propósitos todavía más restrictivos –como las logias de Odd Fellows, los clubes de obreros y artesanos y las sociedades mutualistas–⁴⁰ fueran las que lograron mayor arraigo, puesto que se ajustaban con más precisión a los horizontes mentales prevalecientes.

El gremialismo y las otras formas de compactación de trabajadores urbanos habían aparecido durante la dictadura de Heureaux (última década del siglo XIX), en gran medida incentivados por el dictador, puesto que permitían el control de los núcleos de trabajadores y la intermediación organizada en los eventuales conflictos. Los primeros gremios de oficios –zapateros, carpinteros, sastres, cigarreros, carreteros, choferes, albañiles, carniceros, estibadores y otros– pasaron por etapas cíclicas de agonía y disolución con otras de recomposición.

Fue durante la ocupación militar que se generalizaron estas organizaciones y, sobre todo, surgieron mecanismos coordinadores. Esta voluntad de organizarse por parte de los trabajadores muestra la emergencia de nociones primarias de un movimiento clasista. Tal giro puede atribuirse a la convergencia de tres factores: la expansión acelerada del número de asalariados a causa de la coyuntura de rápido crecimiento económico, la carestía de la vida, que se expresó en protestas y huelgas sin precedentes, y la motivación nacional que politizaba la acción de clase.

Se trataba todavía de un movimiento precario, no ajeno a lo novedoso de la formación de núcleos definidos de trabajadores en las ciudades y sus orígenes rurales recientes. En realidad el gremialismo no surgió sobre todo entre trabajadores asalariados, sino más bien entre artesanos por cuenta

³⁹ Manuel de Jesús Pozo, «Historia del movimiento obrero dominicano, 1900-1930», I y II, en *Realidad Contemporánea*, año I, núm. 2 y 3, abril-junio y julio-septiembre de 1976.

⁴⁰ Sobre las fechas de fundación y duración de dichas sociedades, véase Emilio Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*, Santo Domingo, 1975.

propia o sustentados en mecanismos transicionales de subordinación de los asalariados.⁴¹ En cualquier caso, se trataba de un movimiento bastante marginal, no concordante con las claves de conformación de la estructura social dominicana, todavía abrumadoramente rural. Frente a las decenas de miles de liboristas o las cuadrillas de centenares de «gavilleros», los gremios contaban con membresías típicas menores al centenar. Comentaristas de la época denunciaban su limitada representatividad, al considerar que el movimiento servía para la promoción de los intereses de los líderes, muchos de ellos no originarios de la clase trabajadora.

De todas maneras, durante la ocupación militar norteamericana se produjo una ruptura clave, tanto por el número de gremios fundados como por su encuadramiento federativo. Primero aparecieron las federaciones provinciales y posteriormente, en 1920, se fundó la Confederación Dominicana del Trabajo. Para ese año la afiliación ascendía a 90 gremios, que abarcaban a la mayor parte de cabeceras de provincia.⁴² Estas fórmulas novedosas de organización apuntaban a una relación más amplia con la sociedad global que la que deparaba la práctica rutinaria de gremios por separado. Ahora bien, la politización todavía presentaba alcances modestos, por lo que el movimiento gremial seguía atendido a una lógica corporativa estrecha. Un veterano de las luchas obreras es categórico en afirmar el contraste entre un mayor sentido de clase en tiempos previos y una mayor conciencia política posterior.⁴³ En lo fundamental la politización se redujo a los dirigentes y a un número restringido de miembros activos, que se contaban entre los sujetos más preparados de la clase, puesto que tenían a veces orígenes

⁴¹ Wilfredo Lozano, «Artesanos, burócratas y comerciantes: los trabajadores del calzado a la hora de la industrialización en la República Dominicana», en *Anales del Caribe*, núm. 6, 1986, pp. 172-217.

⁴² Roberto Cassá, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana*, Santo Domingo, 1990, p. 109.

⁴³ Entrevista con Juan Niemen, San Pedro de Macorís, agosto de 1985.

en la clase media o estaban dedicados a ocupaciones artesanales que no eran incompatibles con elevados estándares de cultura. Es revelador, sin embargo, que no se extendiera entre ellos una ideología de tipo socialista, que solo se dio en casos excepcionales y mayormente entre extranjeros. Esto es una señal de que la vigencia del movimiento respondía a la resistencia primaria de los trabajadores frente a la extorsión a que se veían sometidos.

La apertura del gremialismo hacia la sociedad se fraguó a través del acercamiento al nacionalismo, llegando a quedar el naciente movimiento obrero en posición subordinada a la movilización nacionalista. Esa imbricación le dio especial fuerza y contribuyó a que las demandas expresadas en huelgas pioneras contaran con un apoyo bastante entusiasta en medios urbanos de clase media.

Como ocurrió con el propio movimiento nacionalista, la connotación patriótica del gremialismo disminuyó al terminar la ocupación militar norteamericana. La generalidad del colectivo organizado se retrotrajo a planos de apoliticismo gremial. De ahí que se hiciera funcional el atractivo de una parte de los líderes por establecer relaciones con la American Federation of Labor (AFL), de posiciones compatibles con el fenómeno imperialista. En el extremo contrario, la aparición de denuncias contra la AFL se asoció a la emergencia de precarias posiciones socialistas para finales de la década de 1920, que sin embargo no parecen haber calado en la masa y ni siquiera entre las cúpulas de los gremios y federaciones.

En síntesis, el gremialismo no pudo lograr gran alcance y no traspasó el economicismo primario o quedó transitoriamente condicionado por la movilización nacional. Se trataba de un movimiento que expresaba alineamientos recientes, todavía precarios, ajenos a las mentalidades prevalecientes en las masas. En consecuencia, tuvo escasa incidencia social y todavía menor capacidad transformativa.

EL NACIONALISMO

Después de un desconcierto desgarrador que dejó la intervención en la intelectualidad,⁴⁴ y que tuvo por reverso la indiferencia irresponsable del liderazgo político, que no advertía las consecuencias del hecho y seguía atenido a objetivos particulares inmediatos, surgió un movimiento político de nuevo tipo, que se centraba en la compactación nacional contra los ocupantes.

A pesar de que destacadas figuras de la intelectualidad asumieron funciones preclaras en la reacción nacional, esta no pudo tomar cuerpo de inmediato por los efectos de la ley de censura, que castigaba las críticas a la ocupación militar. Sin embargo, también es cierto que la efectividad de la censura constituyó una variable dependiente del desconcierto que se apoderó de la generalidad de los sectores más lúcidos frente a los problemas que se presentaban para la recuperación de la soberanía estatal. Una especie de indiferencia arrojó a una porción del país, al tiempo que la burguesía comercial se sumaba a los anuncios de prosperidad que traían los precios altos y las reformas de los ocupantes.

Inicialmente, la oposición urbana a la invasión quedó confinada a las gestiones diplomáticas y a las diligencias que realizaba el presidente depuesto Francisco Henríquez por movilizar a la opinión pública en varios países. Precisamente, producto de las críticas que se suscitaron en América Latina y España, a fines de 1919 el gobierno de Washington accedió a atemperar la censura, lo que incidió de inmediato en reavivar la oposición a la ocupación desde inicios de 1920.⁴⁵

En ese momento, caracterizado por la prosperidad provocada por las exportaciones de azúcar, se constituyeron –o se

⁴⁴ Expresión sobresaliente de la misma fue el libro de Federico García Godoy, *El derrumbe* (1996), 2.^a ed., Santo Domingo, 1975.

⁴⁵ Bruce J. Calder, «Varieties of Resistance to the United States Occupation of the Dominican Republic, 1916-1924», en *Secolas*, vol. IX, 1980, pp. 103-119.

reactivaron— en la mayor parte de los municipios del país las Juntas Nacionalistas. Se trataba de entidades que reunían a figuras tradicionalmente prestigiosas en el aspecto social o cultural, junto a sectores emergentes juveniles de la clase media, que les daban la tónica radicalizada.

Mientras tanto, los norteamericanos crearon una Junta Consultiva, compuesta por los jefes políticos tradicionales, con el fin de obtener un arreglo de desocupación favorable a sus intereses. La moderación de los políticos reconocidos fue desbordada por el nacionalismo militante, que se potenció mediante la creación de la Unión Nacional Dominicana (UND), en febrero de 1920. En particular, la nueva entidad se negaba a aceptar cualesquiera condiciones impuestas por los norteamericanos para proceder a la desocupación, con lo cual, a su vez, radicalizaba el propio movimiento nacionalista, que a través del presidente Henríquez había estado abierto a concesiones. Frente a las exigencias expresadas por el presidente estadounidense W. Wilson, ganó fuerza la consigna de la «desocupación pura y simple», levantada por la UND.

A partir de la celebración de la Semana Patriótica, en mayo de 1920, se desató una movilización continua, con la cual la población urbana puso en claro su repudio al régimen militar. Paulatinamente se fueron creando nuevas organizaciones, en las que sectores particulares, como mujeres y jóvenes, se sumaban a la campaña nacionalista. Se perdió el miedo a la censura y a la represión, resultado de lo cual fueron sometidos a prisión varios intelectuales, líderes obreros, periodistas y activistas del nacionalismo.

El liderazgo partidista tradicional se encontraba a la defensiva, lo que quedó de manifiesto en la aceptación de los resultados de la conferencia de Puerto Plata, de diciembre de 1921, donde se ratificó la intransigencia frente al requerimiento de los norteamericanos de que se reconociera el conjunto de sus actuaciones y de que quedaran misiones con

funciones dirigentes sobre las fuerzas armadas y el sistema financiero.⁴⁶

Tras la reiteración de la negativa a las condiciones de los ocupantes, incluso luego de ser atemperadas en el plan expuesto por el presidente Harding de mediados de 1921, en marzo de 1922 el Lic. Francisco J. Peynado comenzó a exponer una propuesta de desocupación que de inmediato ganó la aceptación del gobierno de Estados Unidos y de los jefes partidistas. En junio de ese año, se produjo un entendido formal entre el gobierno de Washington y los dirigentes políticos, que dieron así la espalda a lo reconocido pocos meses antes en Puerto Plata.

El plan de Peynado estipulaba que el país reconocía expresamente solo una parte de las órdenes ejecutivas. También descartaba la presencia de misiones estadounidenses en el gobierno dominicano e introducía un mecanismo de transición, consistente en que los jefes políticos designaran un presidente provisional que llamaría a elecciones; el triunfador en estas quedaría ya como presidente legítimo, encargado de regularizar las relaciones con Estados Unidos.

El Plan Peynado fue formalizado en septiembre mediante acuerdo con el secretario de Estado de Estados Unidos, Charles E. Hughes. Como es lógico, los nacionalistas lo rechazaron, aunque una porción de intelectuales se inclinó a aceptarlo, aun fuera con matizaciones. En esa posición incidió la constatación de que la oposición a dicho plan ya no obtuvo el mismo apoyo que en el caso de los anteriores planes Wilson y Harding. A medida que se perfilaba una solución que auguraba la desocupación, los nacionalistas iban quedando aislados. El partidismo tradicional volvió a copar las preferencias de la generalidad de la población, ya segura de que la desocupación era un hecho.

⁴⁶ Antonio Hoepelman y Juan A. Senior, *Documentos históricos*, Santo Domingo, 1922, pp. 312-316.

El nacionalismo comenzó entonces a redefinirse como un movimiento diferenciado, el germen de una nueva parcela política, lo que se consumó al crearse el Partido Nacionalista, en 1923, presidido por Américo Lugo, quien había sido la figura mentora de la UND. Se produjo una suerte de deslindamiento, que en cierta manera culminaba los perfiles del nacionalismo. Este evolucionó a una entidad dotada de una doctrina que implicaba el rechazo al imperialismo en pos de la construcción de un ordenamiento nacional plenamente soberano, que garantizara el enrumbamiento del país por la senda del progreso. Estos propósitos se terminaron de definir con la publicación del programa del PN, redactado por Lugo.⁴⁷ El documento esbozaba el objetivo de una democracia que garantizara la autodeterminación nacional, basada en un sistema económico que articulara un sector capitalista sujeto a controles con un régimen generalizado de la pequeña propiedad. Así, los intelectuales recuperaban la tradición democrática y radical, al tiempo que buscaban medios de adaptación a las circunstancias, para estructurar un orden que garantizara el progreso y se hiciera compatible con la justicia.

Aunque las ideas nacionalistas tenían precedentes importantes, se habían mantenido confinadas al ámbito de la intelectualidad, por lo que, como movimiento, el nacionalismo había surgido como fenómeno inédito. Tuvo este carácter no solo por animar una movilización de masas contra la dominación extranjera que desplazó los enmarcamientos políticos tradicionales, sino porque también se introdujeron componentes ideológicos antes ausentes.

En todo caso, el nacionalismo osciló entre la consigna de retorno al viejo orden independiente, al margen de contenidos precisos, y la exigencia de que se estableciera un sistema

⁴⁷ Véase Américo Lugo, «Declaración de principios del Partido Nacionalista», en *Obras escogidas*, 3 vols., Santo Domingo, 1993, vol. III, pp. 13-26. Las implicaciones de dicho programa están ponderadas por Antonio Avelino, *Reflexiones sobre algunas cumbres del pasado ideológico dominicano*, Santo Domingo, 1995, pp. 198 y ss.

novedoso, que permitiera la superación de la frustración sempiterna de las aspiraciones nacionales. En particular, sectores del nacionalismo se trazaron una perspectiva antimperalista, como parte de una radicalización que apuntaba a otras consecuencias. Pero la radicalización solo se produjo de manera parcial. En lo fundamental, el nacionalismo no trascendió las bases conceptuales de la tradición liberal, aunque las llevó posiblemente a sus consecuencias extremas.⁴⁸

Cuando, lograda la desocupación, perdió el favor de la mayor parte de la población urbana, el nacionalismo dejó de tener potencialidades transformativas. Ciertamente, fue el promotor de la desocupación, pero no pudo incidir en evitar la reinstauración del sistema de protectorado financiero. Aun así, representó lo más próximo a una propuesta de hegemonía nacional-popular, solo que restringida a los medios urbanos más politizados. Su influencia no pudo llegar a la masa rural, la cual, como se ha visto al analizar otros movimientos, seguía operando de acuerdo a parámetros prepolíticos. Y tal falta de eslabones entre la masa rural y el nacionalismo fue el factor determinante en la recuperación de vigencia de los políticos tradicionales, situándose el futuro presidente Horacio Vásquez como el garante de la continuidad del legado dejado por los ocupantes norteamericanos.⁴⁹

Los límites clasistas del movimiento nacionalista perfilaron su posterior evolución. Los aspectos democrático-radicales quedaron supeditados a la búsqueda de la construcción de un orden autónomo, lo que implicaba tomar partido no solo por el desarrollo capitalista, sino también por eventuales soluciones

⁴⁸ Se obtienen esas conclusiones mediante la revisión de las obras de los intelectuales pertenecientes al movimiento. Véase, por ejemplo, Federico Henríquez y Carvajal, *Nacionalismo*, Santo Domingo, 1925; José Rafael Bordas, *Frente al imperialismo*, Santo Domingo, 1923; Félix E. Mejía, *Alrededor y en contra del plan Hughes-Peynado*, Santo Domingo, 1922; Luis C. del Castillo, *Medios adecuados para conservar i desarrollar el nacionalismo en la República*, Santo Domingo, 1920.

⁴⁹ Juan Isidro Jimenes Grullón, *Sociología política dominicana*, 3 vols., Santo Domingo, 1975-1980, vol. III, pp. 15 y ss.

autoritarias. En fin de cuentas, la intelectualidad progresista no lograba dar solución al dilema entre autodeterminación y desarrollo económico moderno. Puesto que en lo fundamental no sometía a crítica el modelo de civilización de los países centrales, su antimperialismo encontraba límites que, por lo demás, contribuían a mantenerlo ajeno a las dinámicas de las clases populares.⁵⁰ No es de extrañar que buena parte de los intelectuales nacionalistas terminaran convertidos en funcionarios de la dictadura de Rafael L. Trujillo, que tuvo por uno de sus contenidos mantener la aplicación de los programas modernizadores de los ocupantes de 1916. Del nacionalismo tampoco pudo emerger, por consiguiente, una voluntad nacional-popular, como alternativa a los programas oficiales de modernización.

Ecos, año 8, núm. 8, 2001.

⁵⁰ Genaro Rodríguez y otros, *Actualidad y perspectivas de la cuestión nacional en la República Dominicana*, Santo Domingo, 1986.

ORÍGENES REMOTOS DEL GAVILLERISMO



Gracias a la benevolencia de mis amigos Manuel Rueda y Andrés Blanco, con este escrito pretendo iniciar una serie relativa al fenómeno conocido convencionalmente, desde entonces hasta hoy, como gavillerismo. Quiero, ante todo, dedicar estas líneas a los amigos que se han brindado desinteresadamente a apoyar mis indagaciones sobre este fenómeno tan interesante como todavía desconocido de la historia nacional.

Emilio Cordero Michel me permitió consultar, con su proverbial generosidad, su enjundioso fichero, formado por centenares de documentos del Archivo General de la Nación. En la primera mitad de los años ochenta, cuando visitábamos diariamente el Archivo, Raymundo González y Genaro Rodríguez participaron conmigo en el copiado de cuanto documento capturábamos sobre el particular. En aquella época tuve el primer contacto vivencial con esta apasionante temática en Guayabo Dulce, gracias a ese monumento a la verticalidad incorruptible que fue Barbarín Mojica, sobrino del célebre Pedro Celestino del Rosario (*Tolete*). Tirsis Quezada y Pedro Luis Castellanos me acogieron en su hogar en Washington, en la primavera de 1993, lo que me permitió zambullirme a

razón de casi doce horas diarias en el National Archives and Record Administration. Pude viajar a Estados Unidos y recabar los recursos necesarios para las casi tres mil fotocopias que hice gracias a la simpatía tesonera de Rocío Billini, directora de la Oficina de Intercambios Académicos de nuestra Universidad Autónoma de Santo Domingo, y a la invitación de las autoridades del Hostos Community Collage de New York. En esa ocasión presenté una ponencia en un evento organizado por Emelio Betances y Hobart Spalding en la Facultad de Graduados de la Universidad de la Ciudad de New York (CUNY) y recibí las atenciones excesivas de Rómulo Díaz y de Sandra García, las cuales ofrecieron la oportunidad para ganar esos dos grandes amigos. Al conectarme de nuevo con el tema, he contado con varios apoyos valiosos. En primer lugar, pude entrar en contacto con la realidad de Guaza, hoy Ramón Santana, gracias a Ciprián Soler. Más adelante, José Ángel Encarnación comenzó indagaciones que posibilitaron la visita a varias localidades de los alrededores de Hato Mayor, en compañía de Aldriano Pérez. En Manchado tuvimos la dicha de encontrarnos con Wenceslao Peguero, dignísimo director de una escuela rural, quien nos ofreció una pormenorizada explicación sobre una cuadrilla local de «gavilleros» que él conoce en base a las narraciones de algunos de sus protagonistas. Aldriano Pérez, por su parte, arregló el contacto en Los Llanos con Ramón Vásquez, quien ha realizado un estudio de la partida dirigida por Gregorio Severino, originaria de Bayaguana. Ángel Encarnación, Aldriano Pérez y otros amigos me ayudan a localizar ancianos de la región oriental que tuvieron conocimiento directo de este hecho social. Debo agregar que las prolongadas horas de conversación con sobrevivientes de aquellos lejanos años del gavillerismo en el Este constituyen una experiencia insustituible para la aprehensión, racional y evocativa al mismo tiempo, cuando se lleva a cabo *in situ*, en un paisaje que en más de un aspecto ha variado bastante poco, en las mismas moradas visitadas por los protagonistas, a través de



Tropas interventoras durante la persecución de los «gavilleros».

sendas que no han sido desechadas por la ulterior construcción de carreteras. La evaluación del gavillerismo sigue siendo materia palpitante para la gente de aquellas comarcas. Tal parece que estuviera todavía presente, y hemos tenido el privilegio de presenciar intercambios de juicios dispares entre sobrevivientes de aquellos años turbulentos.

La serie de artículos que aquí principia persigue contribuir al conocimiento de la acción de esos insurgentes irregulares a quienes se aplicó el calificativo de «gavilleros». Empezaron ellos a operar a la vuelta del presente siglo, casi de inmediato tras el ajusticiamiento de Ulises Heureaux. Hasta la intervención militar de Estados Unidos, en 1916, aparecieron cuadrillas de «gavilleros» en todas las regiones del país. Empero, después de la guerra civil de 1914 se produjo un incremento diferencial y multitudinario en la región oriental, esto es desde los alrededores de Santo Domingo hasta los de Higüey. A partir de 1916 el gavillerismo experimentó mutaciones que serán objeto de análisis y con ellas pasó a circunscribirse casi con exclusividad en el Este. Aunque, como se verá, no dejó de haber

agrupaciones de «gavilleros» hasta aproximadamente 1920 en otras zonas, como la de Perún de la Cruz en San Francisco de Macorís, para citar una de las más grandes y persistentes, nunca alcanzaron el carácter masivo ni las metamorfosis que se conocieron en el Este. Por ende, el objeto de esta serie apunta con mayor especificidad a la faceta del fenómeno en el Este entre 1916 (y sobre todo 1917) hasta su extinción definitiva en 1922. Desde luego, no se puede comprender lo acontecido en 1916 si no se parte de una revisión de lo previo, que comprenda la ponderación de determinaciones. Felizmente el aspecto narrativo de los primeros catorce años de ese peculiar bandidaje y la base de todo análisis han sido proveídos por María Filomena González, en un erudito estudio que está próximo a aparecer.

II

Gavillero es un calificativo no solo ambiguo por su contenido semántico, sino erróneo, por cuanto reduce este fenómeno social a lo delictivo. María Filomena González, en su estudio, ha rastreado el origen dominicano del empleo del término, situándolo como el partícipe de una banda de forajidos dedicados a asaltos y depredaciones.

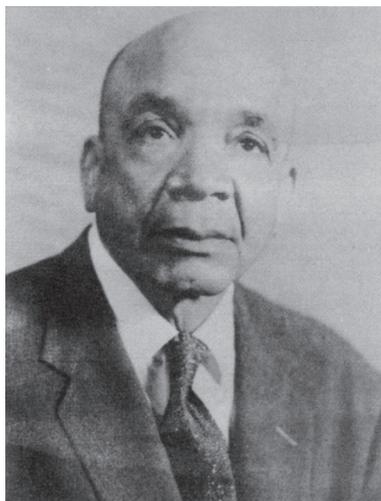
El vocablo gavilla pertenece a la tradición castellana, denotando originalmente, por lo visto, de acuerdo a la vigésima edición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, un «conjunto de sarmientos, cañas, mieses, ramas, hierba, etc., mayor que el manojo y menor que el haz». Se trata, pues, de un montón pequeño de objetos del campo recolectados en el proceso del trabajo agrícola. Por esto, inicialmente, con gavillero se alude al sitio de amontonamiento de las gavillas, de donde en Chile se designa a un jornalero que echa las gavillas a un carro. Desde la acción de juntar gavillas de la siega, se pasa a la asociación pequeña y un tanto laxa de sujetos dedicados a actividades delictivas. La gavilla vendría siendo, por derivación,

como se identificaba en República Dominicana, «una junta de muchas personas y comúnmente de baja suerte». El gavillador, siempre de acuerdo al diccionario, obviamente en España, sería, además del obrero de la unidad rústica donde se hace la siega, el «ladrón que reúne a los que le han de acompañar en el robo». El diccionario no registra al gavillero como delincuente, sino únicamente como el trabajador de campo, por lo que no incluye la acepción común en República Dominicana, equivalente a la del gavillador español.

Se puede suponer que del término gavilla, en su acepción de asociación delictiva, se pasó en República Dominicana a emplear el de gavillero con el fin de denotar una figura singular de delincuente. En las décadas finales del siglo XIX aparece muy esporádicamente este vocablo, como lo señala María Filomena González, pero es con la apertura de este siglo que se hace común. Se pasó entonces a designar un tipo de actividad inédita, de corte político, por analogía con la de la asociación delictiva contingente. Desde ahí todavía se experimentó una mutación adicional, aunque discutible por su grado, cuando los llamados «gavilleros», desde inicios de 1917, fueron sustituyendo sus reclamos revolucionarios consuetudinarios para vindicarse en defensa de la patria y proteger sus vidas de la violencia desenfrenada del invasor imperialista.

III

El calificativo gavillero se empleó desde el mismo principio de siglo –con precisión en 1904, de acuerdo a González– en forma incorrecta, porque perseguía denotar una pura asociación criminal en bandas que en realidad integraban un móvil político. El poder utilizó el expediente de reducir falazmente a los contrarios alzados en armas a la condición de meros delincuentes. Y, en el contexto de la inestabilidad política crónica de inicios de siglo, quienes en la víspera eran los perseguidos



Gregorio Urbano Gilbert.

en el monte como «gavilleros» de golpe escalaban a las posiciones de mando y sus perseguidores a nombre de la ley y el orden pasaban a convertirse en los «gavilleros». Desde luego, no todos los involucrados en estas discordias caudillistas caían en la condición de «gavilleros» cuando se encontraban en la oposición al gobierno. Únicamente quedaban incluidos con propiedad quienes se mantenían en una pequeña e irregular banda en tiempo de paz. En cambio, cuando los alzados alcanzaban un gran número en formaciones bastante regulares y se declaraba un estado de guerra civil o, por lo menos, una confrontación de consideración, tenían que ser reconocidos y tratados como revolucionarios. De todas maneras los denominados «gavilleros», por los incumbentes temporales del poder, nunca aceptaron el calificativo y siempre que respondieran a un móvil mínimamente vinculado con la política nacional se reclamaban como revolucionarios. Hubo también esporádicos grupos de delincuentes que recibieron por igual el calificativo de «gavilleros», aun cuando no perseguían ningún objetivo político. Este fue el patrón ya apuntado de organización del que se derivó el origen de la acepción dominicana del vocablo, producto del poder estatal, tras la eliminación de Ulises Heureaux, para descalificar a los opositores sublevados.

Así pues, con el término gavillero pasó a designarse a dos fenómenos distintos: el de la asociación de malhechores y el de alzados políticos. Este operativo semántico, dirigido al desprestigio deshonesto de rivales políticos en armas, sin embargo no dejó de tener su relativo fundamento en el hecho de

que los revolucionarios operaban en base a fórmulas que en más de un aspecto los aproximaban a la condición de bandidos. La condición de alzados se tornó en un *modus operandi* crónico para determinadas categorías de sujetos cuando no se hallaban conectados con el sector político que detentaba el poder, fuera a escala nacional o regional. El estado de rebelión se hizo un fin y se justificaba en sí mismo para esta categoría de revolucionarios, lo que demanda una consideración de las determinaciones históricas que operaron y de las condiciones personales y grupales de la actividad. Para mantenerse en el monte, en efecto, se debían cumplir determinadas condiciones, sobre todo la capacidad y la disposición para el ejercicio de la violencia. Revolucionarios o «gavilleros» no podían ser cualesquiera políticos, sino solo aquellos dispuestos a correr con las consecuencias de no doblegarse ante los rivales, con vocación por la aventura y la violencia. Esto los llevaba a una actitud de dureza hacia los enemigos e incluso hacia la generalidad de la población. Para sostenerse tenían que atacar en medida implacable a los que, desde sus posiciones, se reclamaban los representantes de la ley, como los alcaldes pedáneos. En cuanto a los simples lugareños pacíficos, eran objeto de innegables depredaciones por parte de los revolucionarios, al requerir de ellos bienes como alimentos y monturas. Los revolucionarios también dependían de asaltos a establecimientos comerciales, sobre todo de localidades rurales. Tal mecánica facilitó la incorporación esporádica de delincuentes comunes en las bandas de «gavilleros» o, lo que era más común, que gran porción de sus integrantes tuvieran proclividad por la comisión de actos que caían bajo los artículos del Código Penal.

Terminó de conformarse una tradición que afianzó patrones característicos de los llamados «gavilleros». Desde luego no todos se ajustaban a los mismos, pero, en el límite, se caracterizaban por la disposición a los ajustes duros bajo tales condiciones que no les hacían perder el sostén de porciones de la población, quizá en gran medida en base a relaciones

primarias. Gregorio Urbano Gilbert probablemente fue el primero que dejó una crónica, única por provenir de un participante, de la primigenia cuadrilla que enfrentó a la intervención militar norteamericana en el Este, bajo la dirección suprema de Salustiano Goicoechea, aunque se hallaba en una tropa personalmente comandada por Vicente Evangelista. Ambos jefes tenían una experiencia larga en las actividades armadas irregulares en la región oriental, la que extendieron a la oposición a los norteamericanos. Como se verá, casi todas las formaciones ulteriores de insurgentes provinieron de esta tropa, de algunos de cuyos cabecillas Gilbert dejó apreciaciones sombrías. Lo primero que repugnó a Gilbert fue el fusilamiento del jefe de orden de la colonia de Jagual; aunque confiesa en su relato que casi llegó a compenetrarse del argumento de que había que liquidar a los colaboradores potenciales del enemigo invasor, quedó afligido. Este estado de ánimo se agudizó cuando escuchó relatos de algunos de los «gavilleros», que denotaban su ambiguo estado de revolucionarios y delincuentes.

El General Evangelista, que fue quien inició este género de pasatiempo, reveló ciertos actos que había cometido, y que lo desvirtuaban como persona propia para dirigir un movimiento que, por su nobleza, requiere desinterés y sentimientos graves. [...] También, otros hombres, de los más allegados al cabecilla, se descubrieron como perfectos facinerosos, por los relatos que hicieron. Crímenes cometidos de tan repugnantes maneras, que a mí me desagradó que sujetos de tan mala conducta pertenecieran a las filas de la Libertad. Gente a quienes se les veía en el semblante que se refocilaban al recuerdo y mención de asesinatos, robos y estupros que habían cometido.¹

¹ Gregorio Urbano Gilbert, *Mi lucha contra el invasor yanqui de 1916*, Santo Domingo, 1975, pp. 55-56.

Como Gilbert se negó a sumarse a estas reivindicaciones ominosas, fue confrontado por uno de los seguidores de Vicentico, el afamado Águila Blanca, Alfonso Cedano, el [...] más villano de la partida [...] a quien no había por donde encontrarle la más mínima pizca de bien. Se encontraba en las filas de los alzados con el único fin de defenderse de la persecución de que lo hacía objeto la justicia a causa de los tantos crímenes cometidos y pendientes de ser ventilados por ella. [...] Él lucía con jactancia ese apodo, por considerarse émulo de aquel célebre Águila Blanca, asesino al servicio del presidente dominicano, Heureaux.²

Isla Abierta, año XIII, núm. 648,
7 de octubre de 1994.

² *Ibid.*, pp. 56-57.



ANTECEDENTES INMEDIATOS DEL GAVILLERISMO EN EL ESTE

e vio en el pasado artículo que a partir de 1917 se produjo una mutación de las características del gavillerismo y que uno de los componentes del hecho radicó en la concentración de la actividad en la región oriental. En realidad dicho sesgo espacial no apareció de súbito, sino que su génesis visible se remontó a la situación dejada por la sucesión de guerras civiles en 1912 y 1914, especialmente la última.

Al establecerse un gobierno provisional como secuela de la injerencia del gobierno de Estados Unidos en pos de la búsqueda de la estabilidad política dentro del *status quo* —fórmula que ha pautado más que cualquier otra sus orientaciones hacia nuestro país—, se fijaron elecciones que fueron ganadas por la coalición de los caudillos Juan Isidro Jimenes y Federico Velázquez. El gobierno de Jimenes tuvo que sortear en forma casi constante las presiones de Estados Unidos, que perseguían una estabilidad absoluta, condición para el incremento de los negocios y la inversión de capitales. Una de las exigencias del imperialismo, a través de las amenazantes notas remitidas por la administración de Woodrow Wilson, consistía en el



Woodrow Wilson.



Juan Isidro Jimenes.

nombramiento por el presidente norteamericano de un jefe de la fuerza armada dominicana.

El propósito subyacente no era otro que el de despejar las interferencias de los intereses de los caudillos sobre dicha fuerza, haciéndola teóricamente apolítica, lo que constituiría un ingrediente para el reinado de la paz. En ese segundo gobierno de Jimenes la jefatura del ejército dominicano se encontraba en manos de Desiderio Arias y sus subordinados de estricta confianza, contestes en resistir las peticiones de los norteamericanos. Este ingrediente añadía elementos de preocupación a la política estadounidense, por cuanto se preparaba la eventual entrada a la guerra europea, en contra de Alemania.

Pero era la eliminación tajante de toda forma de inestabilidad que pudiera desembocar en guerra civil lo que en lo inmediato movía el injerencismo norteamericano. Finalmente, pese a que Horacio Vásquez —quien compartía con Jimenes la rectoría formal de la política nacional desde 1899— había

reconocido su derrota en las elecciones, sus partidarios estaban resueltos a no dar tregua al régimen rival. Esa actitud de los horacistas se manifestaba, en la cúspide, en el enfrentamiento del poder legislativo con el ejecutivo. En un nivel de base, el de la infinidad de hombres de armas que seguían desde sus localidades al caudillo supremo, se manifestaba mediante tentativas sediciosas.

Es de por sí revelador que los aprestos insurreccionales de caudillos horacistas, quienes contravenían las exigencias perentorias de los norteamericanos, se materializaran, casi con exclusividad, en la porción oriental del país. De hecho, allí no dejó de reproducirse un clima continuo de perturbaciones, contrastante con el mantenimiento de la paz en el resto del país.

De seguro las acciones de mayores consecuencias que desplegaron los horacistas en esa región contra el gobierno de Jimenes, al margen de las orientaciones de su caudillo, fueron las de la coalición de caudillos Salustiano Goicoechea, Juan Calcagno y Vicente Evangelista, junto a otros de menor jerarquía, que también se destacarían en adelante, como Manuel Joaquín Aybar, Ramón Natera y Prebisterio Hernández. Hasta entonces sostenían negociaciones continuas con el gobierno, que procuraba mantenerlos tranquilos mediante reconocimientos y prebendas.¹ Los caudillos se fueron insurreccionando poco a poco, algunos desde inicios de año. Los primeros señalados en estado de rebelión fueron Zenón Ovando, Vicente Evangelista y Juan Calcagno, en febrero, pero parece que no lograron en ese momento fuerza para amenazar el orden.² Fue entre mayo y junio, después de treguas precarias, cuando la rebelión ganó cuerpo, conformándose la coalición que puso al

¹ Gobernador de la provincia de San Pedro de Macorís al general Salustiano Goicoechea, 17 de mayo de 1915. Archivo General de la Nación (AGN), Secretaría de Interior y Policía (SIP), Gobernación de San Pedro de Macorís (SPM), leg. 18.

² José María Frías, alcalde pedáneo de Guayacanes, al gobernador de San Pedro de Macorís, 16 de febrero de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

país en riesgo de reinicio formal de la guerra civil; en tal estado se mantuvieron los caudillos orientales hasta la presentación de cada uno por separado a lo largo del mes de octubre.³ Es imposible determinar, debido a la limitación de información contenida en las partes, si todos los grupos de irregulares de los que se puede derivar una motivación política operaban en coordinación. Es frecuente la aparición de bandas, sobre cuyas motivaciones no se filtran detalles. Uno de los tantos grupos registrados, que operaba en la zona de Guayacanes, estaba dirigido por Liquito Báez, Santos Guzmán, Arturo Martínez y Damián Rosario.⁴

Tras la presentación de los principales jefes siguió la de los subordinados, como el cabecilla Juan Mendoza, acompañado de Gabriel del Rosario, José Puello, Esteban Silvestre, Feliciano del Rosario y Manuel Silva, «todos del domicilio de la común de Ramón Santana».⁵ Su derrota provino del hecho de que no concitaron demasiados seguidores, por lo que no pudieron traspasar la condición de jefes de bandas de irregulares. El gobierno no tuvo que reconocerlos como revolucionarios, sino que les pudo endilgar, como ya había hecho en previas ocasiones, el calificativo execrable de «gavilleros». En cualquier caso, a lo largo de 1915 el gobierno siempre mantuvo superioridad bélica, y los intentos enemigos se saldaban en el descalabro. La coalición de caudillos fue batida en varias ocasiones por tropas coordinadas al mando de los generales Manuel Mercedes y Antonio Ramírez. El 21 de septiembre, en

³ Gobernador de la provincia de San Pedro de Macorís al presidente Juan I. Jimenes, 4 de octubre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18. En oficio se da cuenta de la presentación de Calcagno y Evangelista ante el gobernador de Samaná, así como de otras presentaciones de rezagos dispersos de rebeldes logrados por el general Antonio Ramírez. Cuatro días después se notificó la presentación de Ramón Natera y Francisco Rijo. Gobernador de San Pedro de Macorís al gobernador de El Seibo, 8 de octubre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

⁴ Juan María Frías, alcalde pedáneo de Guayacanes, al gobernador de San Pedro de Macorís, 15 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

⁵ Néstor Febles, gobernador de El Seibo, al gobernador de San Pedro de Macorís. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

la culminación de la campaña, el primero de ellos se topó con los revolucionarios, en un paraje denominado La Estancia, y les propinó «una gran derrota dejando en nuestro poder dos muertos, ocho carabinas, 400 tiros de distintos calibres, 10 caballos, sillas, revólvers (sic) [...]. Nuestras fuerzas persiguen muy de cerca a los revolucionarios».⁶ Por su parte, el general Ramírez informó que alcanzó a los insurrectos en las Lomas de la Sierra, capturándoles nueve caballos, prosiguiendo de inmediato a desbaratar otro conglomerado entre Mata de Palma y Cañada de Agua.⁷

La sucesión de derrotas determinó el fin de la rebelión política, desenlace que se explica en virtud de que el gobierno central dispuso de los recursos financieros y de tropas para reforzar las guarniciones del Este; se había concitado la voluntad expresa de «cortar de raíz las traiciones y desertiones y en tal virtud [...] que los delincuentes sufran merecido castigo».⁸ De hecho, el secretario de Interior elaboró una minuciosa estrategia para lograr la pacificación de la región oriental, lo que contribuyó a dejar en bancarrota a la coalición de caudillos alzados.⁹ Uno de los puntos relevantes del dispositivo consistía en la depuración de los jefes de orden de los ingenios, median-do una consideración particular de la importancia de cada uno de ellos.¹⁰ En esa ocasión se envió una dotación de refuerzo de veinte hombres y varias partidas de fondos, lo que no impidió que se armara una tropa independiente en persecución del núcleo insurrecto surgido en La Caleta al mando de Ramón Batista, Emiliano Rojas y Julio Bonnelly.

⁶ Néstor Febles, gobernador de El Seibo, al gobernador de San Pedro de Macorís, 22 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

⁷ A. Ramírez al gobernador de San Pedro de Macorís, 22 septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

⁸ Secretario de Estado de Interior y Policía al gobernador de San Pedro de Macorís, 19 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

⁹ J. M. Jimenes, secretario de Interior y Policía, al gobernador de San Pedro de Macorís, 29 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

¹⁰ José Manuel Jimenes, secretario de Interior y Policía, al gobernador de San Pedro de Macorís, 17 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

Sin duda que estos políticos-revolucionarios operaron de acuerdo a patrones que serían los característicos del gavillerismo ulterior a 1916. En cuanto a los ingenios azucareros, ya no se trataba de atacarlos en forma indiscriminada, sino de obtener metódicamente recursos de ellos a través del chantaje. Se comprueba la inauguración de la práctica en una interesantísima misiva de Vicente Evangelista al administrador del ingenio Quisqueya, que conviene transcribir al pie de la letra.

Como ud. la vez pasada me ofresió alludarme y no estube la necesidad de ocuparle hoy me beo en la inperiosa necesidad de que mande quinientos pesos pero sin excusa ninguna tengo para ebitarme fracasar que atender a mis tropas y para ebitar tener que mandar mi tropa a aserle presión quiero que con el mismo portador los enbie. Con esto quedaré a sus órdenes para todo. De lo contrario no rrespondo de lo que pueda ocurrir.¹¹

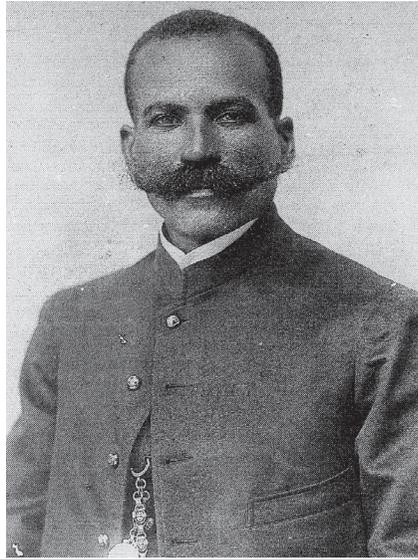
Como no siempre estas exigencias daban el resultado apetecido, los insurrectos, con el fin de subsistir, no obstante la pretensión de operar como tropa regular en guerra civil, mantuvieron los asaltos, como sucedió al ingenio Angelina, compañía que fue despojada de más de setecientos pesos en una incursión combinada de varias bandas.

Anteayer en la tarde se presentó en el batey del injenio «Anjelina» un grupo de «gavilleros» encabezados por los nombrados Prebisterio Hernández, Manuel Joaquín Aibar, Vicente Evajelista (sic) y Balelo Dalmasí, en número de treinta y cinco hombres, montados a caballo, y después de atropellar, agolpeándolo, al cajero de dicho injenio, señor Eliseo Rodríguez, le exijieron la entrega del dinero que había en la caja fuerte.¹²

¹¹ General Bicentico Evangelista al administrador de Quisqueya, 27 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

¹² Gobernador de San Pedro de Macorís al procurador fiscal, 14 de julio de

Así pues, lo ya visto sugiere que, por encima de su debilidad, estos antigubernamentales tuvieron relativo éxito en decantar cierto estado crónico de excepción en la región oriental. Su rebelión no fue sino el capítulo postrero de la inestabilidad política. Entre otros hechos de relieve, el general Evangelista logró tomar la ciudad de La Romana, no obstante que contaba con una tropa bien reducida. También fue importante el movimiento sedicioso diri-



Zenón Ovando.

gido por el general Zenón Ovando, quien después de quedar desplazado de su antiguo protagonismo durante el gobierno de Cáceres se había establecido en el Este. Al quedar fugitivo, se tuvo que prohibir la navegación de cabotaje en la región.¹³

En la misma época, esto es a inicios de 1915, se produjo otro alzamiento de cerca de veinte sujetos comandados por los jóvenes hermanos Nene y César Larancuent.¹⁴ Los rebeldes fueron perseguidos por una tropa al mando del mayor García Martínez, librándose diversas escaramuzas, como una acaecida en Arroyo Andrés el 18 de febrero de 1915, en que la tropa infligió dos muertes y un herido, y capturó seis carabinas belgas,

1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

¹³ Jacinto B. Peynado, secretario de Interior y Policía, al gobernador de San Pedro de Macorís, 16 de febrero de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 14.

¹⁴ Véase Certificado del gobernador de San Pedro de Macorís, 3 de febrero de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 17; Rafael Calcaño, jefe de orden guardacampestre de Jaguar, al gobernador de San Pedro de Macorís, 23 de enero de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 4; el autor de esa misiva fue despojado de una carabina y algunos de sus peones de sus revólveres.

dos patas de mulo, cápsulas, cuatro sables y diez caballos, amén de la correspondencia de los Larancuent;¹⁵ parece que fue tal el golpe, que empujó a los alzados a pactar la rendición. Nene tuvo que entregarse por haber sido herido, habiéndosele ofrecido garantía a través de Juanico Faxas, «individuo que se empeña calurosamente por la terminación de estos desórdenes», gracias a la «generosidad, como han sido ejecutados todos los actos del jimenismo».¹⁶

El estado de agitación, empero, no se resolvía con las presentaciones continuas de los alzados. La rebelión se reiteraba en sucesivas tentativas, si bien nunca de las mismas dimensiones que la central, comandada por Evangelista y asociados, culminada en octubre de 1915. Es de hecho imposible mantener el seguimiento de la proliferación de focos sediciosos, alternándose la paz y la guerrilla. En la región podían operar partidas animadas por los mismos presupuestos políticos, sin conexión entre sí. Así, en los mismos días en que se desenvolvía la rebelión de los generales horacistas ya vista, reza un documento que «un grupo de alzados merodea por las secciones que colindan entre esta común y la de Higüey», aunque auguraba la pronta normalización, como tantas otras veces, por cuanto uno de los cabecillas principales de «gavilleros» de El Seibo, Olivorio Guerrero, pedía garantías.¹⁷ Pero el general Manuel Mercedes, exactamente en esos días, tuvo que dejar de perseguir a Evangelista para concentrarse en la erradicación de un pequeño núcleo, posiblemente de corte local, en Guayabo Dulce.

Aunque estos «gavilleros» no ganaran fuerza para poner en peligro al gobierno, obligaron a los representantes locales de la autoridad a adoptar medidas extraordinarias, a fin de superar

¹⁵ Mayor García Martínez, jefe de operaciones, al gobernador de San Pedro de Macorís, 18 de febrero de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

¹⁶ Capitán Teófilo Veloz al gobernador de San Pedro de Macorís, s.f. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

¹⁷ Nestor Febles, gobernador de El Seibo, al gobernador de San Pedro de Macorís, 30 de septiembre de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

la debilidad de las fuerzas militares. Una de las más llamativas fue la de Fidel Ferrer, gobernador de la provincia de El Seibo e irrestricto jimenista, quien formó un cuerpo de unos cuarenta cívicos para dar caza a los alzados, con lo que reproducía desde el poder la irregularidad con que estos se sustentaban. Por esta razón tuvo que autorizar al gobernador de Macorís a penetrar con la tropa bajo su mando a fin de operar contra los enemigos; en coordinación con los alcaldes pedáneos, la tropa enviada desde Macorís realizó un recorrido por las secciones frecuentadas por ellos: Paso del Medio, Hosaro, Anamá, Soco, Las Yayas y Mata de Palma.¹⁸ La tropa que comandaba Ferrer apenas le permitía sostenerse en la cabecera provincial, casi a merced de los insurgentes.¹⁹ Las diligencias de Ferrer generaron una pasión furibunda de sus rivales, que se reavivaría tras la ocupación militar, costándole la vida.

Isla Abierta, año XIV, núm. 649,
4 de noviembre de 1994.

¹⁸ Gobernador de El Seibo al gobernador de San Pedro de Macorís, 19 de febrero de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

¹⁹ Fidel Ferrer, gobernador de El Seibo, al gobernador de San Pedro de Macorís, 13 de febrero de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 4.



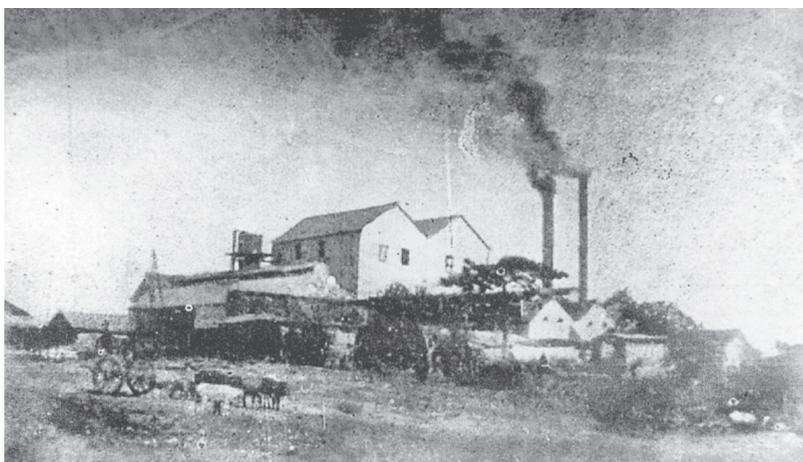
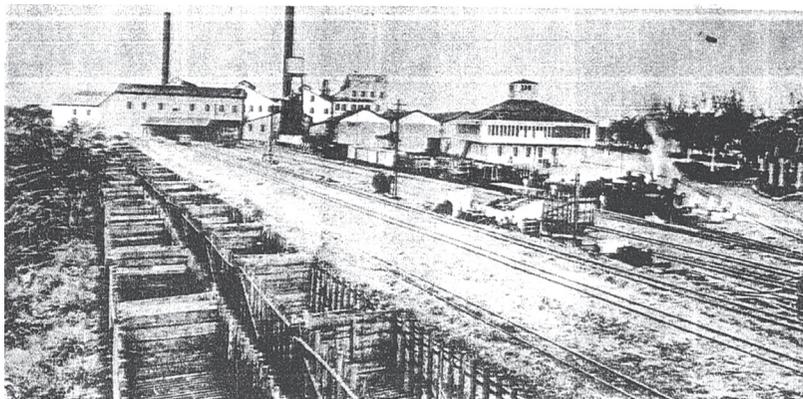
EMERGENCIA DEL GAVILLERISMO FRENTE A LA OCUPACIÓN MILITAR

I

No de los móviles del desembarco de la Infantería de Marina norteamericana, en mayo de 1916, sin duda consistió en asegurar la paz interior de República Dominicana; era necesario para garantizar la creación de condiciones para la colonización económica y el afianzamiento de la cadena geopolítica en vísperas de la confrontación con Alemania. Este objetivo podía revestir importancia diferencial en la región oriental del país, por cuanto ahí se concentraba la inversión directa de capitales.

Por efecto de las normales paradojas de la historia, la situación en el Este se tornó en extremo crítica durante los tiempos siguientes a la ocupación, dadas las confrontaciones terribles que se produjeron entre los invasores y los dominicanos. Por ello, cabe dudar acerca de la concordancia de los medios y los fines o, en todo caso, destacar el costo inmenso en vidas que tuvo la culminación del programa social de los ocupantes.

Como efecto principal de la intervención, se generalizó el gavillerismo, que presentó facetas inéditas. En efecto, la formación de un nuevo tipo de Estado, con los matices de fuerza



Dos ingenios azucareros de la región Este del país.

concentrada y la confrontación nacional que implicaba, generó la multiplicación de la lucha armada en la región. No fue casual que mientras en el resto del país no se produjeron actos considerables de resistencia armada, el Este se viera severamente afectado por una conflagración crónica que generó miles de víctimas.

Desde el mismo momento de la intervención militar se tuvo conciencia de las reacciones que generaría en la región. Los empresarios azucareros se movilizaron para solicitar que

no se concretara la extensión de la ocupación del territorio, temerosos de las consecuencias que podría tener para sus intereses. Ahí radica la causa de que, a diferencia del resto del país, la ocupación de Macorís por los marines se pospusiera hasta enero de 1917, con bastante posterioridad a la proclama del capitán Knapp, de noviembre, que estatúa el desconocimiento del Gobierno dominicano. El hecho mismo de que se encontrasen las tropas extranjeras en el territorio nacional trajo un tipo de respuesta en la zona; pero la verdadera detonación se produjo tras la entrada de los extranjeros por el puerto de Macorís, con la clarinada del jovencito Gregorio Urbano Gilbert, quien ejecutó a un teniente de la Infantería de Marina mientras se producía el desembarco.

En este artículo se verán dos momentos de la reacción armada de los dominicanos ante la ocupación militar, el primero de «baja intensidad», *grosso modo* durante la segunda mitad de 1916, y el segundo, proemio de la guerra de los años venideros, durante los primeros días de 1917, iniciado bajo la efímera conducción unificada de Salustiano Goicoechea. Fue en esta segunda etapa cuando el gavillerismo experimentó mutaciones en gran parte de sus contenidos.

II

Desde los primeros días de la incursión de las tropas estadounidenses en la capital y sus contornos se sucedieron acciones que hicieron palpable la modificación del peso del gavillerismo en sus dos expresiones básicas, vistas en artículos anteriores. Dichas acciones pueden descomponerse en tres grupos: la prolongación del bandidaje a secas, ante el debilitamiento coyuntural de las instituciones del gobierno central; la ampliación del número de bandas ya tradicionales, que conjugaban intención política y formato operativo delictivo; y las expresiones en germen de acciones políticamente pautadas, que perseguían

desgajarse de todo aspecto controversial a fin de postularse en defensa de la patria. Desde luego, la tipificación tan solo permite orientar la captación del fenómeno, no dar cuenta exhaustiva de su complejidad. Tampoco implica que se desdibujaran los entrelazamientos de algunos componentes de las tres categorías, lo que se mantendría en los años subsiguientes. Pese a la intención de los jefes de bandas de imprimir un contenido puramente nacionalista a su acción, el gavillerismo se mantuvo siempre atado a muchos de los rasgos con que caracterizaron su eclosión como fenómeno social de consideración. Con todo, la tipificación debe matizarse en relación a la coyuntura precisa, por cuanto durante esos primeros meses se juzgó a la intervención como fenómeno transitorio, evaluación que únicamente se desvaneció ante la proclama de Knapp.

III

El hecho que desde los primeros días de la intervención se declarara un estado bastante generalizado de rebelión en los linderos de las provincias de San Pedro de Macorís y Santo Domingo no puede considerarse como simple azar. Es cierto que en la documentación consultada no se han localizado proclamas políticas, mas no por ello se tiene que descartar que existieran motivaciones novedosas de esa naturaleza, ya que los documentos silencian estos aspectos.²⁰ En contraste, por la transmisión de la memoria oral *in situ*, se sabe que un veterano gavillero, Gregorio Severino, se proclamó en estado de rebelión en defensa de la patria en Bayaguana,²¹ lo que no queda recogido en los documentos consultados.

²⁰ Casi siempre los partes de autoridades locales, la fuente más rica y continua que informa del gavillerismo, tenían propósitos operativos muy precisos. Daban cuenta exclusivamente de los brotes de insurgentes, raramente se referían a las motivaciones.

²¹ Entrevista con Ramón Vásquez.

El epicentro de estas respuestas inéditas se situó en la Sabana de Guabatico, alrededor de Los Llanos, en las que se volvió a distinguir el caudillo Emilio Guerrero,²² al cual se ha hecho alusión anteriormente. Pese a que esta banda sufrió el hostigamiento de una caballería de cincuenta jinetes de la Guardia, se mantuvo activa durante un tiempo. Detrás de ella siguieron haciendo aparición sucesivas partidas de insurrectos; por ejemplo, en La Loma, un jefe únicamente conocido como Jerónimo, que operaba desde antes de la intervención,²³ amplió su incidencia.

Desde mayo se agudizaron los ataques a las instalaciones del central San Isidro, al reactivarse partidas que operaban al sur de Los Llanos. Días después de iniciada la intervención, los «gavilleros» cortaron las líneas telefónicas entre el batey central y la colonia Cayacoa, como paso previo para la ocupación del batey de dicha colonia.²⁴ Hubo que trasladar a toda la tropa que protegía el batey central a la colonia para desalojar a los insurgentes.

Mientras tanto, otros grupos tomaban dirección hacia Bayaguana e incluso hacia el Cibao, quizá a secuela de las operaciones de las tropas enviadas desde la ciudad capital, lo que redujo el estado de alarma en la zona.²⁵ Consciente de la precariedad de ese resultado, el gobernador de Santo Domingo trató de consolidarlo mediante un nutrido contingente que realizó un recorrido por la región. Aun así, el 9 de junio se produjo la congregación de insurgentes irregulares más nutrida de que hasta la fecha se tuviera noticia.

²² Ángel Rodríguez, jefe comunal de Los Llanos, al gobernador de San Pedro de Macorís, 3 de junio de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

²³ Ángel Rodríguez, jefe comunal de Los Llanos, al gobernador de San Pedro de Macorís, 28 de abril de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

²⁴ Administrador del ingenio San Isidro a Miguel Ricart, gobernador de San Pedro de Macorís, 6 de junio de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

²⁵ Feliciano Peña, al gobernador de San Pedro de Macorís, 3 de junio de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

Entre nuestras colonias Cayacoa y Brujuela [...] fue atacado uno de nuestros trenes de caña e intimado a parar por un grupo que bajaba de 200 hombres. Suponemos que se propusieran llegar a este Batey, pero afortunadamente el maquinista [...] cortó en el acto, dejando en la línea los vagones [...] no sin que dicho grupo de «gavilleros» tuviera tiempo para descargar sobre ellos, hiriendo gravemente a tres de nuestros trabajadores y dejando un muerto en el sitio.²⁶

Estas incursiones evidencian un estado de confrontación contra los intereses azucareros, proveniente desde el incremento de la plantación a partir de 1914. Para tomar un caso, en los terrenos del ingenio Porvenir se habían producido robos de caballos, cortes de líneas telefónicas y obstaculización del tráfico de los trenes.²⁷ En la porción norte de la plantación de lo que sería el Central Romana venía operando un «grupo de 15 hombres en calidad de estafar las bodegas de este central y según sus declaraciones [...] son del gobierno jentes (sic) de Nicanor Ortiz y dichos cabesillas (sic) son los nombrados Fabio El Gago y Juanico Castillo».²⁸

Desde los primeros días de la intervención, a estos irregulares crónicos se agregaron otros, quienes mostraron el propósito de combatir directamente a los norteamericanos. Es probable que el intento más sonado fuese el comandado por el general Raúl García Rivas, ulteriormente connotado nacionalista y antitrujillista de izquierda, entonces residente en La Romana. García, por lo visto, intentó sublevar el Este, con el fin de respaldar a Desiderio Arias y sus subordinados de Puerto Plata y la Línea Noroeste. Formó una tropa de casi cincuenta

²⁶ Administrador del ingenio San Isidro a Miguel Ricart, gobernador de San Pedro de Macorís, 9 de junio de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

²⁷ Frank Garnett, manager de Porvenir Sugar Co., a Miguel Ricart, gobernador de San Pedro de Macorís, 18 de abril de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

²⁸ Nicasio Díaz al gobernador de San Pedro de Macorís, 24 de febrero de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

hombres, pero en el trayecto hacia Hato Mayor la mayoría de ellos optó por tomar diversos rumbos.²⁹

Idéntico motivo político debió animar a Gerónimo Castillo, al frente de una cuadrilla conformada en los alrededores de Santo Domingo, que intentó atizar la rebelión en las zonas rurales, y fue sorprendida en Guerra.³⁰ Estas motivaciones políticas no debieron estar ausentes en la proliferación de pequeñas partidas de rebeldes, como una consignada en terrenos del ingenio Puerto Rico, en la proximidad de Guayacanes.³¹ La suma de los tantos documentos no deja lugar a dudas acerca de la predisposición de muchos a tomar el monte, lo que tendió a generalizarse a pequeña escala: «Ya está volviendo el gavillaje y el desorden como antes. Y que estos presentados anteriores están como en espera de algo».³²

IV

Es sintomático que mientras la presencia de las tropas norteamericanas no se extendió hacia el este, no pudiera cuajar en forma duradera un desafío masivo a la intervención. Finalmente, las partidas insurrectas que operaban en los linderos de las dos provincias no traspasaban dimensiones modestas o fueron anuladas. En general, la situación de la región en su conjunto se caracterizaba por la tranquilidad, incluyendo Hato Mayor, que se haría la madriguera principal de insurgentes.³³

Por lo visto los líderes inveterados de las guerras civiles se encontraban al acecho, esperando la oportunidad para

²⁹ Ángel Rodríguez, jefe comunal de Los Llanos, al gobernador de San Pedro de Macorís, 11 de julio de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 4.

³⁰ R. Sánchez González, gobernador de Santo Domingo, al gobernador de San Pedro de Macorís, 21 de junio de 1916, AGN, SIP, SPM, leg. 4.

³¹ Arnoldo Ledesma al gobernador de San Pedro de Macorís, 30 de agosto de 1916, AGN, SIP, SPM, leg. 4.

³² Ídem.

³³ Entrevista con Juan Batía, 1983.

rebelarse. Fue lo que aconteció desde el mismo momento en que desembarcaron los marines en Macorís. En su puesto del ingenio Consuelo, el general Salustiano Goicoechea se declaró en armas, con el expreso propósito de rechazar a los invasores. Ya se ha visto que Goicoechea ocupaba uno de los sitios preponderantes dentro de las coaliciones de caudillos que se rebelaron reiteradamente contra el gobierno de Jimenes.

Cabe agregar, para visualizar la complejidad del fenómeno, que la influencia de Chachá, como todo el mundo lo conocía, derivaba de su conexión con la plantación azucarera. Alternaba ocupaciones de jefe de orden del ingenio Consuelo con las de expulsión de infelices de sus tierras. El sujeto estaba embargado de rasgos que lo llevaron a la demencia en los últimos años de su vida. A su alrededor medraba una camarilla de protegidos, como el por igual gavillero Manuel Joaquín Aybar, quien se haría un potentado terrateniente en base a expropiaciones y otras operaciones abusivas,³⁴ o Luis Emilio Duluc, quien aprendió en ese entorno las artes criminales que aplicaría como jefe de la policía privada del Central Romana.

Aparte de su afición por la violencia, Chachá, como informan sus cartas, debía tener mayor nivel cultural que sus restantes camaradas, al tiempo que conjugaba superior disposición al cálculo de las conveniencias con el arrojo mínimo necesario para sobresalir en aquel peculiar generalato de pacotilla. En realidad, ya se iba segmentando de la tipología de los generales por su protagonismo en la formación del latifundio del ingenio Consuelo, el más grande del país. La personalidad de Goicoechea resume la faceta negativa del gavillerismo, equiparable a una variante de mafia de distintas gradaciones, según personas y momentos.

El hecho es que el mismo 10 de enero, cuando incursionaron los marines en el Este, Chachá se levantó en armas en el batey central del Consuelo, al frente de más de cien seguidores.

³⁴ Ídem.

Ahí se mantuvo un día, hasta que las tropas invasoras organizaron el avance hacia el interior. El Consuelo fue tomado por asalto y Chachá decidió retirarse en dirección a la cordillera Oriental, después de presentar tenue resistencia. Se detuvo unos días en los alrededores de Hato Mayor, ya que el avance de los invasores se había tornado más lento al dejar atrás el límite septentrional de la red ferroviaria de los ingenios.

Desde ese lugar, pese a sus duplicidades e inconsistencias, Chachá pudo concitar el apoyo de mucha gente, gracias a haberse tornado en el símbolo regional de la resistencia al enemigo extranjero, algo que hasta entonces nadie había logrado materializar. De manera dispersa, muchos se aprestaron a sumarse a la cuadrilla insurrecta de dominicanos. Entre los generales de la región, Vicente Evangelista asumió la principal iniciativa en ese sentido; desde su escondite cercano a Guaza, antes de alzarse procedió a congregar a sus amigos más experimentados en menesteres bélicos.³⁵

Vicentico Evangelista reunía mejores condiciones de jefe militar que Chachá, lo que no impidió que se le subordinara. Al reunirse ambos caudillos, tomaron la decisión de operar de acuerdo a una coordinación laxa que concedía la comandancia suprema a Chachá y una autonomía real a Vicentico, tal como habían operado, junto a otros generales, a lo largo de 1915.

La acción se orquestaba en función de la capacidad integradora de cada cabecilla, quien, como razón de ser consustancial, no deponía la independencia arrogante que le deparaba el título de general. En otro plano, tal esquema, que conjugaba subordinación y autonomía, daba cuenta del límite cuantitativo de las cuadrillas. A partir de un determinado nivel de crecimiento, los caudillos preferían facilitar o permitir la formación de una jefatura subordinada, mecanismo que en múltiples casos generó tensiones. Hasta viejos camaradas como eran Chachá y Vicentico no se hallaban exentos de suspicacias. Esto se puede

³⁵ G. U. Gilbert, *Mi lucha*, p. 51.

explicar por cuanto la cautela extrema resultaba indispensable para la supervivencia ante espías y traidores.

En buena regla estaba organizado el campamento del General Salustiano Goicochea. Compuesto por un buen número de hombres. Las avanzadas ocupaban puntos estratégicos y tanto se resguardaba Goicochea, que para poder llegar a él, aun siendo uno de los de la causa y de tanta importancia como el General Vicente Evangelista, había que llenar muchos requisitos. Cumplidos estos, era Chachá quien venía al encuentro de los que tuvieran necesidad de verlo, porque no se podía ver ni saber el sitio en que se acogía, a no ser los pocos ayudantes de confianza que tenía.³⁶

Goicochea no mostró disposición al combate. Tal vez calibró que no había posibilidades de expulsar a los norteamericanos por su condición de gobierno central potenciado al infinito. Gilbert narra que, mientras estuvo en su campamento en Las Sierras, «se pasaban los días y no se presentaba ninguna oportunidad de contienda».³⁷ Delegó a Evangelista la misión de enfrentar en forma activa al enemigo. Tras operar una retirada continua, desde el cantón oculto Chachá entabló negociaciones que culminaron con la pronta rendición. Hizo su presentación en la primera semana de febrero, a menos de un mes de haberse alzado, a la usanza de lo que se estilaba ante los gobiernos dominicanos.

Isla Abierta, año XIV, núm. 652,
3 de marzo de 1995.

³⁶ *Ibíd.*, pp. 58-59.

³⁷ *Ibíd.*, p. 59.

LOS «GAVILLEROS»

El gavillerismo, modalidad dominicana del bandidaje político rural, como es sabido, constituyó un fenómeno de amplia extensión durante el primer cuarto del siglo XX que tuvo sus manifestaciones más acusadas en la región Este. Sobre todo durante los primeros seis años de la ocupación militar norteamericana, iniciada en 1916, miles de personas formaron parte en las cuadrillas insurrectas que se hicieron omnipresentes en las campiñas orientales. En el mismo período se produjo la expansión acelerada de la industria azucarera, que llegó a un primer techo en su producción hacia 1930, esto es, a escasos años de que se conjurara el gavillerismo. Tras una fase centrada en los alrededores de Santo Domingo, desde la última década del siglo XIX el epicentro de la expansión azucarera se trasladó a San Pedro de Macorís. El acelerado incremento de la producción de azúcar se acompañó de la formación de latifundios en manos de las compañías extranjeras. A diferencia de otros países, el campesinado preexistente no pudo insertarse en la producción de caña. Por lo tanto, se estableció una temprana relación entre el auge del azúcar y la desposesión generalizada del campesinado oriental.

La coincidencia espacial y temporal entre la formación del latifundio azucarero y la acción de las partidas de insurrectos que recibieron el calificativo de «gavilleros» sugiere, casi como cuestión de sentido común, la determinación de la posible relación entre ambos procesos. Y, ciertamente, en contraste con visiones extendidas que no aceptan ningún condicionamiento social en el gavillerismo, puede aseverarse la existencia de planos de determinación en la situación creada en la región oriental por la «revolución azucarera». En conclusión preliminar, pues, resulta pertinente suponer la incidencia de las relaciones de producción sobre esta modalidad de movilización social. Desde luego, la determinación de las consecuencias del azúcar no puede ser entendida en una forma exhaustiva y ni siquiera prioritaria; y la prueba de ello se encuentra en que, como lo ha puesto de relieve María Filomena González, el gavillerismo cubrió otras porciones significativas de la geografía dominicana. Pero no debió ser por casualidad que alcanzó únicamente manifestaciones masivas en el Este.

Cuando se va al terreno de los hechos, sin embargo, los primeros vistazos que permiten las fuentes no convalidan tales relaciones entre sector azucarero y gavillerismo. Los sujetos ilustrados de la época, imbuidos de posiciones antimperialistas, así visualizaron el fenómeno, como se observa en el comunicado emitido a ese respecto por el Congreso Regional Nacionalista del Este, celebrado en El Seibo en 1921.

Todavía son más contundentes las visiones de quienes tuvieron de alguna manera vinculaciones vivenciales directas con el gavillerismo. Casi todos los sobrevivientes localizados a la fecha de hoy eran niños o adolescentes en el momento de esos hechos, tomando en cuenta que en mayo de 1922 se consumó la rendición de los insurrectos. Pero muchos de ellos tienen criterios suficientes para interpretar el problema aludido.

Lo más importante estriba en que esos entrevistados arrojan luz acerca de la forma en que se subjetivaban las relaciones

sociales vigentes, las transformaciones que aparejaba la actividad azucarera y las posibles causas del gavillerismo. No se trata de que el juicio de los actores se acoja como explicación final, pero su valor no puede minimizarse, ya que, finalmente, involucra los sentidos de las prácticas sociales, aspecto central de toda dilucidación historiográfica.

Como premisa, debe señalarse que la acción insurreccional en el Este precedió a la culminación de la expansión latifundista. Esta se llevó a cabo desde las zonas costeras hacia el norte. Y no cabe duda que el gavillerismo no surgió en las zonas costeras, sino en otras donde todavía se mantenía una pequeña agricultura y no habían acaecido todos los efectos de la industria azucarera. Si se quiere localizar un foco del gavillerismo, debe apuntarse a los alrededores de Hato Mayor y extenderlo a lo largo de la franja más poblada de la región oriental, que iba desde esa población hasta Higüey, pasando por El Seibo y un rosario de caseríos.

En esa porción, al igual que en casi toda la región oriental, la gran mayoría del territorio estaba cubierto de bosques y el hábitat se caracterizaba por la dispersión de viviendas entre bosques y praderas. Definitivamente no habían hecho aparición todavía los típicos problemas agrarios derivados de la concentración de tierras en una clase terrateniente. Como se desprende de los cuadros que pinta, por ejemplo, Ruperto Marte, entonces residente en lo que hoy se conoce como Cruce de Pavón, los lugareños llevaban a cabo una vida aislada, en la autarquía económica, retirados en lo posible de los componentes de la vida urbana y el poder estatal.

Como abundaba la tierra, carecía de valoración colectiva. La generalidad de los campesinos parece haber tenido simplemente una ocupación precaria o no contaban con documentos que avalaran sus derechos, aunque era frecuente que transacciones que reconocían situaciones de hecho se encontraban en los archivos municipales y notariales. Gran parte de su actividad se derivaba del predominio de los bosques, como es el caso

de la crianza libre, tanto de ganado vacuno como porcino, o de cortes de maderas y la recolección de miel y cera.

En principio puede sostenerse que las relaciones con los agentes mercantiles de las ciudades eran fundamentalmente cordiales. A pesar de que los productores tenían conciencia de que se les engañaba en el peso de sus géneros, entendían el proceso como parte consustancial de su ubicación social. Y esto no conllevaba conflictos agudos, debido a lo exigua que resultaba la inserción en el mercado. En el Cibao, en contraste, la potencia de la agricultura comercial tabaquera se acompañó, desde el siglo pasado, de conflictos que llamaban la atención de los intelectuales. En esta otra región no se habían disuelto planos de cercanía entre las clases que formaban parte de estilos de vida tradicional. Era común, en virtud de ello, que un campesino tuviera relaciones de compadrazgo con un miembro de la familia Goico, la más prestigiosa de El Seibo.

Cuando el cacao se llevaba a La Romana, el comerciante Gabriel Beltrán bien podía ofrecer alojamiento al productor, que veía en el gesto una señal de amistad. A lo sumo, el producto mercantil de cierto peso en la región oriental era el cacao, que se cultivaba en cercados de empalizadas, a fin de protegerlo del ganado errante. En lo fundamental los víveres y el ganado se destinaban al autoconsumo. Como lo indica vívidamente Dominga Rosario, de 87 años, residente en Gato, entonces «no había dinero, pero la comida no faltaba», lo que era la norma en el país. La abundancia de los alimentos y la pequeñez de las ciudades les quitaba a los primeros valoración monetaria: cuando los jornales eran de por lo menos 60 centavos, la libra de carne en el campo se cotizaba a 4 centavos o, al decir de la misma señora Rosario, por diez se obtenía un canasto grande lleno de víveres. La intromisión impetuosa de la propiedad extranjera no fue asumida de manera traumática por la masa campesina, si se acepta la validez de la casi totalidad de testimonios recolectados. En primer término, el ofrecimiento de trabajo asalariado se consideraba ventajoso, en la medida en

que compensaba la escasa inserción en el mercado de bienes. La mayor parte del empleo se llevaba a cabo en el «tumbe y habite» de los montes para la creación de colonias cañeras, actividad en que los salarios venían resultando hasta tres veces superiores a los vigentes en el corte de la caña. Segundo, la generalidad de campesinos se dispusieron a vender su tierra cuando recibieron ofertas de los comerciantes al servicio de las compañías azucareras. Encontraban que 25 centavos la tarea, como pagó el Central Romana en ciertos momentos, era un precio equitativo y atractivo. *A posteriori*, se juzga esta disposición a la venta como producto de la ignorancia. Muchos de ellos marcharon después a las ciudades cercanas a dedicarse a la actividad asalariada o a montar pequeños negocios. Los testigos, en general, no recuerdan personas que se negaran a vender y que recibieran la presión enervante de comerciantes o terratenientes.

Juan Germán Arias, buen conocedor de la región y mi orientador en la última excursión por sus profundidades, preguntaba intrigado por qué el paraje Benerito había quedado en manos de dominicanos, cuando está rodeado por predios del Central Romana. Se determinó mediante conversación con Teófilo Santana Rijo que se debió a que los antiguos propietarios, su padre y otros tres hermanos Rijo, no aceptaron las ofertas de la compañía. Un parecido oasis campesino, rodeado de la sobrecogedora soledad de potreros y colonias, se observa en los alrededores de Gato. Como nos lo explicó Prebisterio Caridad, en esta otra aldea se reconoció una especie de ejido, considerado todavía hoy de propiedad estatal, por lo que los ocupantes de pequeños predios siguen careciendo de títulos. En la medida en que no había valoración social de la tierra, muchos de los que vendieron no se sintieron despojados y asumieron como natural una transacción que les sería profundamente desventajosa. La resistencia a la ocupación de las tierras por el Central Romana en lugares como Campiña y Chavón Abajo, amén

de haber sido bastante débil, como era lógico en un contingente demográfico caracterizado por la dispersión, no dejó de ser aislada ya que no se registra en otros lugares. Por lo demás, los campesinos no concedían especial atención a los variados procedimientos fraudulentos con que se acompañó la formación del latifundio cañero, corolario del hecho de no haber asimilado el criterio moderno acerca de la propiedad privada sobre el suelo. En muchos casos los vendedores permanecían en las cercanías como trabajadores asalariados y, a escondidas, desbrozaban pequeñas porciones de los bosques que se mantenían en reserva. El Central Romana enfrentaba esas acciones destruyendo las empalizadas y cultivos, y los ocupantes reiteraban su intento, obstinados en sus prácticas ancestrales, al parecer reacios a aceptar que se había impuesto un criterio incomprensible de propiedad del suelo. Lo interesante es que los testimonios coinciden en que esta modalidad de virtual expropiación agraria no tuvo vinculación directa con el gavillerismo. Nadie, por lo visto, tomó las armas en protesta de la pérdida de la tierra. Y, sin embargo, resultó crucial la conexión del gavillerismo con el mundo del azúcar, hipótesis que nos remite a la consideración de una causación esencial en el ámbito económico. Debe quedar claro, para prevenir equívocos, que, primordialmente, el gavillerismo se estructuró como un fenómeno político, expresivo de la reticencia de sectores de la población agraria a aceptar el proceso de centralización estatal que venía avanzando desde fines del siglo XIX y que culminó con la ocupación militar del imperialismo. Si se reconoce en el gavillerismo una acción de clase, es solo en el sentido de haber sido protagonizada, casi exclusivamente, por campesinos. Pero no tenía por contenido las típicas reivindicaciones por la tierra. Formuladas las anteriores precauciones, a nivel esquemático se pueden enumerar varios factores causales del bandidaje en el referido ámbito económico de la expansión del latifundio: La circulación de riquezas en las transacciones

de mercado facilitaba que los grupos alzados se sostuviesen a través de asaltos a establecimientos comerciales o de la extorsión a terratenientes. Los caudillos que encabezaban las partidas insurrectas tenían la posibilidad de reclutar con más facilidad adeptos, en razón del surgimiento de una población flotante, desarraigada de su entorno consuetudinario. Había todo un mundo que experimentaba convulsión, donde se desplomaban usos y valores tradicionales, facilitando mediaciones para respuestas conflictuales inéditas. Como parte de lo anterior, en la masa había mayores tendencias a la acción bélica, al resultar esta una fórmula de escape a las compulsiones de la disciplina laboral propia de la actividad capitalista.

Isla Abierta, año XV, núm. 678,
24 de agosto de 1996.



GAVILLERISMO, DELITO COMÚN Y SECTOR AZUCARERO EN EL ESTE

El estado de perturbación política descrito en el anterior artículo formaba parte, en rigor, de un estado social, expresado en la generalización de bandas irregulares dedicadas a diversos actos delictivos. Aunque a veces estas se reclamaran pautadas por un motivo político, en realidad constituían subproductos de las guerras civiles. El hecho inédito, tan pronto finalizó la contienda nacional contra el régimen de Bordas, es que dichas agrupaciones alcanzaron una dimensión global en el Este que no tenía precedentes en ningún otro momento o lugar. En principio puede inferirse, a manera de hipótesis, una correlación inversa entre guerra civil y gavillerismo: los sujetos proclives a la vida errante y violenta no se reacomodaban cuando finalizaba la contienda política y muchos de ellos se dedicaban a actividades próximas a las que caían bajo la acepción original de gavillerismo.

Una de las primeras noticias en documentos relaciona incendios de cañaverales, otras depredaciones a los ingenios azucareros y la persistencia de partidas de «gavilleros».¹ Por estas

¹ Por petición de la Casa Vicini se llegó a efectuar una investigación acerca de los frecuentes incendios de cañaverales. Se concluyó que no siempre obedecían

ocurrencias el gobernador de Macorís ordenó a un jefe militar a enviar dos guardias al ingenio Porvenir «con instrucciones de que proceda de acuerdo con el Guarda Campestre (jefe de orden) a perseguir a los incendiarios de cañaverales y a una partida de «gavilleros» que merodean por aquellos lugares».² Es de notar que pese a encontrarse a las puertas de la «Sultana del Este», el Ingenio Porvenir era una presa casi indefensa de los alzados.³

Se hicieron, pues, crónicas las depreciaciones contra los ingenios y sus bodegas, generalmente de pequeña monta. Por ejemplo, uno de los tantos despachos menciona la sustracción al ingenio San Isidro por un grupo de naturales de La Jagua de 25 libras de cebollas, algunas libras de *petisalé*, varias piezas de prusiana de fantasía, una pieza de dril, una docena de zapatos, un revólver, una caja de latas de sardinas, varias latanas y algunos sombreros de fieltro.⁴ En este caso se trataba de un robo aislado, pero dicha escala de delito se conjugaba de más en más con acciones sistemáticas de alzados, con una carga de extrema violencia, eventualmente ejercida contra pacíficos, sobre todo adinerados, como colonos y comerciantes, amén de autoridades locales. Se pueden ver dichas ocurrencias en infinidad de reportes de los años 1914 a 1916, como el siguiente:

En la madrugada de hoi se presentó un grupo de ocho «gavilleros» en el lugar nombrado Peñoncito, cayendo a tiros a la casa del señor Antonio Giudicelli, donde hirieron en una

a intención criminal. Gobernador de San Pedro de Macorís a Juan B. Vicini, 17 de mayo de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

² Gobernador de San Pedro de Macorís al jefe de zona, 31 de diciembre de 1914. AGN, SIP, SPM, leg. 17.

³ Se repiten los partes de diversas depredaciones. Por ejemplo, en un período hubo robos de caballos; estos servían a los alzados para movilizarse, tenían que deshacerse de los cansados y abastecerse de nuevos en buen estado. Gobernador de San Pedro de Macorís a Frank Garnett, administrador del ingenio Porvenir, 10 de julio de 1915. AGN, SIP, SPM. Leg. 18.

⁴ Gobernador de San Pedro de Macorís al jefe comunal de Los Llanos, 16 de abril de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 17.

pierna a una mujer i robaron algunos efectos. De allí pasó el grupo al batey del ingenio 'Porvenir'; abrieron una puerta de la casa bodega del señor Fello Burgos robando también una cantidad de efectos. Por último, el mismo grupo se presentó horas después en 'La Inocencia', colonia del ingenio «Santa Fe», en la bodega del señor Manuel de J. Núñez, obligando a este entregarle –como le entregó– una cantidad de dinero i alhajas.

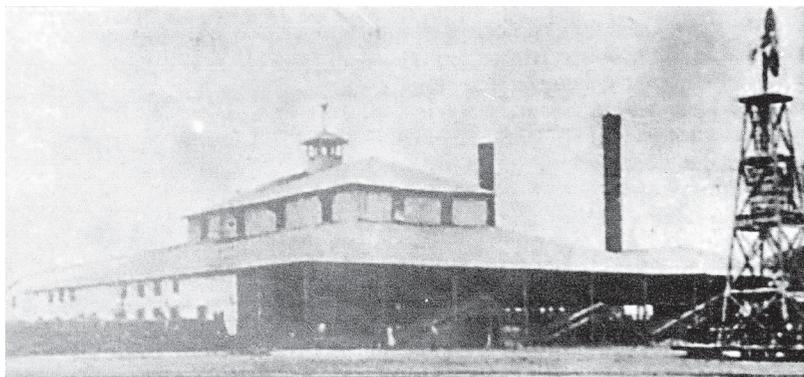
El referido grupo está armado de machetes, revólveres y maüser (sic). Se ignora el nombre del cabecilla i de los individuos que lo acompañan.⁵

Paulatinamente se incrementaba el número de partidas de diversas dimensiones que tomaban como blanco favorito a los ingenios. El Este se hizo un semillero de pandillas, algunas de las cuales desaparecían con rapidez y se recomponían aleatoriamente. Un documento indica incluso que no todas eran reportadas formalmente. La incoherencia con que operaban se comprueba por el solo hecho de que, a menudo, ni siquiera se consignaba en los reportes los nombres de los cabecillas y de sus seguidores, a no ser algún que otro apodo. Por ejemplo, al norte del ingenio Quisqueya, en dirección a los Haitises, operó una banda dirigida por un tal Machete, que mereció ser hostigado por el jefe de la tropa móvil, general Antonio Ramírez.⁶

Sus tácticas incluían el secuestro de funcionarios administrativos, con el fin de cobrar rescates. En uno de los tantos casos, y ya en los primeros días de la ocupación militar, un grupo raptó al encargado de la bodega de la colonia Cayacoa, perteneciente al ingenio San Isidro. El mayordomo de dicha colonia salió en persecución de los secuestradores sin que pudiera localizarlos. Parece que formaban parte de «dos grupos

⁵ Gobernador de San Pedro de Macorís al procurador fiscal, 15 de mayo de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

⁶ Gobernador de San Pedro de Macorís al gobernador de El Seibo, 22 de septiembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.



Ingenio Santa Fe, San Pedro de Macorís.

muy fuertes de «gavilleros» [en la sabana de Cayacoa] capitaneados por un tal Emilio Guerrero y Juanito Gutiérrez». ⁷ Quedó un estado de temor entre empleados y trabajadores, que es posible que se hiciera extensivo a otros lugares. El administrador de San Isidro dio un grito de alarma solicitando medidas extraordinarias contra el bandidaje.

Todos nuestros empleados y trabajadores están excesivamente alarmados y temen permanecer allí para evitar que estos «gavilleros» vengan y los ataquen, por lo que están resueltos a irse. Esto como es natural, redundaría en un perjuicio muy grande para esta finca [...]. Me permito suplicarle, que [...] todos los medios y medidas que estén a su alcance sean adoptados a la mayor brevedad posible, a fin de que estos intereses de este Ingenio... así como las vidas de nuestros empleados, queden en la mejor y más eficaz forma, garantidas (sic). ⁸

⁷ Administrador del estate de San Isidro al gobernador de San Pedro de Macorís, 5 de junio de 1916. AGN, SIP, SPM, leg. 14.

⁸ Idem.

A diferencia de la condición todavía anónima de los jefes de estas tropas, otras se hicieron célebres por la personalidad de los suyos. Uno de los más conspicuos fue Gregorio Severino (*Goyito*), que en determinado momento operó entre las secciones Las Cañadas y San Jerónimo. Severino, al parecer, se mantuvo alzado desde fines de 1914 hasta su detención un año después. Originario de Bayaguana, merodeaba con unos diez hombres por varias comarcas, al menos hasta los alrededores de El Seibo. Tras la intervención norteamericana se alzaría de nuevo con una proclama nacionalista.⁹ El caso de Severino es ejemplar, ya que, sin estar ajeno a motivaciones políticas, como lo hizo patente a partir de 1916, cometió contados crímenes comunes. En 1915 fue caracterizado tácitamente como un criminal, acusado de haber ultimado al árabe Miguel Santana, en la sección San Jerónimo, amén de diversos robos, por lo que en «varias ocasiones fue pedido vivo o muerto».¹⁰ Su segundo al mando, Felipe Carneles, «uno de los gavilleros más temibles», fue inculpado de disparar a matar con una escopeta al inspector de Las Cañadas, Manuel Vásquez, mientras este laboraba en su conuco.¹¹

Algo similar, aunque todavía en menor medida en sus implicaciones ambiguas, puede observarse con Pedro Celestino del Rosario (*Tolete*), cuyas actuaciones desde 1917 se ajustaron a las del gavillerismo político y nacionalista. Como se verá en próximo artículo, Tolete sobresalió ya como uno de los lugartenientes de primera fila de Vicente Evangelista en la campaña de la primera mitad de 1917, antes de segregarse con su propia tropa. Esta relevancia provino de la experiencia que le depa-
ró la actividad previa a otro nivel. Por lo menos, ya en 1915 Tolete empezaba a mencionarse como miembro de una banda

⁹ Entrevista con Ramón Vásquez, Los Llanos, agosto de 1994.

¹⁰ Gobernador de San Pedro de Macorís al procurador fiscal, 17 de noviembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

¹¹ Gobernador de San Pedro de Macorís al procurador fiscal, 11 de mayo de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

de merodeadores de Yerba Buena, de unos seis integrantes, capitaneada por Miguel Astacio (*Barra*).¹²

En muchos casos resulta imposible establecer discriminación entre partidas animadas en principio por móviles políticos, de acuerdo al canon visto, y las reductibles a una calidad exclusivamente delictiva. Y es que los partes no solo son generalmente escuetos, sino que no se preocupan de indagar motivaciones y tan solo establecen hechos. Ahora bien, es posible que la comisión sistemática de actos crueles y sobre todo de robos constituya un indicador que ayude a segregar a los gavilleros políticos de los delincuentes. A estos últimos con seguridad perteneció la compactación dirigida por un sujeto únicamente mencionado por su apodo Pululo, que trasladó parte del botín a inversiones reproductivas. Murió en un choque con una patrulla dirigida por el jefe comunal de Los Llanos y, antes de expirar, confesó los hechos en que estuvo involucrado con sus cómplices, ya detenidos, Antonio Avelino, Juan Tiburcio, Pedro Avelino, Antonio Sabino, Eladio Silva y Juan P. Marte:

Los escalamientos i robos cometidos en las bodegas de El Toro, La Mula, San Isidro i en las casas particulares de los señores José Caraballo i Salvador Santana, vecinos de la sección de San Jerónimo, en cuyas casas cometieron toda clase de atropellos contra los moradores de ellas, infiriéndole una herida de machete al joven José María Caraballo [...] a quien el mencionado Pululo le ató una soga al cuello amenazando ahorcarlo si no le entregaba una importante suma de dinero. También [...] azotó i saqueó varias casas en secciones de las comunes de Hato Mayor, Seibo, Higüey i Jovero, habiendo fomentado dos pequeñas colonias de cañas i tenía otra en preparación en terrenos de La Jagua, con el producido de esas factorías; que el mismo grupo fue el que asaltó al Mayordomo

¹² Gobernador de San Pedro de Macorís al gobernador de El Seibo, 19 de mayo de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18.

señor Adolfo Pión, en el ingenio Consuelo, para robarle el dinero que portaba i uno de los individuos del referido grupo le hizo un disparo a Pión ocasionándole la muerte.¹³

En contraste con este patrón, Goyito Severino provenía de una familia honorable, lo que dificultaba su reducción a lo delictivo. Esto era tan así que, cuando fue detenido, los familiares reunieron dinero para las gestiones legales y contrataron un abogado de El Seibo; las autoridades temieron que pudiera presentar argumentos suficientes en el juicio que lo absolvieran, no obstante varios robos y la acusación de haber dado muerte a Miguel Santana, en compañía de José Santana y Manuel Candelario.¹⁴

Como se ha visto, los documentos, que forman parte de los procedimientos legales que no distinguen explícitamente entre delitos comunes y políticos, no permiten aclarar todos los móviles de los alzados, dado que los reducen abusivamente. Parte de esta deficiencia puede ser compensada mediante la memoria de personas que vivieron en la época, aunque no tuvieran conexión directa con los hechos. Esto último confiere cierta garantía de confiabilidad a sus testimonios, al margen de que, como toda información, tenga que someterse al tamiz de la crítica histórica.

Por lo que indican esos testimonios, obtenidos en Los Llanos, en cuya zona, como se observa, proliferó toda suerte de violencia inmediatamente antes de 1916, se infiere que el calificativo de gavillero solo se aplicaba a los delincuentes comunes organizados en bandas y no a los de corte político,¹⁵ distinción

¹³ Gobernador de San Pedro de Macorís al procurador fiscal, 27 de noviembre de 1915. AGN, SIP, SPM, leg. 18. Pululo se responsabilizó de otros crímenes, como el de José María Sosa, a quien disparó uno de sus ayudantes un año antes de ser detenido, ocasionándole la muerte. Ángel Rodríguez, jefe comunal de Los Llanos, al gobernador de San Pedro de Macorís y al procurador fiscal. AGN, SIP, SPM, leg. 5.

¹⁴ Ángel Rodríguez, jefe comunal de Los Llanos, al gobernador de San Pedro de Macorís (fecha ilegible). AGN, SIP, SPM, leg. 5.

¹⁵ Entrevista con Luis Emilio Guerrero, Los Llanos, 16 de septiembre de 1994.

crucial de la gente común y honrada no registrada en los documentos oficiales por razones ya explicadas en artículo de esta serie. De acuerdo a los mismos testimonios, la generalidad de estas bandas actuaba en tal forma que se dificultaba la aprehensión de sus integrantes, pues, por ejemplo, se componían de noche y de día volvían a la vida normal. A menudo eran del dominio público, pero no resultaban apresados, en parte por falta de pruebas.

Un aspecto de la multiplicación de actos de esta especie fue su conexión con el crecimiento acelerado de la industria azucarera. Esta creaba, como se ha visto, las riquezas que estimulaban el bandidaje de toda suerte. Pero, por la forma desordenada en que se llevó a cabo la fase inicial de formación del capital, o acumulación originaria, se propició por la formación de estas bandas de delincuentes. No necesariamente los propietarios de ingenios eran cómplices directos, pero al final entraban en connivencia con este desenfreno de la violencia. Por esto sus clamores a favor del orden eran eventuales e inconsistentes, y en consecuencia se convertían en agentes, más o menos colaterales o directos, del fenómeno delictivo en sus diversas gradaciones. Esto explica que se registraran colusiones de autoridades locales con estas prácticas, que quedaban impunes.

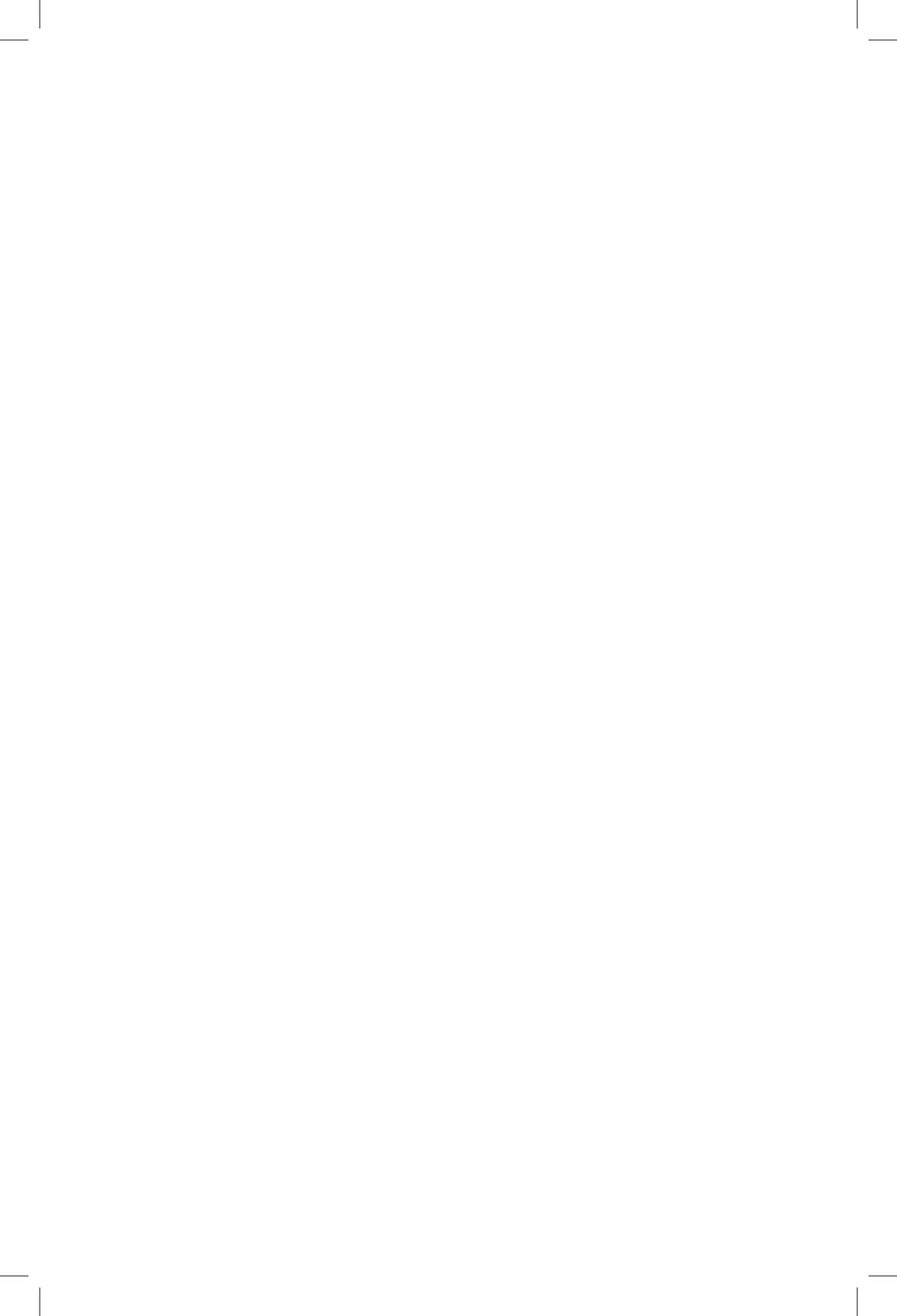
Uno de los tantos episodios se produjo en ocasión del anuncio del traspaso del ingenio Quisqueya, próximo a Los Llanos, por la decisión de retirarse del país de sus propietarios, los cubanos hermanos Fernández de Castro, hacia 1915. Esto coincidió con el inicio del alza de precios a causa de la primera guerra mundial. Ambos factores combinados dieron lugar a una fuerte especulación inmobiliaria habida cuenta del interés de adquirir nuevos terrenos de parte de los compradores, vinculados al trust que se denominaría Cuban Dominican Sugar Co.¹⁶ Pues bien, hizo aparición en Los Llanos lo que fue para

¹⁶ Entrevista con Ramón Vázquez.

sus moradores la banda por antonomasia de «gavilleros», comandada por Juan Isidro Núñez.¹⁷ Este ni siquiera participaba en los actos de violencia, según la versión, sino que utilizaba facinerosos cuya identidad normalmente quedaba oculta. Se dedicó a presionar a los propietarios para que «vendieran» o cedieran sus tierras al precio que fijaran con el fin de traspasarlas más tarde al Quisqueya. Varios terratenientes y campesinos fueron asesinados por negarse a acceder a las presiones. Por lo menos uno de los ulteriores jefes de alzados contra la ocupación militar parece que actuó en defensa de su patrimonio. De todas maneras, a veces a riesgo de sus vidas, otros propietarios pudieron eludir el cerco terrible del latifundio cañero en aquella orgía de violencia. «Quien no quiso vender, no vendió», sentenció categóricamente uno de los entrevistados.

Isla Abierta, año XIV, núm. 650,
2 de diciembre de 1994.

¹⁷ Entrevista con Eduardo Frías, Los Llanos, 16 de septiembre de 1994. Como todos los otros entrevistados de diversos lugares, denomina a los no delincuentes como revolucionarios, del monte, patriotas o de otras formas.



VICENTICO

Como jefe supremo de los alzados contra los norteamericanos, no parece que Salustiano Goicoechea se viera precisado a consultar a Vicente Evangelista, su principal asociado, cuando decidió rendirse en los primeros días de febrero de 1917. Vicentico no acató la decisión porque, a diferencia de Goicoechea, estaba animado por el propósito de combatir a los norteamericanos hasta las últimas consecuencias. Mantuvo esa determinación no obstante el respeto que mostraron los ocupantes hacia la palabra dada a Chachá Goicoechea de respetar su vida y la de sus acompañantes. Empero, el exgavillero quedó bajo vigilancia durante el resto de la intervención, ya que las autoridades sospechaban que esperaba una oportunidad para retomar la rebelión. El viejo caudillo gavillero no pudo, como deseaba, integrarse a las labores policiales al servicio de los ocupantes, y permaneció exclusivamente en su antigua posición en el ingenio Consuelo y, bajo el gobierno de Vásquez, en la administración del muelle de Macorís, donde siguió aplicando procedimientos abusivos.

Pese a que Chachá asignó a Vicentico la tarea de enfrentar a los marines, en realidad este último mantuvo una táctica en extremo cautelosa, consistente en no presentar el frente. Esto hizo decir a Gilbert que:

[...] tampoco [...] se presentaron las anheladas batallas, aunque si veíamos a las tropas norteamericanas con frecuencia recorriendo los campos, les disparábamos unos cuantos cartuchos, ellos correspondían con unas cuantas descargas, y a sus primeras detonaciones los rebeldes emprendían la huida, y a veces huíamos sin disparar.¹

Es probable que Vicentico obedeciera a su instinto militar y no a directrices de Goicoechea, con el fin de consolidar su tropa para futuras campañas, como en efecto llevó a cabo. Debió querer calibrar con antelación la capacidad del ejército estadounidense; cuando se presentaban situaciones imprevistas o delicadas, ordenaba invariablemente la retirada, la que se producía a menudo en forma desordenada. Tal proceder lo justificó, ante protestas de algunos seguidores, entre ellos Gilbert, por el hecho de que se enfrentaba a un ejército con recursos infinitamente superiores:

[...] no se peleaba porque no se podía, y que no se podía pelear por no contar todavía con las armas necesarias, y especialmente por la escasez de municiones. Agregó que las operaciones de entonces eran solamente operaciones de entretenimiento, mientras se recibían las armas que se necesitaban.²

Mientras tanto, la táctica defensiva permitía que la cuadrilla recabara los recursos necesarios para su supervivencia. A diferencia de Chachá, Vicentico se tornó casi de inmediato en un personaje legendario, amado y admirado por la generalidad de la gente, porque se mantuvo en la disposición de pelear por la patria. Pero ese contenido nacionalista de la campaña no hizo variar el *modus operandi* del veterano caudillo, consistente en sostenerse sobre la base de exacciones a la población. Por lo

¹ Gilbert, *Mi lucha*, p. 60.

² *Ibid.*, p. 63.

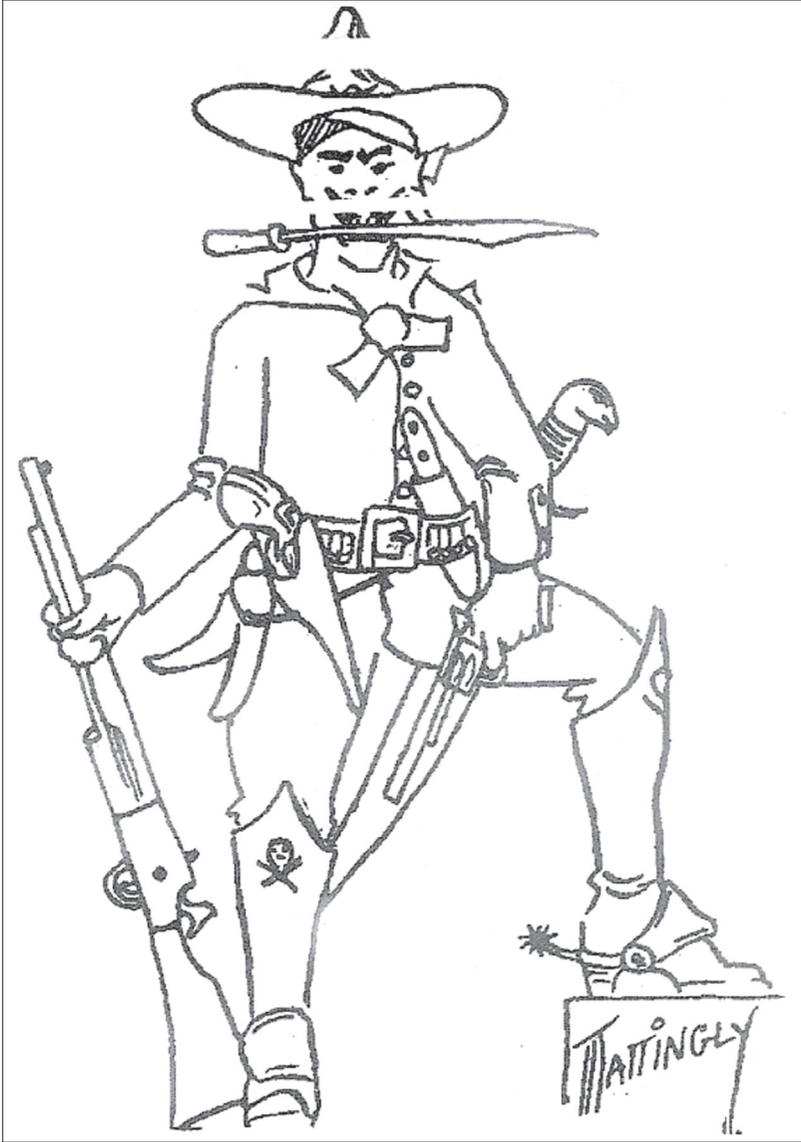
que narra Gilbert, testigo privilegiado por su formación urbana, Vicentico no abandonó las requisiciones, incluso las exigió con actitud violenta, lo que distanciaba a sus rebeldes de los pacíficos.

Tampoco me gustaba el método empleado por mis compañeros para requerir de la gente pacífica, comida, dinero, armas y caballos. A veces, los caballos se conseguían de la siguiente manera: iban los lugareños trepados en sus animales por los caminos. Unas cuantas monturas de los guerrilleros nacionales estaban cansadas o no adelantaban [...]. Pues bien, un guerrillero le sujetaba la brida a la bestia del campesino, mientras otro le apuntaba al pecho [...]. Entonces, otro de los alzados le sacaba al campesino un pie del estribo [...] se lo solevantaban con ímpetu y le tumbaban en tierra, donde caía con violencia. Al infeliz le dejaban el animal malo, cansado y ajeno, arrebatado de la misma manera a otro dueño. Esto es, dejaban un animal, si el guerrillero interesado tenía que dejarle, porque si iba a pie, no le dejaba ningún animal.³

Sería errado, por supuesto, definir a Vicentico como forajido, aunque, como se verá, tenía proclividad por el ejercicio de actos violentos. En realidad se atenía a una norma codificada del sistema de hacer la guerra, que se revestía de justificación política. Por cuanto su acción en todo momento tuvo para él un fin político legítimo, concerniente al poder estatal básicamente a escala regional, se validaban todas las variantes de requisiciones. De nuevo, al carecer de experiencia previa de guerrillero, Gilbert se atrevió a protestar, actitud que hubiera podido costarle la vida a cualquier otro. Vicentico, aparentemente, mostró comprensión hacia el muchacho novato que había acometido la hazaña en el muelle, de la cual había oído antes de que se incorporara a la cuadrilla. Las requisiciones simplemente eran naturales e impredecibles.

³ *Ibíd.*, p. 60.

ROBERTO CASSÁ



Caricatura de un gavillero publicada en un periódico editado por los marines en Santo Domingo.

Que si él no requería de los comerciantes, de los agricultores y de los criadores así dinero como abastecimientos de boca, ¿de qué otra manera entonces podría atender las necesidades de tanta gente? Que al adquirir de ese modo lo necesario o lo estrechamente indispensable para el sostenimiento de la revolución liberadora, no le debía yo considerar como acto de robo; sobre todo porque él les entregaba, a quienes lo aceptaban, el correspondiente pagaré por el monto de los valores que le eran entregados, lo cual era garantía para los intereses de ellos con el fin de que a su debido tiempo se les pagaran.

Se trataba, por supuesto, de una ficción. Primero, porque no todos los bienes se obtenían mediante requisiciones ordenadas, sino que por igual se efectuaban asaltos y otros actos que excluían arreglos, aun fuesen forzosos. Es cierto que en los informes de los alcaldes pedáneos acerca de Vicentico se encuentran escasas referencias a saqueos de bodegas, en comparación con lo que hacían formaciones previas y posteriores. En cualquier caso, en el pasado había sido excepcional que un contingente insurrecto hiciese honor a compromisos de ese género. Tal vez por conciencia de ello, Vicentico, al igual que la mayor parte de sus continuadores de años ulteriores, únicamente tomaba los bienes que consideraba necesarios para el sostenimiento de su tropa. Estaba ajeno a cualquier designio de atesoramiento de bienes o dinero.

Aun así, cabe indagar por qué Vicentico contó con la admiración generalizada de la población rural del Este, lo que traspasaba su anterior alineamiento a favor del partido horacista. Una clave para entender ese apoyo puede encontrarse en la consideración del tipo de guerra: la masa de la población quedaba excluida de esta guerra irregular, a lo sumo sosteniéndola pasivamente o mediante tareas auxiliares, como abastecimiento y espionaje. De ahí que los pacíficos estuviesen sujetos a depredaciones de los del monte, y que tal relación no eliminase por necesidad la relación básica de apoyo.

Ahora bien, ese apoyo no era de carácter incondicional. Como dan cuenta las entrevistas realizadas, fuente insustituible, desde la época de Vicentico, una parte considerable de la gente, con todo y sentir que los «gavilleros» eran de los suyos, se sentía en medio del fuego de dos enemigos harto peligrosos. De ahí que existieran gradaciones de apoyo y que, en una medida no despreciable, la generalidad del apoyo revistiera una connotación forzada. Quienes no se alineaban decididamente a favor de la tropa de Vicentico, sabían que corrían el riesgo de sufrir represalias, que podían llegar a la muerte para los colaboradores declarados del enemigo. En palabras de Vicentico, la causa estaba por encima de cualquier otra cosa, y la oposición a ella equivalía a felonía o traición, por lo que los descontentos con las requisiciones merecían castigo: «quien se rebelaba tenía que sufrir las consecuencias, consecuencias de las que eran más merecedores porque con la negativa se identificaban como adversarios o traidores a la Patria».

Aun con la carga de legitimidad que encierra ese discurso, se hace preciso discutir las razones de la existencia de un sostén que, aunque persistente en la capacidad de ejercicio de la violencia, tenía carácter espontáneo y se sustentaba en la mutua identidad de miras entre pacíficos y rebeldes. Se puede aventurar la explicación, en un plano general, de lo que significaba, más bien confusamente para el común de la gente, la implicación de resistencia al gobierno central, maquinaria insaciable de impuestos, amén de protectora de los agentes mercantiles urbanos que esquilaban al campo. Este conflicto secular se había potenciado de súbito, ante un intruso extranjero con muchísima mayor capacidad de intromisión que los gobiernos nacionales. Aunque tardara en manifestarse, el designio de los interventores radicaba en destruir todo foco de autonomismo regional, oposición en la que coincidían las élites de caudillos-revolucionarios («gavilleros» en la oposición intermitente) y la masa de la

población campesina, de la cual en gran medida salían las primeras. Intervenido el país por una potencia capitalista, al conflicto secular que enfrentaba a pueblo y Estado se le agregaba la yuxtaposición de códigos culturales, a un nivel multiplicado respecto al que se producía entre la cultura popular y las élites urbanas sustentadas en la adscripción a los esquemas occidentales.

En otro plano más inmediato, el gavillerismo antinvasor, al igual en gran medida que el previo, no se puede comprender si no se acude a la instancia cultural. Resultaba una reacción del complejo sociocultural, con expresiones múltiples, como los mecanismos comunicativos y asociativos o las nociones de lo bueno y justo. Los documentos son elocuentes acerca de la eficacia de los vínculos de parentesco. Y como «en el campo quienes no son hermanos son compadres», los alzados se sustentaban en las obligaciones de lealtad frente a extraños de toda laya. Podía bastar la convocatoria implícita de que un familiar cercano se hallase en las filas insurrectas.

Estos comportamientos se acrecentaban en reacción contra el estilo de los soldados del imperio de ejercer excesiva violencia, expresión del desprecio absoluto hacia los dominicanos, visualizados como negros salvajes. Cundieron las violaciones, los despojos, los incendios de fundos y viviendas, las amenazas y palizas, las ejecuciones... Los crímenes y atropellos de los marines tomaron tal dimensión que operaron como el principal factor detonante del gavillerismo, punto que se tratará en detalle más adelante. Las evidencias documentales de tales hechos son múltiples, aunque están absolutamente silenciadas en la documentación oficial, con excepción de los actos del capitán Charles Merckel, compelido a suicidarse, y contados otros oficiales que fueron deshonrados pues se apartaron de las normas implícitas del *savoir faire*. Por ejemplo, una autoridad local narró, en lo que consideraba un informe confidencial: «Al salir los americanos de esta me pidieron el gavillero preso y

lo sacaron al camino de La Romana con idea de fusilarlo».⁴ Y ante los blancos sobrevino una identidad de la diferencia, que incluía la conciencia de no ser blancos sino otra cosa, ante todo dominicanos, que podía incluir la interiorización del calificativo de negros.

Finalmente Vicentico operaba como depositario de un orden consuetudinario que tendía a reproducirse y, en la subjetividad de sus portadores, se negaba a rendirse. Era la expresión de una autoridad reconocida, por lo que reeditaba al sempiterno revolucionario que se oponía al Estado, no importara que su objetivo final consistiera en hacerse del poder o, por lo menos, tener participación en él.

De varias de las entrevistas realizadas puede colegirse que los insurrectos se ponderaban como garantes del orden frente a su vulneración, que encarnaba la soldadesca invasora. Tal sentido de orden no fue instaurado por Vicentico en la campaña que llevó a cabo en la primera mitad de 1917, pues se encuentra informalmente codificado en la generalidad de caudillos-«gavilleros». Sí es aceptable que tomara cabal conciencia de la conveniencia de agudizarlo.

Esto puede ayudar a explicar la cautela en las requisiciones, así como la forma cuidadosa con que llevaba a cabo ejecuciones de autoridades y colaboradores. Es indiscutible que instauró un sistema que reglamentaba requisiciones y represalias, siempre bajo su control personal, a fin de prevenir toda manifestación de bandidaje. Quedaban incluidos criterios diferenciales de respeto y consideración hacia los pacíficos y amigos, y represalias a enemigos, que en algunos casos podían llegar a ser terribles. Hay evidencias de que ni ante los enemigos declarados autorizaba el desbordamiento del pillaje.

⁴ Arístides Mejía, jefe comunal de Higüey, al gobernador de El Seibo, 21 de abril de 1917. AGN, Secretaría de Interior y Policía, Gobernación de El Seibo, 1917. Este documento fue transcrito por el colega y amigo Emilio Cordero Michel. En adelante, los documentos consultados en su archivo se referirán como (ECM).

Las violaciones del código eran castigadas severamente. Refiere su biógrafo que, en el cantón de La Vaca, implantó un «orden rigurosísimo», de lo que no hay motivos de duda, y que allí dispuso «un cepo, al cual ajustaba, sin excepción alguna, bajo agua, sol y sereno, a cualquiera que violara las órdenes recibidas».⁵

En esa tesitura «estuvo a punto de hacer fusilar a su hermano Emiliano Carela, por haber éste quitado un caballo ‘a la mala’ a alguien». De ser cierta la versión, matizó al menos el comportamiento abusivo que describe Gilbert. Desde luego, el tipo de actos que otorgaban connotación de bandidos a los insurgentes no podía desaparecer habida cuenta de las urgencias operativas de su sostenimiento y de la imposibilidad que tenían de pasar al formato de ejército regular.

Lo último incluía, como se vio en otro artículo, que en las filas algunos entre «los más allegados al cabecilla se descubrieron como perfectos facinerosos, por los relatos que hicieron».⁶ No dejaba de haber razones que el esquema irregular de la guerrilla coadyuvase a que sujetos con antecedentes inequívocamente delictivos tendiesen a sobresalir. Pero el mismo relato de Gilbert permite aseverar que constituían una minoría y que incluso la generalidad de jefes secundarios, en palabras del testigo, fuesen «todos hombres honrados, campesinos con fundamentos de puro patriotismo». Esta apreciación la ratificó Gilbert al convivir en la Torre del Homenaje con los 42 seguidores de Evangelista que fueron encarcelados después de la rendición, en julio de 1917, y guardaron prisión hasta 1922, conocidos como los vicentinos. Uno de ellos, Miguel Batista, que salvó la vida a Evangelista cuando fue herido en una emboscada, es calificado por Gilbert como «hombre valiente al estilo de los hombres del pasado, arrojado por impulso de su corazón, desprendido, sin la marrullería de los que calculan

⁵ Julio Gautreaux, *Vicentico: héroe y mártir dos veces*, Santo Domingo, 1986, p. 60.

⁶ Gilbert, *Mi lucha*, p. 219.

conveniencias».⁷ Este cuadro lo generaliza a la gran mayoría de vicentinos, incluyendo a los dos principales lugartenientes del jefe, Basilio Santana Silvestre y Francisco Echavarría, quienes «no eran sino buenos patriotas, aun con sus errores de haber seguido a Evangelista en la transacción con los enemigos de la patria. Valientes y honrados, como muchos otros».⁸

El traspaso del mando supremo a manos de Vicentico introdujo forzosas variaciones en la guerrilla dominicana. Entre ellas intervenían las diferencias entre los dos jefes. Aunque Vicentico y Chachá compartieran varios de los rasgos sobresalientes de los caudillos de su estirpe, el primero tenía un sentido del honor, que ayuda a hacer comprensivo el enorme carisma de que se rodeó. En él y en sus compañeros connotados se condensaba la honradez proverbial del hombre del campo. Aun así su carrera estuvo matizada por el ejercicio de la violencia, como recurso para sobresalir en la competencia del liderazgo. También esta fórmula de violencia emanaba de la rusticidad de la sociedad rural, requerida de métodos brutales para el mantenimiento del orden necesario para su reproducción.

Algunos datos biográficos que aporta Julio Gautreaux ayudan a conocer antecedentes políticos y aspectos de la constitución psicológica de Vicente Evangelista. Sobresalió muy joven en asuntos políticos gracias a una valentía a toda prueba, prenda máxima de los políticos-revolucionarios. Nació en el medio de una familia rural acomodada, en La Candelaria, paraje próximo a El Seibo. Su origen social le permitió una familiarización con el medio urbano en la metrópoli de entonces, San Pedro de Macorís. Allí asistió a la escuela y ejerció el oficio de sastre.⁹ Aun cuando era una ocupación modesta, lo ponía en condición de ventaja en el medio rural, al que retornaba insistentemente.

De adolescente, como seguidor de Vásquez, ingresó al cuerpo de choque del general Zenón Ovando, su mentor en las

⁷ *Ibíd.*, p. 219.

⁸ *Ibíd.*, p. 187.

⁹ Gautreaux, *Vicentico*, p. 22.

lides guerreras. Dicho cuerpo se conocía como La Prángana y se hizo célebre por los abusos que cometían sus integrantes, como el reclutamiento forzoso para las fuerzas gubernamentales. A causa de su arrojo, Vicentico escaló hasta una de las posiciones cimeras entre los seguidores de Ovando y echó las bases de su ulterior prestigio, sustentado en la conjugación de temor y admiración.

No resultó casual, en consecuencia, que tras la rendición de Chachá quedara Vicentico como jefe único de todos los alzados en armas en la región Este. Al constituir un conato de tropa nacional y desplegar una formidable campaña de ataques, presentaría en breve un desafío peligrosísimo para el cumplimiento del programa que traían las autoridades invasoras. Ahí radica la causa de que respondieran con tanta violencia a la resistencia nacional. En un momento dado, Vicentico desechó la táctica defensiva para pasar a asestar golpes a los intereses gubernamentales. De su tropa se desgajarían casi todos los futuros caudillos del gavillerismo que resurgiría a inicios de 1918, a escasos meses de su fusilamiento alevoso. Vicentico se tornó en el modelo de todos los jefes subsiguientes.

Isla Abierta, año XIV, núm. 654,
5 de mayo de 1995.



LA CAMPAÑA DE VICENTICO

I



uando se produjo la defección de Chachá Goicoechea, en febrero de 1917, a Vicente Evangelista se le creó una situación en extremo desfavorable. Estuvo al borde de perderlo todo.

Una parte de la tropa estaba compuesta de reclutas del hasta entonces jefe supremo, quienes siguieron los pasos de este para hacer vida tranquila; incluso, en medio del desconcierto, desertaron muchos de los hombres de Vicentico.¹ Este quedó con doce hombres, al decir de uno de ellos, Gilbert, cerca de la mitad de los cuales eran criminales con procesos pendientes. Esta desbandada fue aprovechada por la Infantería de Marina para tender un cerco sobre la menguada guerrilla en la llanura cercana a Hato Mayor. Por donde quiera que querían avanzar los dominicanos, se encontraban con patrullas que recorrían los tupidos bosques. Ante eso, el caudillo ordenó la dispersión en grupos de tres para buscar los medios de escapar. Entonces fue que Gilbert se aisló de la guerrilla, pero otros volvieron a reunirse al burlar el cerco y dirigirse a los puntos de contacto preestablecidos. Sobrevino la reorganización, la que hizo factible

¹ Gilbert, *Mi lucha*, p. 65.

que en menos de un mes volviera a encontrarse en condiciones de operar. Es posible que Vicentico se nutriera de algunas bandas que surgían espontáneamente, como respuesta a los desmanes de las tropas perseguidoras. Por lo menos, en la sección Yerba Buena, se reportó la formación, en la segunda mitad de marzo, de un «grupo respetable» al mando de Luciano Reyes, que atropelló al alcalde y luego asesinó a un árabe conocido como Salomón.²



Guerrillero muerto en combate por los marines norteamericanos en 1921.

Como jefe único de los dominicanos alzados en los campos del Este, imprimió una táctica ofensiva. Se dedicó a realizar recorridos por toda la región, en que se abastecía de bienes, infligía golpes al enemigo nacional y a los colaboradores, y recababa adhesiones para su causa. Vicentico parece haber estado compenetrado con el supuesto de que era factible derrotar al enemigo, pese a su ostensible poderío.

A medida que amplió sus operaciones, se fue produciendo un incremento sostenido de la violencia entre ambas partes, hasta convertirse en una guerra a muerte. Los norteamericanos ampliaron la aplicación de procedimientos criminales, como la ejecución de prisioneros, incluyendo los heridos; se dedicaron a la destrucción de los bienes de los alzados y a tomar represalias

² Entre otros despachos al respecto, véase el que da cuenta de la captura de Liquito Carrasco y Manuel Bautista, los supuestos autores del asesinato de Salomón el Árabe. Jefe comunal interino de Hato Mayor al gobernador de El Seibo, 19 de abril de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

contra sus familiares; perpetraron asesinatos tenebrosos, como los primeros incendios de viviendas colmadas de pacíficos, a veces con mujeres y niños.³ Como parte de estos procedimientos inicuos, las propiedades de los familiares de Vicentico fueron saqueadas e incendiadas. Ante el horror por estas atrocidades, Vicentico habría hecho un juramento solemne de venganza, predispuesto a ultimar a todo yanqui que encontrara⁴ y a los colaboradores más activos.

Así fue. El caudillo se hizo implacable contra espías, colaboradores y puertorriqueños (a quienes se detectaba por su incapacidad de pronunciar correctamente la erre). A los alcaldes pedáneos no los hacía ejecutar, sino que los conminaba, bajo severas amenazas, a comprometerse con su causa, y a menudo los llevaba consigo. Parece que tendía a confiar en ellos pues varios se escaparon. Pero, cuando quería intimidarlos, ordenaba que les propinaran palizas severas. Gautreaux, con todo y simpatizante, no oculta esta dureza, reprobándola en algunos casos.

Fusiló a Valentín Berroa, en Guayabo Dulce, quien guiaba a los yanquis; fusiló al jefe de Orden de El Jagual, porque se negó a entregarle las armas que poseía, armas que irían a parar a manos de los americanos; fusiló a varios de los presos criminales que los yanquis libertaban y mandaban a unírsele, so pretexto de colaborar con él, pero que debían informarles de sus movimientos, y aun matarle, de serles posible.⁵

Unos viejos amigos suyos, los hermanos Vetilio y Alberto Coss, de Guaza, desarrollaron hostilidad hacia él por cuestión de tierras, motivo por el cual se hicieron colaboradores y guías de las patrullas en los montes. Al ser capturados en la toma de Guaza por Vicentico, «fueron golpeados, macheteados, agujereados; les sacaron los ojos vivos, y les infligieron todas las torturas

³ Entrevista con Wenceslao Peguero.

⁴ Gautreaux, *Vicentico*, p. 19.

⁵ *Ibíd.*, p. 55.

imaginables hasta verlos morir».⁶ También fueron asesinados el bodeguero puertorriqueño Ricardo Cotuy, en Sabana del Soco, a mediados de mayo, un tal Pedro Francés, de Magazín, Polo Chalas, en Anamá, y Zenón Liriano, en Hato Mayor.⁷

El acto más contundente en su campaña tendente a minar las bases de sustento de los invasores fue el asesinato, en la sabana de Chavón, de dos ingenieros norteamericanos, Miller y Hawkins, al servicio del Central Romana en las tareas de mensura de las inmensas extensiones de tierra que adquiriría en esos días. La ejecución estuvo a cargo de Porfirio Mena, normalmente comisionado para estos actos, quien acabó a machetazos con los ingenieros amarrados. El Central Romana ofreció una recompensa de diez mil dólares por la captura de Vicentico, no formalmente aceptada por Knapp, que temía que ese anuncio lo promoviera como héroe.

Pese a este dispositivo de violencias y depredaciones que acompañaba su campaña, no cabe duda que a Vicentico se le ponderaba como un héroe por la generalidad de la gente. Desde antes contaba con el liderazgo que deparaba la condición de hombre fuerte, presto a insurreccionarse, lo que tenía su sustento en solidaridades primarias en un medio en que, de una u otra manera, todo el mundo se conocía en vastos espacios.

Este mecanismo de apoyo se potenciaba gracias a los actos de los invasores: su complicidad con las expropiaciones de terratenientes e ingenios azucareros, su desprecio hiriente hacia los dominicanos y su cultura y, sobre todo, sus procedimientos de terror. Al igual que en las manifestaciones previas de gavillerismo, la gente temía por las requisiciones y los abusos que las acompañaban, pero no dejaba de tener motivos de solidaridad. La opinión de la población rural se fragmentaría: quienes ofrecían un apoyo decidido a Vicentico; quienes reconocían legalidad a su acción, pero solo lo apoyaban a medias, imbuidos

⁶ *Ibíd.*, p. 56.

⁷ Octavio Beras, gobernador de El Seibo, al procurador fiscal de El Seibo, 14 de julio de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

de temor a las atrocidades de ambas partes; los que trataban de escapar al conflicto a toda costa, incluyendo el abandono temporal de los sitios de residencia; y los sostenedores de los enemigos, con seguridad una reducidísima minoría. Como los dos primeros grupos constituían la mayoría de la población rural, la función que desempeñaba el terror en la forma de operación de Vicentico no colidía con sus bases de apoyo.



Harry Shepard Knapp.

Mientras la gente está aterrorizada por Vicentico, nos odia [...]. Ellos mienten deliberadamente y el temor a Vicentico es mayor que el que tienen a que le apliquemos nosotros algún castigo.⁸

En la medida en que los norteamericanos basaron su campaña en el abuso sistemático, matizado de racismo, la balanza se inclinaba a favor de los insurgentes. Es decir, Vicentico fortalece su prestigio, ganando la condición de héroe patriótico. Las propias autoridades norteamericanas tuvieron que aceptar el hecho. Por ejemplo, en un estudio de la acción de la Infantería de Marina en República Dominicana, dos historiadores oficiales de ese cuerpo reconocen que «aunque ellos sufrían a manos de los bandidos, los agricultores y aldeanos con frecuencia admiraban y respetaban a los líderes como

⁸ Henry Davis, comandante de batallón, al comandante del tercer regimiento, 1 de junio de 1917. NARA, RG 45, WA7, Box 756, folder 12.

Vicentico, y muchos de ellos no veían con agrado a los marines a quienes consideraban como intrusos extranjeros».⁹

Estos sentimientos se hicieron extensivos a porciones de las élites urbanas, que se negaron a la colaboración activa al ponderar a los norteamericanos como enemigos nacionales;¹⁰ no colaboraban con los «gavilleros» pero no dejaban de sentir admiración por su lucha.¹¹

La única categoría social que prestaba colaboración era la de funcionarios locales, lo que a veces no estaba exento de ambivalencias, por lo que frecuentemente se les removía. Aparte de sus sentimientos encontrados entre sus intereses y sus convicciones nacionales, temían enfrentarse a los insurgentes. En algunos lugares como en Los Llanos, las autoridades locales sufrieron reiterados atropellos de la soldadesca yanqui.¹²

II

Paulatinamente Vicentico fue ampliando el hostigamiento a las tropas estadounidenses. Hizo galas de conocimiento del terreno, lo que constituía una ventaja que compensaba la debilidad en armamentos y parque. Sus tropas conservaban la iniciativa y recorrían extensas zonas de la región oriental, desde Bayaguana a Higüey; se desplazaban entre sitios distantes en cuestión de escasas horas gracias a que en gran parte estaban compuestas de jinetes. Varios reportes dan cuenta de la movilidad extraordinaria que deparaba la caballería y que hacía en extremo difícil la localización. Por ejemplo, a mediados de mayo se avisó que

⁹ Stephen M. Fuller y Graham A. Cosmas, *Marines in the Dominican Republic*, Washington, 1980.

¹⁰ Bruce Calder, *El impacto de la intervención*, Santo Domingo, 1989, p. 202.

¹¹ En comunicación personal, el historiador Manuel de Jesús Goico Castro, oriundo de El Seibo, aseguró que la generalidad de personas de elevado nivel social de esa población albergaba propósitos hostiles hacia los invasores; según él, una parte de esas personas reconocían la validez de los insurgentes, a muchos de los cuales conocían como individuos honrados.

¹² Entrevista con Ramón Vásquez.

Vicentico andaba en Guaniábano (al noroeste de Higüey) «con más de cien hombres bien armados» y que de allí salió hacia El Rancho y Hato de Mana; el mismo día el alcalde del distante paraje Santa Lucía avisaba del paso de más de setenta hombres, todos a caballo.¹³ Contados días después se notificaba el traslado de Vicentico al extremo opuesto de la vasta comarca, ubicándose en Loma del Puerto, cerca de Bayaguana, a más de cien kilómetros del anterior lugar en que se le había detectado.¹⁴

En esas marchas, los peatones iban recogiendo caballos, uno de los abusos que más resentía a la población civil. Los marines tenían expectativas de ofensivas cuando recibían noticias de requisiciones generalizadas de caballos.

El caudillo dominicano pudo ganar tiempo, ya que se benefició de un conjunto de circunstancias que rodeó la acción inicial de los ocupantes. Por escasez de tropa, la Infantería de Marina tardó en desplegarse por la región, dejando puntos neurálgicos al cuidado exclusivo de los cuerpos de orden dominicanos; pero estos se encontraban casi desarmados. Hubo, además, criterios en los comandantes que favorecieron a Vicentico, como el de privilegiar la vigilancia de la banda meridional de la región, donde se localizaba el grueso de los intereses azucareros. Todavía el Cuerpo de Marina de Estados Unidos (USMC, según sus siglas en inglés) no tenía conocimiento del terreno y tomó tiempo reclutar prácticos confiables; las patrullas se encontraban ante la evidencia de que los guías las conducían por los caminos más largos, fuese para evitar combates o para que los guerrilleros estuviesen avisados. Las marchas de las patrullas normalmente eran demasiado lentas a causa del exceso de equipos y armamentos. Por la poca familiarización con el medio, desde que los dominicanos se internaban en el monte, los soldados extranjeros renunciaban a perseguirlos.

¹³ Gobernador de El Seibo a secretario de Interior y a mayor Davis, 16 de mayo de 1917. AGN, SIP, ES, 1917, leg. 457 (ECM).

¹⁴ Gobernador de El Seibo al general Pendleton y al mayor Davis, 19 de mayo de 1917, AGN, SIP, ES, 1917, leg. 457 (ECM).

Por otra parte, los oficiales extranjeros desconfiaban de los cuerpos armados dominicanos, los únicos aptos para contener a los alzados, y temían que en algún momento se sumaran a estos. El Gobierno Militar prefirió no ceder en el programa de desarme, que incluía a las autoridades dominicanas y a la generalidad de las dotaciones de la Guardia Republicana. A lo sumo, se aprobaba dejar con armamentos mínimos a las autoridades locales, lo que las ponía a merced de las patrullas de Vicentico.

Fue aceptado el servicio de Fidel Ferrer, antiguo gobernador, quien formó una banda de cívicos, pero la disolvieron en el mes de febrero, tras la rendición de Chachá. Solo recurrirían de nuevo al auxilio de Ferrer tardíamente, en mayo, cuando la insurrección a duras penas se podía contener. Por último, la organización de la Guardia Nacional Dominicana, fundada en abril de ese año, estaba llamada a paliar las deficiencias; pero, por igual, tomó tiempo que ese cuerpo se hallase apto para combatir.

De ahí que Ferrer se tornara en el auxilio vital cuando el enfrentamiento alcanzó su cenit y las autoridades se hallaban embargadas de derrotismo. La eficacia de esa tropa debe atribuirse a que muchos de sus integrantes se habían alternado, antes de la ocupación, en la condición de gobiernistas y «gavilleros». Como jimenista, Ferrer se encontraba motivado por la rivalidad de intereses que lo contraponía al horacista Vicentico. Ambos se habían enfrentado directamente a lo largo de 1915, a causa de que tenían motivos de enemistad. Además, por su condición de hacendado, Ferrer ansiaba la paz. La saña con que persiguió a Vicentico lo hizo acreedor de un odio furibundo por parte de los alzados. Cuando el movimiento renació, meses después de la muerte de Vicentico, le tejieron una intriga destinada a hacer creer que Ferrer había llegado a un acuerdo con ellos. Los norteamericanos mordieron el anzuelo y, creyéndole responsable de felonía, lo ejecutaron.

III

Al margen del hostigamiento incisivo que sufría de los hombres de Fidel Ferrer, Vicentico tenía conciencia cabal de la complejidad que envolvía su campaña: se enfrentaba a un ejército organizado, dotado de los mejores armamentos, en contraste con la falta de disciplina de su tropa y tal escasez de parque que limitaba severamente la capacidad de operar. Muchos de los hombres no contaban con armas de fuego, sino con machetes y lanzas, y gran parte de las armas de fuego eran ya inoperantes frente a las ametralladoras. Uno de los artefactos más comunes era el llamado «pata de mulo», especie de revólver largo por completo desfasado. Para Evangelista, en explicación que ofreció a Gilbert, el hándicap de su campaña estribaba en la desigualdad de medios tecnológicos.

Esta superioridad –prosiguió– da nueva ventaja al poderoso sobre la desventaja del excesivamente débil, porque en aquel tiempo eran parejas en calidad de armas de uno y otro bando, mientras que ahora siempre las tenía superiores el más poderoso; y que yo debía considerarme más que satisfecho [...] de que la causa se estuviera sosteniendo contra enemigos tan superiores [...]. Dijo que gracia semejante se había podido conseguir, solamente porque el yanqui no nos había perseguido con la tenacidad debida, y que de haberlo hecho así ya se habría acabado la revolución.¹⁵

Vicentico se atuvo en todo momento a una táctica guerrillera instintiva. Se vio forzado a variar una parte de los preceptos tradicionales de la guerra en el país, en que los contendientes contaban con un tipo de armamento similar. Varios de los esquemas de combate que se harían característicos de la acción subsiguiente del gavillerismo contra la intervención fueron

¹⁵ Gilbert, *Mi lucha*, p. 64.

inaugurados por Vicentico, gracias a que adoptó a las nuevas condiciones el acervo guerrero de los dominicanos.

Cabe resaltar, entre los recursos bélicos empleados por las tropas dominicanas, la «carga al machete», consistente en un asalto masivo, cuerpo a cuerpo, sobre un enemigo sorprendido. Este proceder dejaba de tener efectividad ante las ametralladoras, que provocaban cuantiosa mortandad; sin embargo, se seguía usando como único medio conocido de ofensiva con un armamento en gran medida compuesto de armas blancas.

Esta disparidad se compensaba con recursos que deparaban capacidad de subsistencia a los insurgentes. El más importante fue la extensa red de espionaje que llegaba hasta las puertas de los campamentos enemigos y oficinas gubernamentales. Los senderos de retirada de los cantones de Vicentico eran objeto de escrupulosa protección a fin de que no fueran detectados. El ocultamiento de los campamentos permitía la recuperación confiada tras las batallas y la integración de un orden que garantizaba cohesión a la tropa. Todo ello se posibilitaba por los bosques vírgenes, aún no arrasados, ni siquiera en grandes porciones de llanura.

El cantón central de Vicentico en la Loma de la Vaca, en las estribaciones de la cordillera Septentrional, contenía todo un sistema de organización social. Ahí quedaban mujeres que ejercían actividades domésticas y existían talleres de herrería, carpintería, talabartería y otros renglones artesanales que permitían suplir bienes necesarios a los soldados. En la Loma de la Vaca se presagió ya el componente equivalente del cimarronaje, que sería consustancial durante la intervención militar, y que lo diferenciaba del anterior.

IV

Con el dominio del terreno y el perfeccionamiento del procedimiento guerrillero, los recorridos por todas partes se saldaban

en reclutamientos considerables. En su momento de clímax la tropa insurrecta llegó a contar con más de quinientos integrantes, número que no tenía precedente cercano en los anales del gavillerismo, máxime cuando se hallaban bajo la égida de un único jefe. Ya se ha visto que, a lo sumo, la coalición de caudillos que se insurreccionaron varias veces en el verano de 1915 contaba con cerca de doscientos hombres. Ahora esta cantidad multiplicada de combatientes se materializaba en un influjo irresistible a lo largo de la región. De hecho Vicentico representaba la autoridad y la administración del orden desde que se traspasaban los linderos de los centros urbanos, ingenios azucareros y grandes colonias cañeras. Los alcaldes pedáneos se hallaban presas del pánico y se vieron forzados muchos de ellos a abandonar sus secciones.

Para mediados de marzo los reportes de alcaldes y jefes comunales informan el incremento de las operaciones. El esquema de las actividades incluía ataques sorpresivos sobre pequeños destacamentos norteamericanos, asaltos a las bodegas, visitas para divulgar los motivos de la causa, ataques a los colaboradores.

Fue modificándose la táctica cautelosa, para cada vez más presentar combates de cierta envergadura. Generalmente los dominicanos atacaban, sostenían el fuego un rato y luego se retiraban, sin que los enemigos pudieran darles seguimiento. En otros casos, que debieron ser contados, se propusieron infligir pérdidas pesadas. Los reportes oficiales, tanto de la Infantería de Marina como de las autoridades dominicanas locales, no registran bajas significativas, pero corrieron versiones de que así sucedió en algunos casos. Gautreaux registra un asalto en la sección San Francisco, próxima a El Seibo, dirigido por Vicentico en persona, en el que este arrebató ametralladoras. Esto pudo haber sido una exageración con fines propagandísticos.

En uno de los tantos ataques a las tropas enemigas, en este caso contra un destacamento recién llegado al mando del capitán Kingsbury, en El Cerrito, el 19 de marzo, el explorador de los insurrectos no captó la presencia de un contingente de

marines oculto detrás de un tipo de matorral en medio de una sabana que recibía el calificativo de «matica». La arremetida de la tropa dominicana se limitó a la avanzada yanqui. Cuando salió el resto de la patrulla, el combate se hizo desigual, situación que no arredró al «general», quien resultó gravemente herido en un costado, tras lo cual se hizo preciso operar la retirada en condiciones desfavorables. A Vicentico lo rescató uno de sus guardaespaldas, Miguel Batista, quien, en medio de la balacera, lo cargó y, como una fiera, repartiendo machetazos, mantuvo a raya a los marines que intentaban arrebatárselo.¹⁶ De acuerdo a los informes de Kingsbury, los dominicanos tuvieron quince muertos y un número de heridos que no pudo determinar.

La condición en la que quedó el líder afectó a la guerrilla. Le tomó tiempo recuperarse de la herida, descrita en un documento como sigue:

[...] tiene un balazo que le entró más arriba del riñón derecho formándole tres agujeros y saliéndole por el bocio por un hoyo que le cabe el puño, del mismo lado derecho, y el otro es un brazo de ese mismo lado haciéndole un machetazo que se le ve el hueso; el brazo dizque (sic) no se le puede aguantar.¹⁷

De nuevo cundió la desmoralización. Se registraron desercciones de connotados combatientes como Sergio Ramos, Telésforo Sirina, Pablo Tavera, Israel Tavera, Bonifacio Carela, Martín Hernández, Pedro Hernández y Cecilio Lizardo. Las autoridades creyeron, erradamente, que los acompañantes del herido habían quedado reducidos a catorce incondicionales, algunos de ellos identificados, como el alcalde de El Cerrito y dos hijos. Lo cierto fue que amainaron las acciones.¹⁸

¹⁶ Gilbert, *Mi lucha*, pp. 180-181. Obtuvo la información de sus compañeros de prisión en la fortaleza Ozama, años después del hecho.

¹⁷ Jefe comunal de Hato Mayor al gobernador de El Seibo, 1 de abril de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

¹⁸ Hay varios despachos que indican que no se registraban las acciones. Por ejemplo, en Higüey se afirmó que se «está libre de esos malhechores». Arístides

Empero, la tranquilidad duró no más de tres semanas y sirvió para que la formación se reorganizara. El retorno de las hostilidades estuvo precedido por la decisión de Vicentico de dividir su tropa en varias cuadrillas que actuaban bajo su comando superior pero con independencia operativa. No es descartable que la decisión surgiera de la evaluación de las consecuencias de su herida. Un reporte de la comandancia del USMC da cuenta de la nueva situación:

Los informes muestran que las fuerzas de Evangelista están determinadas a pelear [...]. Hay consenso entre nuestros oficiales de que las fuerzas de Evangelista se han dividido en numerosas bandas que sólo esperan su concentración hasta que nos retiremos de El Seibo.¹⁹

Al frente de las pequeñas partidas quedaron lugartenientes selectos, algunos de los cuales detentarían el liderazgo de las grandes cuadrillas que operarían desde 1918. Por lo menos, de acuerdo a Gilbert, las mayores responsabilidades de conducir estos destacamentos recayeron en Basilio Santana Silvestre, Pedro Celestino del Rosario y Ramón Natera;²⁰ es posible que otros los comandaran Francisco Echavarría, Cabo Gil, Martín Peguero y Ramón Batía. Se trataba de individuos ya experimentados en el gavillerismo. Es probable que el comando de las pequeñas bandas anexas no fuera siempre continuo.

Con esta reorganización se resolvían los graves problemas de abastecimiento que comportaba un contingente errante de centenares de hombres. Como una parte considerable de

Mejía, jefe comunal de Higüey, al gobernador de El Seibo, 2 de abril de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

¹⁹ Jefe de Estado Mayor al gobernador militar, Santo Domingo, 2 de abril de 1917. NARA, RG 45, Box 758.

²⁰ En las cartas de alcaldes y autoridades provinciales superiores, también se puede inferir la subdivisión de la tropa, aunque no se arroja información acerca de los jefes de las cuadrillas, salvo alguna que otra mención de Natera. En esos documentos Tolete no es señalado como subordinado de Evangelista; cuando aparece es ya, implícitamente, como jefe de una formación independiente.

ellos tan solo contaba con armas blancas, no tenía probado que disminuía necesariamente la eficacia cuando intervenía un elevado número.

Se reproducía, bajo circunstancias distintas, la ya característica tendencia de los guerrilleros a fraccionarse en pequeños destacamentos. Ahora la diferencia estribaba en que todos los jefes debían reiterar el acatamiento de la jefatura suprema de Vicentico, de quien aceptaban todas las directrices mediante un estricto dispositivo de coordinación.

La descentralización, a la postre, sin embargo, tuvo que manifestarse en tendencias a la secesión. En las semanas finales, Tolete se insubordinó contra Vicentico, consecuencia inevitable de su autonomía previa. Si ese acto no se reiteró cabe atribuirse a que no hubo tiempo.

En este esquema, los objetivos se tornaron más ambiciosos. Así fue posible la toma de casi todas las poblaciones, con las excepciones de las mayores. Incluso hubo incursiones en el centro de Hato Mayor y en las proximidades de El Seibo. Higüey fue tomada por una de las partidas, bajo el comando conjunto de Basilio Santana Silvestre y Ramón Natera, compuesta de más de cincuenta combatientes, veintisiete de los cuales fueron identificados; algunos de ellos jugarían ulteriormente un papel destacado.²¹ Los agentes del orden sufrieron dos muertes y el jefe comunal estuvo a punto de ser eliminado, al recibir su morada más de sesenta impactos de bala. En esa ocasión el jefe comunal arguyó que carecía de armas para no efectuar la persecución de los asaltantes, que cargaban con cinco heridos y se dirigían hacia Guaniábano.

En varias ocasiones se perciben los ecos de las acciones de las cuadrillas subsidiarias, como parte de la tónica de la acción.

²¹ Jefe comunal de Higüey al gobernador de El Seibo, 19 de abril de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM). Entre los participantes de esa incursión se menciona a los siguientes: Marcial Guerrero que, al frente de un contingente local, tomó de nuevo Higüey en 1919; Félix Laureano, quien con posterioridad comandó una cuadrilla guerrillera en la zona de Higüey; y José María Santana, probablemente el mismo que dirigió la lucha contra el desalojo de Campiña por el Central Romana a partir de 1922.

Precisamente cuando cobró cuerpo la ofensiva de los «gavilleros», se sucedieron incursiones paralelas bajo el mando de Natera y Tolete. La primera ocurrió el 21 de mayo en Vicentillo, comandada por Natera con veintiún acompañantes, ocasión en que apresó al alcalde de San Francisco y a seis personas más; tras haber escapado, el alcalde informó que el jefe rebelde marchaba hacia Chavón o Maguá. Al día siguiente Tolete, al frente de su cuadrilla, secuestró a Luciano Reyes, alcalde de Las Pajas y a un amigo.²² En esos días Tolete se dio a conocer por la racha de agresiones a pedáneos. *A posteriori* se consignó que Tolete hizo más de treinta prisioneros en sus correrías.

Mientras tanto, el contingente central al mando de Evangelista tomaba Magarín, donde su alcalde fue golpeado.²³ De ahí Vicentico continuó un recorrido hasta Machado con unos cuarenta jinetes y más de cien infantes.²⁴ Él en persona continuó la táctica de intentar doblegar la lealtad de los alcaldes pedáneos; cuando alguien se resistía a dicho propósito, ordenaba que se le diera muerte.²⁵

Normalmente, cuando operaba en el llano, retornaba a su base en las montañas del norte de El Seibo, lo que permitía la recuperación de soldados y caballos. Otro factor que contribuyó a sus éxitos fue la rotación entre el uso de caballos e infantes, de acuerdo a las condiciones, táctica que sería profundizada por sus sucesores.

Isla Abierta, año XIV, núms. 658 y 659,
2 de septiembre y 7 de octubre de 1995.

²² Gobernador de El Seibo al mayor Davis, 23 de mayo de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

²³ Carlos Dalmau, jefe comunal interino de Hato Mayor, al gobernador de El Seibo, 24 de mayo de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

²⁴ Octavio Beras, gobernador de El Seibo, al mayor Davis, 28 de mayo de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).

²⁵ Ocurrencias de estos casos en Octavio Beras, gobernador de El Seibo, al mayor Henry Davis, 15 de junio de 1917. AGN, SIP, ES, 1917 (ECM).



LOS DEL MONTE VISTOS POR LOS PACÍFICOS

La asignación de un contenido de clase al llamado movimiento gavillero, existente en la región oriental hasta 1922, comporta varias dificultades. La primera de ellas consiste en el hecho de que la generalidad de los habitantes de la población rural no solo no se planteaba tomar parte en las acciones armadas, sino que tenía un punto de vista divergente al de los rebeldes.

El movimiento surgió del seno de la población, pero sus protagonistas se segmentaban de inmediato de lo que constituían las motivaciones del resto de la población. Ciertamente que el gavillerismo alcanzó dimensiones masivas, al grado de que miles de personas tomaron parte en las cuadrillas de alzados. Aun así, para participar se presuponían determinadas condiciones que no se llenaban comúnmente. De ahí que se tornara incontrovertible una brecha entre los pacíficos y los alzados, y que tal disparidad no dejara de comportar en gran medida ingredientes conflictivos.

Para entender la diferencia, hay que partir de que la rebelión obedeció a la negativa de los caudillos a aceptar la imposición del gobierno militar extranjero. Cuando Salustiano Goicoechea levantó la bandera de la guerra contra los norteamericanos



Dominicanos levantados en armas contra la intervención norteamericana.

recién desembarcados en el Este, en enero de 1917, daba inicio a la etapa más desarrollada de un viejo debate que enfrentaba a los que, desde la capital de la República, trataban de anular los poderes locales contra quienes se sentían depositarios de estos últimos.

Desde la dictadura de Ramón Cáceres comenzó a hacerse manifiesta la inconformidad de muchos caudillos con los estilos prevalecientes, actitud que tomó mayores proporciones a raíz de las guerras civiles de años posteriores (1912 y 1914), que sellaron el fracaso del proyecto liberal-oligárquico y crearon las condiciones para que se produjera la intervención militar de Estados Unidos.

Esos caudillos tenían liderazgo sobre la masa campesina y lograban mantener una clientela para sus propósitos bélicos. Desde antes de la ocupación, cada vez que se levantaban en pequeñas cuadrillas, esto es, en momentos en que no había confrontaciones de gran envergadura, los generales-caudillos adoptaban un *modus operandi* asimilable al bandolerismo. Obligaban a los propietarios a hacerles préstamos a «la revolución» y a entregar bienes, principalmente ganado vacuno para

alimentarse y ganado caballar para las correrías. Para sostenerse acudieron, además, a asaltos esporádicos a bodegas y otros establecimientos comerciales.

No se trataba de acciones indiscriminadas, ya que las llevaban a cabo con el exclusivo fin de sostenerse en la insurrección, sin voluntad de delito, sino más bien con un sentido de representación del orden justo, alternativo al gobierno central, si es que, en su parecer, tenía incumbentes ilegítimos. No había, pues, voluntad delictiva, a no ser en la medida precisa en que resultara necesaria para el sostenimiento de las cuadrillas insurrectas, cuyos objetivos eran de estricta naturaleza política. Desde tal perspectiva, deben establecerse criterios de diferenciación conceptual entre el bandidaje a secas, de orientación delictiva, y el bandolerismo político propio del grueso de lo que se dio en denominar gavillerismo.

Durante la ocupación militar norteamericana no solo el movimiento gavillero ganó extensión, sino que concomitantemente experimentó variaciones de importancia. En lo sucesivo, el cuestionamiento del poder central se haría desde una prédica nacional, justificándose moralmente la rebelión por la presencia de dominadores extranjeros. Junto a esa cualificación política advinieron otros cambios, entre los cuales cabe destacar la exacerbación de la violencia, como parte del cuadro impuesto por la intervención militar.

Por ende, el nuevo matiz de la confrontación se inició con los actos de terror de los ocupantes, casi de inmediato respondidos por los insurgentes, que extremaron medidas punitivas contra los colaboradores y quienes consideraran dudosos por no prestarse a colaborar activamente con ellos. A partir de esta respuesta, resultó natural que se extremaran los componentes delictivos del movimiento, puesto que la supervivencia implicaba responder con todos los medios a un enemigo que disponía de recursos infinitamente superiores. La violencia, en cierto modo, se hizo ciega de ambas partes, lo que se prolongó sobre todo hasta fines de 1918; luego las jefaturas calibraron

que cabía disminuirla puesto que se desacreditaban ante la población.

Ahora bien, con independencia del requerimiento de orden, en realidad nunca desestimado por los jefes de las cuadrillas insurgentes, se desató un proceso incontrolado de violencia. En primer lugar, aparecieron pequeñas partidas de alzados cuyo propósito principal podía ser de corte delictivo o, por lo menos, estaba en lo fundamental condicionado por tal comportamiento. En segundo término, y todavía más importante, en las grandes cuadrillas de alzados se dio el caso de que apareció una degradación que los jefes trataban de limitar, pero no se pudieron proponer erradicar.

No dejaba de haber conexión entre las pequeñas bandas independientes y la profundización del componente delictivo en el interior de las grandes bandas provistas de jefes reconocidos por su honorabilidad. Aun estas últimas no se podían sostener como unidades regulares. Algunos de los testigos entrevistados coinciden en la descripción de que sus integrantes se unían para pelear y luego se desparramaban con el fin de sobrevivir. Solo una minoría se mantenía en forma constante unida en los cantones, puntos de refugio situados en las profundidades de los bosques. Advino una dinámica inestable producto de las exigencias dispares entre la concentración y la dispersión de los combatientes. En los momentos en que los jefes autorizaban la dispersión de tropas, una parte de ellas se dedicaba a actos que dieron lugar a un estado de miedo en la mayoría de los pacíficos.

Resultaba explicable que tales prácticas de los alzados generaran el repudio de muchos campesinos. Si bien comúnmente los despojos se hacían a través de la entrega voluntaria, esta se encontraba condicionada por la amenaza implícita de muerte. De manera que estaba sobreentendido para los pacíficos que cada vez que llegaran los «gavilleros» debían poner sus bienes a su disposición sin restricción alguna. Todavía peor, era frecuente la exigencia de dinero, que en caso de no poder ser

complacida requería la huida a las ciudades, en la medida en que los insurgentes tenían el control virtual de la mayor parte de las zonas rurales. El ambiente de violencia llevaba a que, contrario a lo que sucedía anteriormente, los asaltos a los establecimientos se acompañaran no pocas veces del asesinato de sus dueños o dependientes, sobre todo si osaban presentar la mínima resistencia.

El mismo aprovisionamiento de las tropas insurrectas estaba matizado por la amenaza de represalias. De manera que si se producía la petición de reclutamiento, se estimaba que no aceptarlo conllevaba el riesgo inminente de muerte. Varios testigos de Benerito rememoran el ejemplo del joven Eliseo Martínez, quien escapó tiempo después de ser incorporado con amenazas a una de las cuadrillas. Estuvo obligado a permanecer largo tiempo oculto, puesto que los marines lo tenían registrado como uno de los insurgentes, en tanto que estos lo consideraban un traidor.

Ese caso ilustra la suerte trágica de la generalidad de la población, que se encontraba indefensa entre dos enemigos terribles, a los que visualizaba como «dos gobiernos», con los cuales había que contemporizar por igual y de los que se recibían perjuicios similares. De todas maneras, en algunas zonas se temía más a las tropelías de los «gavilleros», sobre todo después que los norteamericanos abandonaron las prácticas más despiadadas de terror que emplearon en los parajes de donde surgían los contingentes más amplios de insurrectos.

Pero lo que los simples pacíficos resentían más dolorosamente era la práctica de muchos insurgentes de violar mujeres. Parece que las violaciones tuvieron un alcance considerable, aunque también se puede estimar que en la visión subjetiva de los sobrevivientes está magnificado por la gravedad con que se visualizaba. De todas maneras la práctica fue suficientemente amplia como para definir un estado profundo de temor ante el conjunto de insurgentes. Como lo recuerda Dionisio Henríquez, residente en Gato, este era el aspecto más temido,

que para él llegaba a la dimensión de desastre. Por lo menos mencionan cuatro muchachas conocidas por él que fueron secuestradas y quedaron embarazadas.

Había, al parecer, varias modalidades de violaciones: desde la que se hacía tras la entrada intempestiva en el hogar, a la vista del padre o marido, amarrado y sometido a la amenaza de muerte en caso de protesta, hasta el secuestro durante varios meses, en que las cautivas permanecían en los cantones.

No debió ser tan raro que los insurrectos efectuaran los ataques a las mujeres, en la medida en que en las investigaciones se ha entrevistado a varias señoras que los padecieron. Por ejemplo, una de Guayabo Dulce estuvo secuestrada durante meses, antes de que su victimario cayera peleando a raíz del asalto a su cantón. Otra entrevistada, a la sazón todavía casi una niña, recibió proposiciones conminatorias, bajo amenazas de muerte, de parte de Hipólito Montilla, no obstante que este se había incorporado a la insurrección también bajo amenaza de muerte.

Ante la reiteración de las violaciones, sobrevinieron aprestos de los pacíficos para resistir a «los del monte». Los ancianos de Gato rememoran, como uno de los hitos de las épicas del pasado, la resistencia que mostraron varios compueblanos ante el conocimiento de que se planificaban nuevos secuestros. Un Jueves Santo, de acuerdo con sus narraciones, se presentaron cuatro integrantes de la cuadrilla de Muñiñingo, originada en Guanito, aldea cercana a Higüey. Mientras el contingente, superior a 30 hombres, acampaba en Hato Bonito, esos cuatro decidieron separarse del resto para obtener mujeres, desoyendo las advertencias de Muñiñingo. Dos de ellos, los hermanos Eustacio y Esteban Valencio, perecieron al ser confrontados por los lugareños Panchito Aniana y Bernardino Santillán, quien con otros propinó varias pedradas que derribaron a Eustacio Valencio. Mientras tanto, Aniana había liquidado a Esteban y un tercer hermano Valencio escapaba. Cuando llegó este al cantón, reclamando una expedición punitiva contra los pobladores

de Gato, el jefe se opuso, revólver en mano, aduciendo que les había hecho la advertencia de que no abandonaran el grupo ya que consideraba los secuestros una vagabundería.

La postura de Muñiñingo no era aislada, y se sabía que la mayoría de los llamados «gavilleros» no practicaban las violaciones, pero los pacíficos no podían distinguir entre los «bandidos» y los «serios». Más aún, las entrevistas practicadas arrojan una opinión casi de consenso en cuanto a que los jefes trataban de evitar o disminuir las tropelías, pero igualmente tenían que tolerarlas en diversas medidas con el fin de mantener la integridad de las filas. El resultado implicaba la desnaturalización, a la vista de la gente común, de la causa que originalmente decía representar la rebelión. Varios de los entrevistados, en efecto, con los naturales matices, se muestran incrédulos ante las proclamas de patriotismo de los insurrectos. Coinciden en que, en la cotidianidad, aún los jefes no mencionaban temas como la defensa de la soberanía nacional.

En realidad, más allá de los efectos de las tropelías, advenía un hiato entre los objetivos de la masa de la población y de los insurrectos. En la medida en que la oposición a la centralización del Estado guardaba una connotación política, no podía ser compartida por el grueso de la gente. En tal sentido la rebelión carecía de contenido de clase, ya que sus objetivos se ponderaban con indiferencia por la masa del campesinado, que veía a sus portadores como un cuerpo extraño que hacía de la rebelión una finalidad en sí misma.

Isla Abierta, año XVI, núm. 688,
11 de enero de 1997.



RAMÓN NATERA

Desde 1918 en adelante Ramón Natera personificó de manera señera el tipo del jefe guerrillero opuesto a la intervención militar. En tal sentido, la cuadrilla que dirigió durante los años siguientes fue una de las más importantes por su número, el control sobre las zonas rurales y la subsiguiente capacidad de dar el frente a los interventores.

El origen de esta relevancia radica en la habilidad militar excepcional de Natera, derivada de su astucia, lo que hacía que se le viera como «más bronco que una guinea tuerta». Esto determinó la formación de un liderazgo antes de la intervención militar, que le permitió ganar con rapidez la condición de general en las guerras civiles de los años previos a la intervención. Construyó un sistema de influencia en la zona de Guaza o Ramón Santana, su terruño natal, en el cual se le consideró como «el hombre fuerte» o «la autoridad» del lugar.¹ A tal grado se rodeó de leyenda su autoridad local, que circuló una versión de que el cambio de nombre de Guaza se asoció a los nombres de pila de Natera y su padre, este último Santana Zapata.²

¹ Entrevista con Ramón Silvestre.

² Entrevista con Luis González. No se ha podido comprobar la validez de esa versión, pero basta que haya circulado.



El líder guerrillero Ramón Natera junto a su esposa, Máxima de la Cruz y algunos de sus seguidores. Fotografía de 1921.

Los orígenes de Natera se ajustan a la perfección a la tipología del caudillo. Se conectaba tanto al medio rural como al urbano y su preponderancia fue producto de un protagonismo armado que le permitió ascender socialmente. Casi con seguridad nació en la población de Guaza o, eventualmente, en la contigua sección de Magarín, del otro lado del río Soco. Sus padres y otros familiares eran propietarios de extensiones considerables de tierras en Magarín y lugares aledaños, pero eso no significaba que logaran una posición económica, ya que las tenían en explotación ganadera extensiva, de la cual extraían excedentes escasos como era de rigor. Aunque medianamente prestigiosos en el contexto tradicional, muchos familiares de Natera quedaron absorbidos por la carrera de la proletarización y pasaron

a laborar como carreteros y otras ocupaciones asalariadas. Uno de los testigos asegura que el único de la familia que salió de la pobreza fue Natera, gracias a las prebendas que le proporcionaba su condición de general.

Del prestigio que lo rodeó y por su propia condición de caudillo, derivó una relación basada en la lealtad de sus amigos y relacionados, ante los cuales se granjeó cierta devoción. Quienes lo conocieron insisten en el entusiasmo que generaba su persona, rodeado de lazos amistosos y afectivos. Por igual consolidó su predominio sobre la zona gracias al temor que inspiraba su capacidad para el ejercicio de la violencia. Su influjo estaba así mediado por su dureza excepcional, gracias a la cual construyó su jefatura. Eso daba lugar a una relación ambigua hacia él por parte de la mayoría de la gente: se le respetaba en mayor proporción de lo que se le amaba; en realidad, no era muy querido por la generalidad, en la medida en que el liderazgo estaba sustentado en la coacción y el temor.³

Aun así, calibraba en cada caso la calidad de la relación con su persona. Asignaba funciones dependiendo de las características de cada quien, las que eran cumplidas con eficiencia. El carisma que poseía le permitía obtener los reclutas necesarios en cada momento. En realidad, había siempre hombres deseosos de integrarse voluntariamente a su tropa, producto de una admiración auténtica.⁴ Pero bastaba que le solicitara a cualquiera determinado servicio para que lo obtuviera, ya que estaba bien establecido que nadie podía negarse abiertamente a sus deseos.⁵ Esto se debía a que, desde aproximadamente 1914, en la zona de Guaza no había ninguna institución o persona que pudiera rivalizar con su hegemonía.

La motivación que tuvo para unirse a Vicente Evangelista parece haber sido la típica de los caudillos: preservar su cuota

³ Entrevista con Nicolás Guillén.

⁴ Entrevista con Ramón Silvestre.

⁵ Ídem.

local de poder a través del ejercicio de la fuerza armada,⁶ lo que suponía la discreción para la formación de cuadrillas irregulares. Al margen de este determinante básico de su acción como caudillo «gavillero», Natera se preocupó por imprimirle contenido nacional a su acción desde el momento en que le cupo desempeñar una posición de jefatura autónoma. Es probable que ese cuidado lo adquiriese en los escasos meses en que operó como subordinado de Evangelista, aunque en principio sus visiones políticas eran inferiores a las de este. De todas maneras, en más de un aspecto, la acción de Natera remite al paradigma dejado por Evangelista, aunque no pudo reproducirlo con exactitud.

En cualquier caso, Natera se propuso presentarse como el abanderado del nacionalismo dominicano. Con más propiedad, en principio, que cualquiera otro de los jefes de grandes cuadrillas, trató de conectar la defensa de sus intereses particulares con alegatos de nacionalismo. Así, el objetivo que decía perseguir radicaba en la salida de las tropas norteamericanas.⁷ Esto no era privativo suyo, pero posiblemente fue el jefe que con más vehemencia trató el aspecto político de la restitución de la soberanía dominicana. De la misma manera, hecho único, se rodeó de un ceremonial nacional. Como le informó a su nieto, el puertorriqueño Avelino Ríos, un cercano amigo de Natera, este hacía tocar todos los días el himno nacional en una vitrola en el cantón de El Famiel, mientras la tropa se encontraba en formación en el momento en que se izaba la bandera.⁸

En consonancia con ello, se preocupó por dotar a sus hombres con un formato de disciplina sustentado primeramente en la rectitud, de donde se creó cierto consenso de que era «serio», como correspondía a un general, a diferencia de otros jefes de alzados.⁹ Esta autoridad moral se derivaba de que, con preste-

⁶ Entrevista con Amador Paulino.

⁷ Esto se deriva incluso de algunos documentos.

⁸ Entrevista con Julio Ibarra Ríos.

⁹ Coinciden al respecto personas con visiones bastante adversas de muchos insurgentes, a causa de las depredaciones a que sometían a los pacíficos. Entrevistados Ruperto Marte y Dionisio Henríquez.

za, procedía a castigar cualquier desafuero de quienquiera que formara parte de su tropa. Mantenía ese orden aplicando la pena de muerte a sus propios seguidores, lo que está reportado que hizo en varias ocasiones, algo que le resultaba normal. Hay casi total coincidencia de los entrevistados que vieron pasar en diversas ocasiones las formaciones de Natera y lo encontraron en persona, de que él «no robaba» ni toleraba que se «lucharan» mujeres, las dos plagas que desacreditaban a los alzados entre los campesinos.

Por ejemplo, en una ocasión, mientras recibían comida de una familia del Cruce de Pavón, uno de sus hombres le tomó un peine a la señora, lo que inmediatamente Natera corrigió, reprendiendo severamente al que lo hizo con el argumento de que por actos así se habían ganado la fama de «gavilleros».¹⁰ De eso se derivó que, cuando sus tropas llegaban a un sitio, la gente no sintiera temor, a diferencia de lo que acontecía con otros jefes, incluyendo alguno que otro de cuadrillas grandes.

Empero, como era común, los entrevistados reconocen que, dado que sus hombres se tenían que desperdigar para sobrevivir, de manera ocasional algunos de ellos realizaban fechorías o abusos. Al igual que otros jefes, Natera trataba en la medida de lo posible de impedir esos hechos, y cuando los comprobaba aplicaba la pena de muerte. Colás Guillén informa categóricamente que no aceptaba lo «malo», por lo que la generalidad de quienes cometían violaciones o robos no se atrevían a volver a las filas.¹¹

Por eso, se aceptaba que su acción no se correspondía con la del bandolero. Pero, eventualmente, Natera no estaba exento de comportamientos que condenaba como propios del bandidaje. Hay un punto común de la tipología de la acción,

¹⁰ Entrevista con Ruperto Marte.

¹¹ En este punto, sin embargo, las opiniones divergen. A diferencia de la tesis de Nicolás Guillén acerca de la aplicación de sanciones extremas, algunos, como Ruperto Marte, consideran que Natera «no se atrevía a desagradar a sus hombres», por lo cual no aplicaba exactamente castigos severos, aunque trataba de impedir las depredaciones.

consistente en que, además de sus seguidores genuinos, obtenía apoyo forzoso, ya que bajo ninguna circunstancia nadie le negaba un servicio que solicitaba.¹² Un aspecto controversial de su conducta se vincula a que zanjaba problemas personales con la máxima pena. Por ejemplo, en Las Guáranas hizo ejecutar a un Velorio por tal motivo.¹³ Pero, aún más, se ha registrado un comportamiento más delicado: de acuerdo a Mon Silvestre, Natera cometía actos repudiables que se encargaba de mantener ocultos a sus hombres. Si una mujer le gustaba la hacía suya sin mayores miramientos, mientras que se lo prohibía a sus seguidores. En tales ocasiones, se hacía acompañar únicamente de dos o tres guardaespaldas.¹⁴

De lo anterior se hace comprensible que una de las claves de la fortaleza de su cuadrilla estribara en que, a lo largo de sus radios de acción, logró la adhesión firme de no pocas personas. Para ciertos entrevistados estaba claro de que Natera contaba con la colaboración de numerosos pacíficos o «gavilleros mansos», algunos de los cuales vivían en Guaza y otras poblaciones, y daban aviso presto de cualquier movimiento del enemigo.¹⁵ Algunos se significaban por su eficacia. En Guaza era secreto a voces la colaboración de Juana Campusano, mujer humilde adicta a Natera, casi reconocida como su representante en la población, su «policía secreta» y organizadora de una parte de la logística urbana. Otro colaborador recordado era Alifonso Rijo, agricultor recto, quien le proporcionaba informaciones desde su morada en Guázuma, no lejos de Higüey, por lo cual era calificado como «su secretario».¹⁶

Ese empeño en la rectitud lo llevó a tratar de darle la mayor formalidad posible a su tropa. Quiso otorgarle una especie de

¹² Entrevista con Ulises Núñez.

¹³ Entrevista con Wenceslao Peguero.

¹⁴ Entrevista con Ramón Silvestre. Este es un punto controversial no avalado por ninguno de los otros entrevistados y, aunque tal vez exagerado, no es del todo descartable.

¹⁵ Comunicación de Jacobo Moquete.

¹⁶ Entrevista con Dominga Rosario.

orden gubernamental. De ahí que su correspondencia la hiciera en papel de cabecilla y su rúbrica se acompañara de un sello con su nombre y su título de general. Asimismo, repartió grados, y se rodeó de varios ayudantes a los cuales asignaba posiciones de mando o funciones especiales. Desde cierto momento, sobresalieron entre ellos Juan Mejía (*Juanico*), Ismael Mejía y Pablo García. De Juanico Mejía se ha informado que tenía la sanguinaria encomienda de ejecutar a los enemigos o sospechosos capturados.¹⁷ Retrospectivamente, el sujeto es calificado como «malo», en consonancia con la dureza de su jefe, para quien, al igual que la generalidad de sus congéneres, una vida humana carecía de valor. Las ejecuciones ordenadas por Natera no fueron pocas, contándose entre ellas la de José Agustín Ravelo, por haber «jugado las dos bases», al proporcionar informaciones a los marines, comportamiento común.

Su tropa era una de las más numerosas. Generalmente superaba doscientos integrantes activos, la mayoría de ellos permanentes. No parece que los vaivenes de la guerra socavaran el número, ya que encontraba siempre disponibles tantos reclutas como los requería o, gracias al control del terreno, lograba integrar más o menos forzosamente a otros. Resulta verosímil el dato de que, en el momento de la rendición, en mayo de 1922, todavía tenía cerca de doscientos hombres sobre las armas.¹⁸

Al igual que las otras cuadrillas, raramente todos los hombres estaban juntos; esas agrupaciones se reservaban para batallas decisivas, a las que renunció desde muy pronto. Un visitante del cantón de Famiel cree haber visto en más de una ocasión un número mayor a cincuenta hombres.¹⁹ Los restantes, con seguridad, se dividían en pequeños grupos relacionados a otros cantones y distribuidos a lo largo de la zona de influencia, que

¹⁷ Entrevista con Ramón Silvestre.

¹⁸ Entrevista con Prietico Ozuna. Los que se presentaron formalmente fueron menos, pero ello no resta validez al alegato de Ozuna, coincidente con otras informaciones.

¹⁹ Entrevista con Nicolás Guillén.

iba desde una franja al sur de El Seibo hasta las cercanías de Higüey. Además de ese cantón, que durante largo tiempo fue el principal, Natera se ocultaba en grutas ubicadas inmediatamente al norte.²⁰

No parece que esos cantones se vincularan a actividades productivas, más bien dependían de las contribuciones forzosas de los ricos de la región, de los asaltos a establecimientos comerciales y de las contribuciones más o menos voluntarias de campesinos y otros sujetos comunes.

Natera trataba de que la tropa se ajustara en lo posible a un formato militar convencional. Sin embargo, pocos de sus hombres podían llevar algo cercano a un uniforme, aunque generalmente iban con ropa en buen estado pero de diversos colores y formas. Los armamentos, al igual que en las otras cuadrillas, eran escasos y obsoletos: pocos tenían carabinas, la mayoría llevaba revólveres, mientras otros no pasaban de tener un machete y otras armas blancas.

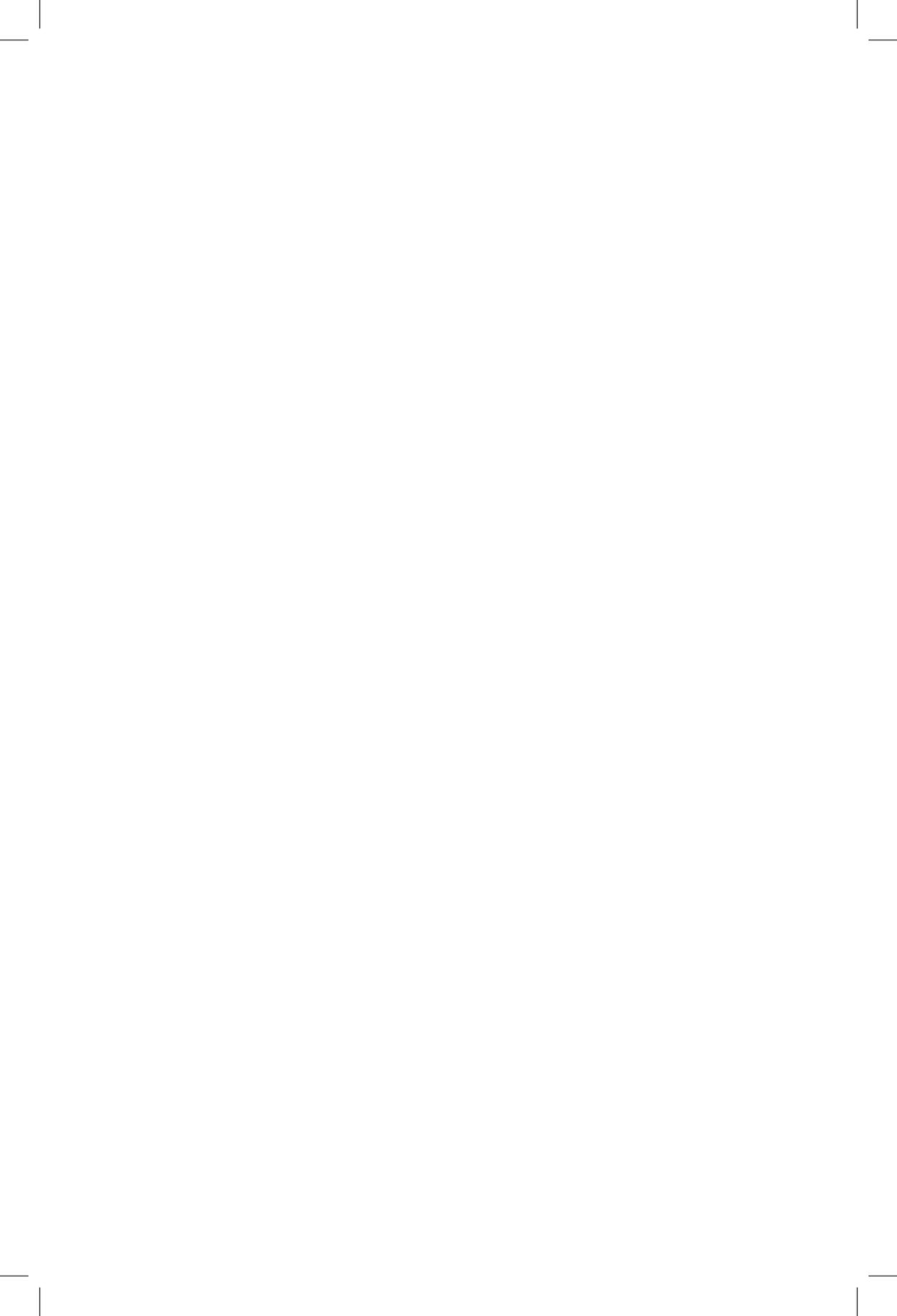
La casi totalidad de estos hombres era pobre y seguiría en esa condición tras la rendición. Natera, por otra parte, no lucró con las depredaciones que practicaba, aunque gozaba de una situación privilegiada. Por los recuerdos de los entrevistados, parece que una buena porción de la tropa estaba compuesta por jornaleros, mayormente semiproletarios vinculados a la industria azucarera. De acuerdo a Colás Guillén, todos eran pobres, valientes, pendencieros y jóvenes fuertes aunque «no muchachos». Ese testigo recuerda a varios integrantes de la tropa, que siguieron viviendo en la zona de Guaza, todos posteriormente jornaleros: Inocencio Feliciano, nacido en El Jagual; Antonio Rayano, hijo de un haitiano de Barahona; y Mayito Zapata, familiar de Natera.

Este elevado componente proletarizado respondía a que el centro de la zona de influencia de Natera estaba siendo arropada por la expansión azucarera. Precisamente parte de las

²⁰ Entrevista con Amador Paulino.

ventajas operativas de que gozó la cuadrilla se explica por la alternancia entre bosques vírgenes y colonias cañeras, lo que le permitió obtener puntos de seguro refugio y el abastecimiento en bienes. Esta posición estratégica le facilitó convertirse en el principal beneficiario del cobro de contribuciones a los ingenios azucareros y terratenientes, a fin de garantizarles sus instalaciones. Se reiteraba en dicho comportamiento el viejo proceder caudillista que implica el reclamo de la condición gubernamental.

Isla Abierta, año XVIII, núm. 758,
19 de septiembre de 1999.



RAMÓN BATÍA

En varios aspectos este jefe representa un paradigma de la acción rebelde contra la intervención militar norteamericana. El verdadero apellido de sus antepasados era Batista, pero experimentó mutación a causa de la «brutalidad» del abuelo cuando emigró de Puerto Plata hacia Hato Mayor. En la familia existe la versión de que era primo hermano de Fulgencio Batista, hijo de su tío Agustín Batista, quien fue sacerdote.¹

Batía no tenía antecedentes militares antes de 1916, pero ya se le sindicaba como joven violento, al grado de guardar prisión en El Seibo acusado de un crimen, tal vez sin fundamento.² Más importante es que entre sus antepasados por vía materna se encontraban viejos generales del siglo XIX. Era originario de San Valerio, paraje situado al noreste de Hato Mayor, una de las zonas más convulsas durante las guerras de Concho Primo. Numerosos familiares se involucraron en la insurrección contra la intervención militar. También por el lado materno era familiar de Martín Peguero, otro de los más conspicuos jefes guerrilleros. No queda claro del relato de su hermano Juan Batía la sucesión de hechos que antecedieron a

¹ Manuel Sosa Jiménez, *Hato Mayor del Rey*, Santo Domingo, 1993, p. 384.

² Entrevista con Juan Batía.

su incorporación a las tropas rebeldes, pero los que se conocen resultan reveladores acerca de los factores que dieron origen a la nueva fase de la guerrilla, entre fines de 1917 e inicios de 1918. Aparentemente, Batía fue sacado de la cárcel para servir de práctico a las tropas norteamericanas que perseguían a Vicente Evangelista a mediados de 1917. Presenció atrocidades cometidas por los soldados norteamericanos, lo que acaso llevó a que el capitán Merkel planeara ejecutarlo, a fin de borrarlo como testigo.³ El temor a las represalias le hizo no acatar la presentación de Evangelista, manteniéndose alerta en virtual alzamiento durante los meses siguientes hasta incorporarse como el principal ayudante de Natera hacia fines de 1917.

La captura de Natera, en febrero de 1918, determinó que Batía, en lo sucesivo, se hiciera el principal jefe insurrecto. Se hizo célebre por haber dirigido la ejecución del capitán Knox; en adelante desplegó un enérgico sentido de oposición a los ocupantes. Sus relaciones ulteriores con Natera dieron lugar a un deslinde de las tropas de ambos, puesto que aspiraban a ser jefes, pese a lo cual mantuvieron niveles importantes de colaboración. Batía carecía de la capacidad cohesiva de Natera, pero mantuvo con celo la posición de jefatura, lo que lo llevó a tener relaciones tensas con su hermano Bulito, quien a la postre formó su propia cuadrilla. Aparte del porte con que rodeaba su valentía, uno de los factores que contribuyó a realzar su carisma fue la fama de estar «untao», es decir, protegido por procedimientos mágicos, por lo que se le creía inmune a las balas y capaz de eludir traiciones y asechanzas. Se validaba esto por quienes aseguraban que, en el curso de los combates, resultó herido más de veinte veces. Aparecía en los combates ataviado con uniforme de oficial y kepis blanco, y ganaba el aprecio de la tropa por su disposición a situarse siempre en la primera línea de combate.

³ Otra versión indica que se unió a los rebeldes por la indignación que le causaron las atrocidades de los norteamericanos de que fue testigo.

A pesar de su importancia dentro del conjunto de cuadrillas, la de Batía no alcanzó un número muy elevado de integrantes, sino que quedaba en una escala secundaria. Es aceptable que normalmente lo acompañaran más de 60 hombres.⁴ No hay muchos datos acerca de ellos, pero parece que eran casi todos campesinos pobres, especialmente de las proximidades de su lugar de origen.

Varios de sus hombres ganaron fama como combatientes re-sueltos y competentes, como fue el caso de su segundo, Simeón Cuevas, quien alcanzó celebridad con el apodo de La Muchacha por sus hazañas solitarias.⁵ Protagonizó frecuentes asaltos a las tropas norteamericanas, operando solo con sus seguidores o en coordinación con otros jefes de cuadrillas. Tenía por hábito disfrazarse de mujer, lo que le permitía entrar a Hato Mayor y le facilitó ejecutar a algunos soldados norteamericanos.

Se le indica con frecuencia como uno de los jefes más crueles, capaz de matar con naturalidad.⁶ Esta actitud se derivó del temor a la acción de espías o provocadores, resultado de lo cual realizó ejecuciones sin justificación. Sin indicios suficientes de culpabilidad, hizo ahorcar a Luis María de Salas (*Severa*), después que desertó de guía de los marines.⁷ De acuerdo a Sosa Jiménez, en una ocasión hizo fusilar a veinte hombres que le propusieron incorporar a su cuadrilla al haber notado que tenían rifles nuevos.⁸ Por esta proclividad, fue víctima de la confusión instigada por los norteamericanos, que atribuyeron al guerrillero Francisco Antonio Fulgencio haber asaltado una bodega, haciéndolo ejecutar junto a varios de sus seguidores.⁹ Se han reportado otras ejecuciones producto de la extrema suspicacia de Batía, como el fusilamiento de un tío abuelo de

⁴ Entrevista con Prietico Ozuna.

⁵ Sosa Jiménez, *Hato Mayor*, p. 387. Ofrece una lista de algunos de los seguidores connotados.

⁶ Entrevista con Félix Laureano.

⁷ Sosa Jiménez, *Hato Mayor*, p. 376.

⁸ *Ibíd.*, p. 386.

⁹ *Ibíd.*, p. 387.

uno de los entrevistados, quien asevera que la acusación de colaborador carecía de todo fundamento.¹⁰

Sin embargo, no hay indicios que permitan afirmar que cometiera abusos sobre la población que superaran el sistema de contribuciones más o menos forzosas o voluntarias que era consustancial a la guerrilla. No hay disponible demasiada información acerca de su *modus operandi*, pero debió corresponderse en lo esencial a la alternancia entre prestigio y temor, así como a la práctica de reclutamientos forzosos. Apegado a este criterio que lo segregaba del bandolero, Batía reaccionaba con violencia terrible si alguien se refería a él como gavillero; varias ejecuciones se registraron por esa causa, entre ellas la de un soldado de la Infantería de Marina sometido a tortura.¹¹

Por más que tuviera ese cuidado de diferenciarse de los «gavilleros», como tenía que sostenerse con sus hombres, estaba obligado a sustraer bienes o a obtenerlos mediante contribuciones forzosas, lo que reconoce su hermano entrevistado, al acotar que «la revolución siempre ha sido así».¹² De ahí que encabezara una reveladora copla que refleja el malestar de pacíficos pobres ante las exacciones de los alzados y los ricos de El Seibo.

Ramón Batía
Ramón Beras
Ramón Goico
Y Ramón Natera.
Entre esos ladrones
Se destapó la cogeda.¹³

Pero la presencia de individuos sobre los cuales se ha tenido información tiende a ratificar que la cuadrilla no se contaminó

¹⁰ Entrevista con Rafael de la Cruz.

¹¹ Entrevista con Aníbal Candelario.

¹² Entrevista con Juan Batía.

¹³ Entrevista con Leopoldo Mejía.

con elementos fundamentales de bandolerismo y que mantuvo su causa política. Fue el caso de Ismael Severino, quien alcanzó la posición de lugarteniente del jefe. Se refugió tras la presentación en Miches, donde llevaba una vida discreta, lo que no impidió a quienes lo trataron que calibraran su talante honesto y humanista y un antitrujillismo que derivaba de su antimperialismo, al juzgar al tirano como un servidor de la Infantería de Marina.¹⁴ Aunque «no era un hombre de letras», Severino se propuso escribir una biografía de su jefe Batía.

La cuadrilla de Batía se mantuvo bastante circunscrita alrededor del terruño, básicamente al noreste de Hato Mayor, del cual salía raramente, obedeciendo al requerimiento de contar con un sistema logístico e informativo confiable. Pero utilizaba las profundidades de la cordillera Oriental como espacio de retaguardia que le permitía escapar a las operaciones de cerco y practicar un sistema de agricultura de subsistencia, no común entre los insurgentes.

Isla Abierta, año XVIII, núm. 759,
3 de octubre de 1999.

¹⁴ Entrevista con Dionisio de la Cruz.



MARTÍN PEGUERO

De seguro Peguero conformó el contingente rebelde de mayor importancia, no solo por el número de hombres que comandaba directamente, sino por la formación de un sistema federado que lo colocaba como jefe de jefes. En todo caso, desde fines de 1918, aproximadamente, compartía con Natera la jerarquía más elevada dentro de la jefatura. No pocos lo veían como el jefe por antonomasia de la insurrección, pues comandó una tropa más numerosa que la de Natera; si se suman sus jefes asociados, tenía bajo su mando a contingentes que oscilaban entre trescientos y más de cuatrocientos hombres, dependiendo de las circunstancias.

Martín Peguero había ostentado el título de general antes de 1916, aunque no de manera conspicua, como seguidor de Horacio Vásquez y relacionado al poder local de Secundina Reyes.¹ Como era común, no traspasaba la condición de acomodado en el campo. Vivía en La Culebra, campo de Hato Mayor, y aunque sin llegar a fundar un potrero, tenía unas veinticinco vacas, lo que no era señal de riqueza, pero lo distinguía de la masa campesina. Empero, la generalidad de sus familiares eran pobres y tras las rendición de 1922 se veía a

¹ Entrevista con Prietico Ozuna.



El jefe guerrillero Martín Peguero, con sombrero, junto a Juan Francisco Guerrero, fotografiados en septiembre de 1920.

Peguero deambular en los campos de Magarín como un hombre humilde que calzaba soletas.²

Se mantuvo al margen de las acciones de Vicente Evangelista en la primera mitad de 1917,³ pero su hijo Guadalupe Mejía (*Jacagua*) alcanzó en ella cierto relieve jerárquico. Peguero

² Entrevista con Ramón García (*Fején*).

³ Entrevista con Manuel Pérez.

se alzó en marzo de 1918 a causa del temor a ser asesinado por las rondas punitivas de la oficialidad norteamericana, que desplegó los niveles más acentuados de terror en las secciones próximas a su hogar en los días siguientes a la eliminación del capitán Knox. Su relación con Jacagua y sus antecedentes de «gavillero» seguramente extremaron las sospechas en los meses previos, obligándolo primero a ocultarse y luego a alzarse en armas. Tenía unos 65 años cuando formó su cuadrilla, pero se le veía pleno de energía, por lo que algunos de los entrevistados le calculan entonces hasta 55.

No está del todo claro el origen de su capacidad de jefatura, pero es probable que se debiera al reclutamiento de un elevado número de familiares. En la lista de quienes se sumaron a él se reiteran apellidos como Peguero y Guerrero. Sin dudas, la experiencia al lado de Secundina Reyes lo había puesto al corriente de los intrínquilos del poder local. Al margen de ello, mostró capacidad de mando y de comprensión de las características de la guerra que se libraba. Por último, pero no menos importante, captó que, operativamente, era conveniente dividir la tropa en destacamentos que gozaran de márgenes de autonomía. Así se resolvían con más eficacia los problemas de logística, control sobre los soldados, relación con los pacíficos, inteligencia, etc.

El esquema más regular en este sentido radicaba en que el mismo Peguero asignaba las jefaturas sobre las distintas tropas con excepción del núcleo central, colocado bajo su mando con ayuda de algunos lugartenientes. Esta apertura ante la diversidad de mandos le permitió encabezar un sistema de alianzas entre jefes de condición variable, desde los que estaban bajo su subordinación directa hasta los que dirigían cuadrillas independientes pero aceptaban planos de coordinación implícitamente bajo su guía.

Esta flexibilidad le facilitó el control sobre el amplio territorio que iba desde las montañas al norte de El Seibo hasta las llanuras de Bayaguana y que tenía por epicentro las colinas

cercanas a Hato Mayor. Colindaba por ello con otros jefes importantes, sobre todo Natera al sur, Cabo Gil al este, Mayito Reyes al oeste y Tolete al suroeste. Pero su dispositivo táctico le permitía compartir territorios con ellos, aparentemente sin conflictos insalvables.

Los cantones más seguros se encontraban en la porción de la cordillera al norte de Hato Mayor, incluyendo zonas más profundas de montañas, como los alrededores de Pedro Sánchez. Por temporadas sus tropas bajaban a Los Ranchos, en la llanura, cerca de Guayabo Dulce, donde se ubicaba el cantón, señal de que había establecido relaciones fluidas con los lugareños.

Pero la eficacia táctica de la descentralización traía aparejada la posibilidad de comisión de abusos manifiestos que desdecían de la legitimidad de la acción. Los entrevistados que lo conocieron antes de alzarse aseguran que él era absolutamente serio, honesto y fundamentalmente tranquilo.⁴ En contraste con la seriedad que se le asigna hasta 1917, varios de los entrevistados consideran que después de alzarse se hizo un delincuente o sinvergüenza. Algunos lo sindicaron como autor o responsable de tropelías, o por lo menos de crueldades.⁵ Más verosímil es que muchos de sus hombres, cuando estaban dispersos, cometieran violaciones y otros abusos, de los cuales no era responsable pero que no castigaba.⁶ Algunos que conocieron su tropa aseguran que no se diferenciaba de una formación de bandoleros.⁷ Una versión intermedia más confiable establece que Peguero todo el tiempo logró mantener una compostura «seria» ante la tropa, aunque sin lograr impedir ocasionales fechorías de hombres

⁴ Por ejemplo, entrevistas con Aguasanta Quiroz y Ramón García. De ello dio fe el gobernador de Santo Domingo, Juan Francisco Sánchez, quien parecía que lo conocía o tenía referencias precisas.

⁵ Entrevista con Wenceslao Peguero.

⁶ Coinciden varios entrevistados al respecto, quienes sorprendentemente comparan la actitud lenitiva de Peguero hacia el delito con la intransigencia de Cabo Gil, el otro jefe connotado de las montañas al norte de El Seibo. Al respecto, por ejemplo, entrevista con Francisco Cruz.

⁷ Por ejemplo, entrevista con Andrés de Jesús Zorrilla.

dispersos, siendo las más dañinas las violaciones de mujeres.⁸ Los robos están bien probados. Por ejemplo, el hogar de Aníbal Candelario fue robado en más de una ocasión por hombres de Peguero, pese a que este y su padre eran compadres y su tío Juan Francisco Mercedes era lugarteniente de la cuadrilla principal.⁹ Están registrados los nombres de varios de esos ladrones integrados a la tropa, como el de José Nieves;¹⁰ otro ladrón, recordado como Leoncio, joven negro, fue capturado por Cabo Gil, quien procedió a fusilarlo, ya que había penetrado en su territorio.

Aun así, las consecuencias de esos desmanes no eran uniformes en el seno de la población; resulta llamativo como indicador que las opiniones de los entrevistados se diferenciaron bastante. Algunos le asignan a Peguero la condición de bandolero temido,¹¹ mientras los más reconocen únicamente que robaba pero para comer y sostener la tropa, como era lo usual en las guerrillas.¹² Poniendo aparte su rectitud casi segura, la dureza de su carácter lo llevó a crueldades que le generaron animadversión entre una porción de los pacíficos y que lo colocó en oposición con otros jefes, hasta el extremo de protagonizar incidentes sangrientos, como aconteció con Mayito Reyes, quien repudió sus acciones.

Es seguro que la preocupación por la formación militar no redundó en el cuidado de otorgar legalidad patriótica a la insurgencia. Como era común, varios de los entrevistados nunca oyeron a los seguidores de Peguero hacer proclamas nacionalistas,¹³ sobre lo cual uno de los asociados de la tropa es concluyente.¹⁴ Este rasgo, sin dudas, contribuyó a agudizar las proclividades delictivas que se manifestaron, en contraste con

⁸ Entrevista con Prietico Ozuna.

⁹ Empero, Aníbal Candelario piensa que en algunos casos Peguero impuso sanciones por esos hechos.

¹⁰ Entrevista con Manuel Pérez.

¹¹ Entrevista con Lorenza Ávila.

¹² Entrevista con Petronila Feliciano, viuda Santana.

¹³ Entrevista con Aníbal Candelario.

¹⁴ Entrevista con Leopoldo Mejía.

su relativo control por otros jefes, como Natera y Reyes, sobre la base del componente político explícito.

De todas maneras, la degeneración en el bandolerismo fue controlada gracias a la disciplina y a la presencia de jefes con criterios políticos y morales definidos. Fue el caso de Juan Francisco Mercedes, uno de los lugartenientes del jefe supremo, dotado de conceptos antimperialistas, luego opuesto a la tiranía trujillista y, en la década de 1960, militante del Movimiento 14 de Junio.¹⁵ Es descartable que Mercedes tolerara hechos delictivos en su presencia; solo reconoció, según testimonio de los hechos que transmitió al periódico *El 174*, que procedían a eliminar a los colaboradores del Gobierno Militar.

Tal vez debido a su experiencia, Peguero se preocupó por dotar a su tropa de estrictas jerarquías militares.¹⁶ Dicho sistema de mandos le permitía mantener la formalidad y la beligerancia en el combate. Se recuerdan muchos hechos de armas que entabló con la Infantería de Marina, como uno, en las proximidades de Guayabo Dulce, en que se emplearon aviones, desde los cuales se lanzaban bombas a mano.¹⁷

Isla Abierta, año XVIII, núm. 760,
17 de octubre de 1999.

¹⁵ Entrevista con Aníbal Candelario.

¹⁶ Entrevista con Tomás Marte.

¹⁷ Entrevista con Barbarín Mojica.

TOLETE



edro Celestino del Rosario, conocido por todos como *Tolete*, fue uno de los guerrilleros más célebres. Ostentaba el título de general desde poco antes de 1916 y se incorporó a combatir en la primavera de 1917.

Tenía ya formado el talante de «gavillero» en 1916, señalándose como personaje connotado en las llanuras al sur de Hato Mayor por sus relaciones con figuras como Zenón Ovando y Salustiano Goicoechea del bando horacista o más bien antijimenista.

De ahí ganó fama como gavillero, aunque se reconocía que en realidad sus acciones no se correspondían a las de los bandoleros. Su mismo padre, Carlos Begazo, mayoral de la familia Casanovas, participaba de las sospechas sobre su hijo, pero terminaba concediéndole la bendición cuando este se la solicitaba de rodillas.¹ Algunos no opuestos a los guerrilleros, por tal razón, calibraron que su capacidad de ejercer la violencia era producto de su bellaquería.²

Estaba dotado de una tesitura fuertemente individualista, que llegaba a lo anárquico. Alternaba la proclividad a la violencia

¹ Entrevista con Juan Casanovas Garrido.

² Entrevista con Aguasanta Quiroz.

y al desorden crónico con la dedicación al trabajo cuando era preciso y un sentido escrupuloso de la honradez.

Pese a su condición de general, Tolete se ubicaba en el estrato más pobre de los jefes guerrilleros. En los períodos de paz, se consagraba a las labores de tumba y habite de los bosques para el fomento de colonias cañeras, actividad de la que se obtenían ingresos mayores que en el corte de la caña. Se distinguía



El líder Tolete en foto de 1926.

por una fuerza tan descomunal que le permitía dominar un toro, así como por la capacidad de ingerir enormes cantidades de comida.³ Tenía facetas jocosas y simpáticas, lo que no le impedía desempeñarse con extrema dureza cuando era necesario. Se hacía llamar la Marimanta y se rodeaba invariablemente de una jauría de perros por su afición por la cacería.

Al ocupar posiciones de guardacampestre, como era común en la época entre sujetos con inclinación a la violencia, se mostró enérgico en la disposición de combatir el delito, ganándose la fama de hombre de orden al servicio de los hacendados. «Como mayoral de La Pringamosa, los terratenientes y las autoridades lo respaldaban en su cacería de los cuatrerros, a los que fusilaba y enterraba con una cruz [...] en cualquier camino; pero otros hacían lo mismo para culparle de crímenes que no

³ Entrevista con Barbarín Mojica. Era sobrino de Tolete y lo trató muy de cerca.

ejecutó». ⁴ Una plena de la época evocó su disposición a eliminar a los delincuentes.

Tolete tú me vá matá,
Tolete por la madrugá...
Tolete ya lo rulo ´tan,
Tolete pa´omé con pan.⁵

Sus antecedentes, vínculos y constitución personal lo arrastraron a la rebelión a inicios de 1917, levantando una tropa que se asoció a la de Evangelista. Con independencia de la naturaleza de sus relaciones con este, Tolete mostró desde un principio una orientación de independencia personal. También se sabe que Evangelista lo entregó en julio de 1917 con el fin de congraciarse con los norteamericanos, tras lo cual fue condenado a guardar prisión durante 99 años. Animado por el deseo de combatir, se escapó de la fortaleza Ozama en 1919 y, casi de inmediato, volvió a formar una cuadrilla. Al igual que lo había hecho con Evangelista, desde cierto momento alternó una relación de subordinación con Martín Peguero que no excluía una independencia de mando que para él resultaba vital.

Odiaba intensamente a los norteamericanos, a quienes calificaba comúnmente como «culos colorados», y mantuvo acciones ofensivas que, al decir de Barbarín Mojica, les ocasionaron bastantes bajas. Su efectividad militar, empero, no parece haber sido demasiado notable. Estaba, ciertamente, revestido de las condiciones del guerrillero que sabía cómo sobrevivir, pero su actitud desordenada provocaba muchas bajas entre sus filas. Señal de ello fue que, cuando se entregó en 1922, contaba con escasos seguidores. A la luz de esto, es probable que, de no haberse vinculado a Peguero, no habría sobrevivido durante esos tres años.

⁴ Sosa Jiménez, *Hato Mayor*, p. 391.

⁵ Idem., p. 392.

Resulta incontrovertible que, al igual que otros jefes, Tolete pedía contribuciones forzosas o robaba con el exclusivo fin de alimentar a su tropa. Es probable que, por razones de carácter, a veces lo hiciera con bastante violencia, de donde tal vez se originó la leyenda adversa que lo rodeaba.

Reclamaba continuamente su condición de general revolucionario estimulado por una motivación patriótica y, desde ese ángulo, se diferenciaba de cualquier comportamiento que a su juicio cayera dentro del bandolerismo. Por tal empeño, fue tal vez el jefe guerrillero que con más saña se dedicó a perseguir a los delincuentes, tanto dispersos de las grandes cuadrillas como de pequeñas bandas independientes.⁶ Sus reclamos, por eso, fueron más morales que políticos, y retó en varias ocasiones, de manera muy discutible, a que cualquiera le probase que disponía de bienes ajenos.⁷ Por tal razón, la aureola de bandido se mezcló con la visión de que era un sujeto serio a cabalidad que garantizaba el orden en sus zonas de influencia.

Sin embargo, compelido por la necesidad de la supervivencia, es aceptable la versión de que permitió la incorporación de pequeños delincuentes, como habitantes de La Cañada y Capote, comunidades que constituían nidos de violencia.⁸ Esta incorporación de ladronzuelos se debía a los lazos familiares que Tolete tenía con algunos de ellos. Pero sus seguidores, sin duda, debían andar con cuidado, ya que en caso de que se excedieran en una acción delictiva corrían el riesgo de ser fusilados.⁹

Isla Abierta, año XVIII, núm. 765,
12 de diciembre de 1999.

⁶ Entrevista con Luis Vásquez.

⁷ Ídem.

⁸ Ídem.

⁹ Ídem.

CABO GIL

Ningún documento da constancia del momento en que se formó la cuadrilla de insurgentes dirigida por Cabo Gil, pero debió ser hacia mediados de 1918, a consecuencia del recrudecimiento del terror. Los entrevistados que lo conocieron coinciden en que fue víctima de «chismes» de los guías de los norteamericanos, quienes lo sindicaron como sospechoso y lo obligaron a alzarse. Él mismo declaró, cuando se rindió y aceptó ser juzgado, que optó por el monte para salvar la vida.

Cabo Gil era un campesino pobre, de unos 35 a 40 años cuando entró a las acciones guerrilleras, natural de Zaguatico, próximo a Hato Mayor, pero se trasladó a vivir a Las Cuchillas, al norte de El Seibo, donde fijó su cantón. Es recordado como «indio claro» de baja estatura y algo pasado de peso, aunque no grueso. Reclutó con rapidez un contingente de seguidores de hasta 160 integrantes.¹

Por lo que indican las entrevistas, parece que no se movía en un terreno demasiado extenso, básicamente de los alrededores de su residencia, las secciones de El Llano, Las Cuchillas, Arroyo Grande y algunas colindantes, de donde eran

¹ Entrevista con Celestino Velorio.

originarios casi todos sus seguidores.² Esto indica que dependía fundamentalmente de las relaciones de amistad y parentesco, como era propio de los patrones de la insurgencia.

Fue el jefe de la cuadrilla grande con mayor voluntad de no incurrir en actos delictivos. Ninguno de los entrevistados disiente de este punto de vista, al recibir Cabo Gil de todos calificativos elogiosos. Los entrevistados son categóricos en cuanto a que, pese a ser «del monte» o incluso «gavillero», nunca incurrió en delitos. En consecuencia, aunque no tenía un designio gubernamental, como existía en Natera y otros cabecillas, era percibido como garante del orden. Los entrevistados que vieron llegar su tropa y conocieron a algunos de sus integrantes coinciden en que Cabo Gil no toleraba ningún hecho delictivo entre sus hombres, y, que de producirse, como eventualmente acontecía, perseguía al responsable hasta matarlo.³

Aunque Gil procuraba no incurrir en actos de violencia, sus castigos no los dirigía únicamente contra los delincuentes, sino también contra los confidentes y colaboradores de los norteamericanos. Al respecto, están registrados actos de crueldad provocados por sus hombres. Por ejemplo, varios subordinados suyos fueron a capturar a un informante del enemigo y, al no conseguirlo, se llevaron a su hijo Tomás Mercedes; este fue enterrado, dejándosele durante varios días la cabeza descubierta, la que se le hinchó terriblemente a causa de picaduras de mosquitos. Gil accedió a perdonarle la vida por ruego de un familiar lejano, cuñado de la víctima, tras haber pensado que ya había fallecido.⁴ Algo parecido ocurrió con Félix Lluberes, campesino pobre dueño de un ingenio de fabricar raspadura en La Cuchilla, quien fue capturado por una patrulla de Gil,

² Se puede comprobar, asimismo, porque en los reportes de combates nunca se localiza lejos de la base de operaciones.

³ Entrevista con Ramón Molina.

⁴ Entrevista con Emilio Beras. El padre del entrevistado fue quien intercedió ante Gil, lo que le confiere mayor margen de exactitud al relato.

y ejecutado por alegadas sospechas de proporcionar informes a los norteamericanos.⁵ Se llegó al caso extremo de que Gil ordenara la ejecución de una señora que supuso, siempre incorrectamente, que pasaba informaciones a los norteamericanos.⁶

Debía sentir que se encontraba en una guerra en extremo desventajosa que lo obligaba a medidas duras. De ahí que, aunque visto como honesto, algunos llegaron a la conclusión de que era un asesino.⁷ Por ejemplo, en abono a su tesis en tal sentido, Manuel Pérez informa que, a pesar de estar oculto hacia 1918 como antiguo integrante de la cuadrilla de Evangelista, fue contactado por un emisario de Gil, quien le ofreció un revólver y lo conminó a unirse a la tropa. Pérez optó por escapar a Macorís, pues entendía que la negativa a aceptar la oferta equivalía a una condena de muerte.

Como era de rigor, Gil tenía que abastecerse de la ayuda de los pacíficos, por lo que estaba sobrentendido para muchos de ellos que había que ayudarlo. Pero, con seguridad, gran parte lo hacía de buena gana, al ver al jefe insurrecto como amigo y garante del orden y sus intereses.⁸ Siguiendo una pauta del honor, Gil pedía de buenas maneras a los campesinos, esperando aquiescencia, y muy raramente procedía a despojar a alguien. En general, en sus tratos con los pacíficos prescindía, por tanto, de cualquier ingrediente de coacción o violencia.

Quienes no son retrospectivamente muy favorables a la rebelión reconocen que Gil era querido de manera muy generalizada por su rectitud. El sentido del honor de que estaba revestido lo hizo acreedor de una aureola legendaria. Más que presionadas, las personas se sentían protegidas.

De todas maneras, algunos temían a su tropa, seguramente por el hecho de que cuando se desperdigaba, como era lo usual,

⁵ Ídem.

⁶ Entrevista con Rafael de la Cruz. El entrevistado trató personalmente a Cabo Gil en sus últimos años de vida, en la década de 1950, y no parece haber llegado a conclusiones adversas a su persona, lo que abona la exactitud de la información.

⁷ Entrevista con Manuel Pérez.

⁸ Entrevista con Andrés de Jesús Zorrilla.

algunos de sus integrantes cometían abusos que no llegaban a ser del conocimiento del jefe. Para prevenirlos, Gil trataba de que la tropa permaneciera el mayor tiempo posible dentro de los cantones. Es indudable que se temía a la gente de Cabo Gil mucho menos que a los de otras cuadrillas que también frecuentaban esas zonas. Pero, no obstante el respeto que infundía Gil sobre sus hombres, está referido que algunos de ellos cometieron violaciones.⁹

Acorde con el principio de causar los menores daños a la población, Gil fue de los pocos jefes que dispuso la fundación de conucos en las profundidades de las montañas, próximos a los cantones situados en puntos seguros, como Arroyo Guayuyo, Loma del Escabón y Los Botados. Es notable que, pese a tal vocación sedentaria, en los cantones no hubiese mujeres.

Esta consustanciación excepcional entre alzados y pacíficos, sin embargo, ilustra los límites de los contenidos políticos de la insurrección. Sin excepción, los entrevistados aseveran que nunca oyeron hablar a Cabo Gil de temas políticos o patrióticos y ni siquiera lo vieron tratando de explicar las causas de la rebelión.

Como fugitivo, adoptó una postura defensiva. Las partes de la Infantería de Marina lo mencionan pocas veces, no obstante el elevado número de seguidores. Pero para la población era inequívoco que se había constituido en el pilar de la autoridad local, siéndole imposible a las tropas enemigas disputarle el control del campo. En todo caso, la mayor parte de los encuentros con los marines debieron estar motivados por el propósito de impedir que fueran estos quienes tomaran el control. En los recuerdos se señalan escaramuzas pero no combates propiamente. El dominio que ejerció Gil sobre su territorio llevó a que los otros jefes de cuadrillas le respetaran sus prerrogativas, pese a los contornos elementales de sus motivaciones.

⁹ Entrevista con Manuel Pérez.

De todas maneras, Cabo Gil se imbuyó de las técnicas características de la guerrilla. A menudo avanzaba con toda su tropa, unas veces a pie y otras casi todos a caballo. Con más frecuencia se le veía rodeado de grupos pequeños, de no más de 15 hombres. El que tuviera una relación cordial con los pacíficos no fue óbice para que algunos seguidores fueran originalmente incorporados a la fuerza, incluso jóvenes pertenecientes a familias conocidas.

A pesar de no tener un expreso deseo de conformar una tropa formal, como era el caso entre otros jefes, Gil ostentaba el porte de «jefear», vestido pulcramente de blanco o fuerte azul con botas y buenas armas de fuego. La mayor parte de sus hombres iba también bien vestida, aunque con ropa corriente, sin pretensión de presentarse como militares, una parte con armas largas, mientras una mayoría con revólver y machete.

Isla Abierta, año XVIII, núm. 766,
26 de diciembre de 1999.



MAYITO REYES

La tropa comandada por Mayito Reyes en la zona de Guayabo Dulce es de las menos conocidas en la literatura, debido a que fue desarticulada en 1919. Durante el tiempo en que operó, sin embargo, fue una de las formaciones más importantes, cuyo número rivalizaba con las de Martín Peguero y Ramón Natera. Los documentos aseveran que en la zona de Guayabo Dulce las guerrillas producían ataques multitudinarios, en tanto que los recuerdos de los testigos son enfáticos en el elevado número de reclutas. Domingo Romero, entonces un jovencito residente en Mata Palacio, asevera que vio pasar varias veces a los destacamentos, y que en una ocasión le llamó la atención la enorme cantidad de combatientes, que erradamente eleva a mil.

Ese número se explica por el hecho de que Reyes practicó un sistema de compartir la jefatura con dos hermanos, Eloy y Bulilo, quienes aceptaban subordinarse a él en una línea jerárquica de sucesión, pero manteniendo cada uno cierto plano de autonomía. Aunque Mayito era el jefe supremo, en ciertas operaciones podía delegar la jefatura en uno de sus hermanos, como aparentemente ocurrió en el ataque a Los Llanos en 1919, comandado por Bulilo. De la misma manera, Mayito coordinaba frecuentemente acciones con otros jefes de

las cercanías, como José Vásquez en Mata de Palma y Elpidio García en Mata Palacio. Cada uno estaba en su territorio, pero por momentos se unían a Mayito, a quien le reconocían superioridad.¹

Después de Natera, Reyes parece haber sido el jefe guerrillero con una postura nacionalista más definida. Se informa que transmitía a los pacíficos su posición antinorteamericana, explicando que el motivo de su alzamiento era lograr la desocupación del país. Un conocedor atento de los hechos, por tal razón, lo cataloga como «patriota avanzado».² Esta motivación política se expresó en la relación correcta con los pacíficos. No se registra que Mayito y sus dos hermanos cometieran fechorías, sino que más bien se preocupaban por evitar molestias a la población.³ Pedían la comida cuando tenían hambre, pero si no se les complacía voluntariamente de todas maneras se apoderaban de ella, sin aplicar castigos.⁴ Esos casos al parecer eran raros, ya que la generalidad de la gente los apoyaba. No se han reportado abusos de otros tipos sobre la población. No es descartable, sin embargo, que se integraran algunos delincuentes,⁵ aunque estos de seguro no pudieron cometer muchas fechorías. Se limitaban a castigar a los colaboradores, a veces con el fusilamiento si se establecía que realizaban labores de inteligencia. Por todo lo anterior, uno de los integrantes de la cuadrilla, Chicha Reyes (*Chichí Metra*), quien estaba bajo el

¹ Entrevista con Eustaquio Romero.

² Entrevista con Wenceslao Peguero.

³ En la honorabilidad de Mayito coinciden todos los contemporáneos. Sin embargo, un entrevistado, nacido en 1927, refiere haber recibido el criterio de que Mayito era mal visto por muchos, que lo consideraban un ladrón. Acota, a diferencia de otros testimonios, que cree que Mayito y otros insurgentes tomaban las cosas sin pedir permiso y que eran tolerados por temor. Entrevista con Tomás Aquino Ozuna.

⁴ Es imposible definir frecuencias precisas del comportamiento de recibir la comida de manera voluntaria o bajo la compulsión implícita, aun cuando no mediaran amenazas. De todas maneras, algunos ponderaban con ciertas reservas la acción de Mayito, no obstante reconocer que no se trataba de un bandido, sino de un ladrón que perseguía únicamente salvar la vida.

⁵ Entrevista con Eduardo Alcántara.

mando directo de Regino Ortiz, transmitió a su hijo el criterio de que gozaban del apoyo inequívoco de la generalidad de la población.⁶

El designio político llevó a Reyes a adoptar el grado de general, a pesar de no haber tenido relieve en las guerras civiles previas a la ocupación militar.⁷ En esa tónica, se preocupó por dotar la tropa de un sistema de mandos. Sus hombres, casi todos campesinos pobres, jóvenes y fuertes, iban bien armados. Los reclutamientos se llevaron a cabo principalmente en algunas secciones vecinas de Guayabo Dulce, como Maguá. Eran honestos, de familias conocidas, como unos hermanos García, los hermanos Joaquín y Alejandro Mercedes, Juan Reyes y otros familiares con ese apellido.⁸

Algunos de los integrantes de más relieve fundaron sus propias cuadrillas, tal vez de acuerdo con Mayito o, en otros casos, después de su muerte. Obedecían al mismo criterio federativo que aplicaba Martín Peguero. Por ejemplo, Elpidio García y los hermanos Reyes son sindicados como jefes en Mata Palacio,⁹ al igual que Regino Ortiz y Onorio García en lugares aledaños.

La preocupación patriótica y militar no llevó a que adoptaran un ceremonial de esa naturaleza, como llevar banderas. Tal vez se explica por el nivel rústico del nacionalismo, expresado en la simple negativa a ser mandados por extranjeros. El nacionalismo se insertaba en la defensa primaria de un estilo de vida que comportaba prerrogativas a los individuos que se sabía que eran cuestionadas por los dominadores extranjeros, como el porte de armas de fuego.

La tropa mantuvo una actitud ofensiva, lo que se favorecía por disposición al combate y por el estado convulso de la zona. Uno de los ataques más recordados que Mayito protagonizó

⁶ Entrevista con Pascual del Carmen.

⁷ Sosa Jiménez, *Hato Mayor*, p. 393. Le concede título de coronel antes de 1916. Acota que su hermano Bulilo también se adjudicó el grado de general.

⁸ Entrevista con Petronila Feliciano, viuda Santana.

⁹ Entrevista con Juan Casasnovas Garrido.

contra los norteamericanos lo realizó en algún momento de 1918, en la finca Pringamosa de la familia Casasnovas, próxima a Hato Mayor, en unión de Ramón Natera y otros jefes. En total se habrían reunido más de 400 combatientes que provocaron decenas de muertos a los norteamericanos.¹⁰

En cambio, en otro acontecimiento señero de Mayito, el ataque a Los Llanos, en que tomaron parte varios generales dirigidos por su hermano Bulilo, la tropa dio muestra de ineptitud. Se reunieron cerca de 300 hombres, pero no pudieron aniquilar la pequeña guarnición de la GND, comandada por el teniente José Alfonseca.¹¹

En una de las ocasiones en que se aprestaban a atacar a los marines fueron víctimas de un traidor que pasó información al enemigo, el cual pudo así tender una emboscada en la misma finca Pringamosa de la familia Casasnovas.¹² Mayito pereció con más de 35 de sus hombres, y el golpe fue tan demoledor que la cuadrilla se desintegró: una parte de los sobrevivientes se reubicó con Martín Peguero, mientras otros siguieron junto a su hermano Bulilo, quien fue uno de los últimos en deponer las armas.

Isla Abierta, año XVIII, núm. 767,
23 de enero de 2000.

¹⁰ Ídem. Acota que dos de sus tíos con plena seguridad contaron 42 cadáveres de soldados norteamericanos.

¹¹ Entrevista con Luis Vásquez.

¹² Sosa Jiménez, *Hato Mayor*.

BANDIDOS EN EL ESTE

Como parte de la generalización de la violencia, en 1918 se formaron grupos de malhechores que operaban abiertamente, amparados en la seguridad que les deparaba el estado de desasosiego y los combates entre guerrilleros y marinos. Esto no tenía precedentes en el país, ya que, como se ha visto, las partidas de cuatros y «gavilleros» habían estado operando sobre todo durante la noche, cuidándose sus integrantes de no ser identificados. El centro de acción de esta nueva modalidad delictiva se situó en los alrededores de El Seibo.¹

Seguramente, parte de los integrantes de estas bandas debieron tener antecedentes delictivos, aun fuera de poca monta, como era lo usual. Otros, simplemente, dieron rienda suelta a inclinaciones delictivas, mientras que probablemente una mayoría de los que incurrieron en tales actos se dejaron arrastrar por una lógica impetuosa de comisión de delitos que se veían justificados como parte de la situación extraordinaria que comportaba estar alzado. De otra manera, no se explica la explosión del delito registrada en la memoria colectiva, no

¹ Al menos es lo que indica la información. La conclusión puede deberse a insuficiencia de datos en otras zonas. Ahora bien, resalta el silencio al respecto de los entrevistados en otros lugares, en contraste con los de El Seibo, que generalmente registran alguna banda puramente de malhechores.

suficientemente recogida por la documentación, debido a que las instancias oficiales le otorgaban prioridad al combate de la guerrilla y no les interesaba diferenciar las bandas de bandoleros de las cuadrillas guerrilleras, con el fin de imputarles a estas últimas la comisión de todos los delitos.

Pese a la distinción entre guerrilleros y bandidos en la percepción cotidiana de la generalidad de la población pacífica, los primeros calificados de revolucionarios o del monte y los segundos de «gavilleros», en este ambiente de desbordamiento de la violencia no dejó de haber una conexión entre ambos fenómenos. Resultaba fácil achacar todo género de acciones vandálicas a los «gavilleros», no produciéndose únicamente actos de partidas de bandoleros con este subterfugio, sino de otros agentes –a veces asociados a los bandidos–, como latifundistas en ascenso que practicaban el abigeato en desmedro de los hateros y dueños de potreros menos favorecidos. Para diversos sectores se abrían oportunidades de obtener botines, a lo que antes no se aventuraban por temor a las consecuencias legales. Esto cubría a todos los sectores sociales, y abarcaba un amplio abanico de acciones, como hurtos a pequeña escala, violaciones, crímenes por venganzas, riñas, apropiaciones de tierras por los procedimientos ilegales, etc.

Adicionalmente, como se ha abundado, la tipología depredadora de la acción insurrecta alentaba la comisión de delitos. Ha sido claramente establecido que el objetivo de las guerrillas no era cometer robos, pero sus acciones operaron como factor catalizador de la ampliación del delito. Ellas mismas no dejaron de ofrecer el ejemplo, considerándose muchos de sus integrantes autorizados a delinquir ante las urgencias de la supervivencia. Por esto último se comprende que se concatenaran variados factores.

La convulsión social que se llevaba a cabo preparó las condiciones para una fase novedosa de la acción delictiva. Este contexto se agudizó a consecuencia de la generalización de la violencia. La causa en sí misma de la supervivencia pasó, en

un tercer momento, a legitimizar el delito. Del *modus operandi* de la guerrilla, en un cuarto momento, en gran medida se desprendieron bandas de malhechores. El origen de ello pudo provenir del hecho de que los jefes de cuadrillas, de manera generalizada, aceptaban sujetos con reconocidos antecedentes criminales, por lo que llegaron a tolerar que una parte de ellos siguiera delinquiendo, aun fuera en una dimensión tácitamente controlada y sujeta a las normas de la insurgencia. De ahí que en un tipo de partidas no pueda establecerse una distinción tajante entre guerrilla y bandolerismo, como se puede observar en algunos grupos de Higüey. Ahora bien, los jefes de las grandes cuadrillas que tipificaban la insurgencia, situados como garantes del orden legítimo, tenían que restringir la comisión de delitos, aunque estuvieran obligados a contemporizar con los mismos. De tal ambigüedad se derivó que uno de los orígenes de las bandas de bandoleros se encontrase en desprendimientos de pequeños grupos de las grandes cuadrillas, producto de lo que hacían mientras se hallaban desperdigados y, por ende, no sujetos al control directo de los jefes. Para estos se violaban códigos morales y se afectaban la legitimidad y las condiciones de operación de la guerrilla. De ahí que se entablara una guerra paralela entre los jefes guerrilleros y los bandidos, procurando aquellos destruir a los segundos en la medida en que les resultaba factible o conveniente.

La mayoría de estas bandas contaban con escasos miembros, generalmente 5 o 6, y tendían a operar durante períodos bastante cortos, tras los cuales se recomponían o se disolvían. Los nombres de sus jefes raramente trascendían,² lo que probablemente era producto del empeño por eludir persecuciones. Estos bandidos no tenían interés *per se* en mantenerse alzados, sino en lograr las mejores condiciones para la obtención de un botín. Esto daba lugar a que los integrantes de algunas de las bandas procedieran a tiznarse de negro cuando realizaban sus fechorías, tal como ve-

² Entrevista con Wenceslao Peguero.

nía haciéndose desde bastante tiempo antes. Solo las bandas más grandes lograban trascender, sus jefes darse a conocer y perdurar durante cierto tiempo, resultado de lo cual pasaban a operar de día y sus integrantes dejaban de tiznarse.

Estos malhechores fueron los responsables principales de las violaciones o, al menos, eran los que las hacían sin menores miramientos. Es cierto que también muchas violaciones se pueden atribuir a los pequeños grupos que se desperdigaban de las cuadrillas. Pero en estos segundos casos, debían hacerlas con más cuidado, puesto que corrían el riesgo de ser castigados por sus jefes cuando se reintegraban. En cualquier caso, el fantasma dejado por la violación de mujeres, como la manifestación más atroz del bandolerismo, constituye una señal de la importancia que tuvo y de la forma en que repercutió negativamente sobre la guerrilla, al serle imputada también a ella por muchos lugareños. De todas maneras, los raptos de mujeres y las violaciones fueron vistos en la época como la manifestación clave que diferenciaba a los guerrilleros de los «gavilleros».

Es probable que en determinados lugares hubiera mayor concentración de bandidos, fuera por desprendimientos de las cuadrillas o por la debilidad de estas. Empero, resulta difícil establecer generalizaciones, debido a que requerirían un conocimiento detallado de lo ocurrido sección por sección de toda la región. Lo que no cabe duda es que en cualquier punto podían surgir núcleos de bandidos.

MAMBRÚ

No se ha obtenido el nombre de este jefe de bandidos que operó en las montañas cercanas a El Seibo y a secciones como Arroyo Grande. La banda está bien descrita por uno de los entrevistados, aunque otros hacen ligeras referencias a ella. Estaba compuesta por unos quince integrantes, todos a caballo, en su mayoría jóvenes de variadas pigmentaciones de

piel (entre «indios» y «prietos») como era habitual, y aunque visiblemente de origen campesino iban bastante bien vestidos.³ Mambrú y sus hombres probablemente no atacaban a todo el mundo, pero adoptaban tonos amenazantes, como el usado para interpelar a José Carela, requiriéndole que les consiguiera «una mujer sola».

Al parecer Mambrú se sentía confiado en el terreno en que se movía, ya que operaba abiertamente de día con un número suficiente para hacer frente a una patrulla gubernamental. Ejercía una jefatura despótica sobre sus subordinados, quienes visiblemente se relacionaban con él con temor. Debió permanecer durante cierto tiempo en su hábitat, ya que reiteraba extorsiones y se dedicaba a perseguir a quienes no aceptaban sus exigencias.

Sus exacciones colmaron la paciencia de Martín Peguero, quien en cierto momento dispuso la aniquilación de la banda, y se registró una pelea que le mermó los efectivos. No obstante, no se pudo determinar si la banda dejó de operar por causa de este ataque.

MON PASTOR

Este personaje también fue jefe de un grupo de bandidos que operaban al norte y al noroeste de El Seibo. Es probable que tuviera mayor incidencia que otras bandas de delincuentes, ya que está mencionado por varios entrevistados. Se trata de un caso bastante raro por los orígenes sociales del cabecilla criminal, oriundo del poblado de El Seibo y descrito como blanco y con porte de militar.⁴ Su crueldad le ganó el temor universal, cosa a la que seguramente aspiraba.

³ Entrevista con José Carela.

⁴ Entrevista con Pascual Javier Mercedes.

Sus hombres se distinguían por la agresividad y por el desparpajo con que se presentaban como meros bandoleros. Su emblema de identidad era llevar las gorras con la visera hacia atrás.⁵ Eran raptos implacables, y a menudo amarraban a los maridos y violaban a las esposas delante de ellos. También se distinguían por extorsionar a todo aquel que estimaban con una suma de dinero.

Está reportado por Pascual Javier Mercedes que el centro de operaciones de Mon Pastor se hallaba en El Cuey, por lo cual se le puede atribuir a su banda la responsabilidad del estado extremo de inseguridad que se apoderó de los habitantes de esa comunidad durante cierto período. Por momentos, los alzados hicieron múltiples raptos y a muchas de esas mujeres las conservaron como sirvientas forzosas. De igual manera, ponían a los hombres a servirles en tareas humillantes o en actividades requeridas para su seguridad. Se reportaron varios crímenes de personas que se oponían a tales exacciones.⁶ Como parte de esas atrocidades, los alzados en El Cuey realizaron reclutamientos forzosos, y algunas de las víctimas terminaban identificándose con ellos.

Es posible que con el fin de sobrevivir estos bandidos a veces relajaran las compulsiones y exacciones y aparentaran compadecerse de sus víctimas, aceptando las súplicas de familiares. Esto, junto a la realización de reclutamientos forzosos, es indicativo de que no rompían del todo con el *modus operandi* de los grupos dispersos de las grandes cuadrillas. En algunos casos en que mostraron una actitud más dura, fueron enfrentados por grupos de moradores armados de machetes. Por ejemplo, la madre de la testimoniante María del Rosario fue secuestrada y sus hijos decidieron ir a reclamarla, dispuestos a afrontar cualesquiera peligro. Precisamente, Mon Pastor murió a manos de un campesino, tras exigirle dinero

⁵ Entrevista con Ramón Molina.

⁶ Entrevista con María del Rosario.

de manera amenazante o por la venganza del hijo de uno de sus cautivos.⁷

Es posible que en sus inicios esta partida no tuviera propósitos criminales, pero no cabe duda de que terminó asimilada a un conglomerado de bandidos.⁸ Parece se originó en la escisión de un pequeño grupo de las tropas de Martín Peguero, con quien las relaciones se tornaron tensas. Hay indicios, por otra parte, de que, por momentos, coordinó acciones con la banda capitaneada por Negro Bemba, y es posible que en algunos momentos se fusionaran.

NEGRO BEMBA

El grupo dirigido por Julio Bemba o Negro Bemba, cuyo nombre verdadero no ha trascendido, tiene muchas similitudes con el anterior. Por lo tanto, operaba en lugares próximos, sobre todo en los alrededores de Las Cuchillas, también al norte de El Seibo.⁹ Estaba compuesto por cerca de veinte hombres, casi todos mal vestidos, al grado de que dejaban la impresión de «tígueres». Robaban indiscriminadamente, sobre todo ropa y animales. Pero se hicieron especialmente temibles a causa de su afición por el rapto de mujeres. No siempre, empero, atacaban a los pacíficos, sino que en ocasiones podían contentarse con despojarlos de bienes. Desde luego, estaba sobrentendido que quien osara oponerse a sus exacciones estaba condenado a muerte.

⁷ Divergen al respecto, Ramón Molina y Pascual Javier Mercedes, en entrevistas citadas.

⁸ Entrevista con Ramón Molina.

⁹ Entrevista con Emilio Beras.

FERMÍN DOMÍNGUEZ

Otro grupo delictivo del que se ha obtenido informaciones fue el de Fermín Domínguez, en la zona de El Cerrito, Anamá. Operaba al parecer exclusivamente en esa zona, y a pesar de ello entró en rivalidad con Natera, quien cuestionaba sus actuaciones. Estas se centraban en actos criminales que le valían el repudio de la población. Refiere el testigo que lo conoció que acaso Domínguez quedó posesionado por un furor endemoniado irresistible a consecuencia de las persecuciones a que se vio sometido por la tropa extranjera.¹⁰ En efecto, el alzado se hizo célebre por la facilidad con que asestaba una puñalada por cualquier motivo. A partir de estos hechos, una moradora de Cañada de Agua, sección donde se extendían las acciones de la gavilla de Domínguez, caracteriza la actitud de muchos alzados como una sucesión de tropelías terribles: asaltaban, ahorcaban, cortaban orejas, violaban mujeres, «de todo», en fin. En una ocasión Domínguez intentó secuestrar a la hermana de uno de los entrevistados, a lo que se opuso el padre de esta, quien fue por ello asesinado en Mata de Palma. Después de presentarse, en fecha indeterminada, Domínguez volvió a residir con una de sus dos esposas en El Cerrito, donde llevó una vida de trabajo sin incurrir en robos o cualesquiera otros delitos.

BANDAS EN HATO MAYOR

A pesar de la fuerza de las cuadrillas en los alrededores de Hato Mayor, el clima de violencia en esa zona se hizo tan intenso que también favoreció la proliferación de bandas delictivas, aunque se tienen menos datos acerca de ellas que en El Seibo, tal vez a causa de deficiencia de información o de una fisonomía menos agresiva y más reducida.

¹⁰ Entrevista con Hipólito Santana.

De todas maneras, varios de los entrevistados informan de manera genérica la presencia de agrupaciones de delincuentes, claramente deslindadas de las tropas de Mayito Reyes o los hermanos Batía. Eran pequeñas, al grado de que nunca llegaban a quince integrantes. Como era usual, se diferenciaban sobre todo de los guerrilleros por «luchar mujeres». En el paraje Los Ranchos, pese a ser frecuentado por Martín Peguero, operaba la dirigida por un tal Carmelo, calificado por el entrevistado que lo conoció como «una furia» y violador inveterado de mujeres.¹¹ Al igual que otros bandidos, alardeaba de ser inmune a las balas y los machetazos gracias a «un trabajo». Cansado de sus tropelías, José Vásquez, jefe de un destacamento guerrillero en Mata Palacio, lo capturó y lo condenó a muerte. Carmelo entregó el resguardo que lo había protegido a su primo Regino Ortiz, a quien Vásquez encomendó la misión de ejecutarlo. De acuerdo a Domingo Romero, la muerte de Carmelo puso fin al bandidaje en la localidad.

Isla Abierta, año XVIII, núm. 768,
6 de febrero de 2000.

¹¹ Entrevista con Domingo Romero.

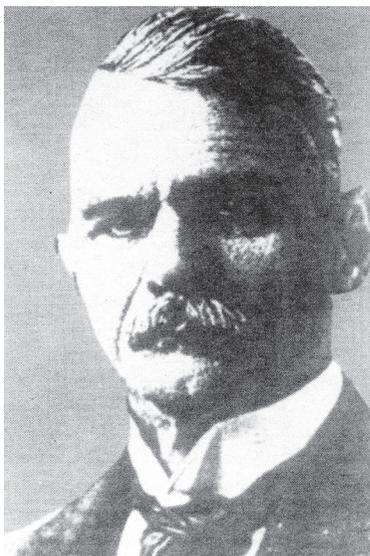
J. E. KUNHARDT: UN PRECURSOR DEL OBRERISMO DOMINICANO

Aún están pendientes contribuciones para la reconstrucción de múltiples aspectos, poco o nada conocidos, de la trayectoria del movimiento obrero dominicano. Pese a la proporción minoritaria, durante largo tiempo, de la población trabajadora proletarizada en la estructura sociodemográfica de la República Dominicana, el movimiento obrero ha tenido incidencias no siempre debidamente apreciadas en episodios de la historia dominicana del pasado siglo xx.

Una evidencia la brinda el doctor Bolívar Kunhardt en su libro *José Eugenio Kunhardt: la audacia al servicio de la patria* (Santo Domingo, 1999). El estudio es producto de una investigación acerca de la vida y obra de su abuelo José Eugenio Kunhardt, uno de los activistas más connotados del incipiente movimiento obrero dominicano a partir de 1915. Su actividad tuvo por principal motivación contribuir a la reivindicación de los trabajadores, punto de partida que se trasladó al plano integral del nacionalismo, lo que le permitió incidencia en la lucha contra la intervención militar de los Estados Unidos en 1916. A lo largo de sus páginas, el libro muestra la conexión entre la organización obrera y la lucha nacional contra el imperialismo,

ofreciendo evidencia nueva acerca de que, durante los primeros años de la ocupación, la única protesta nacional significativa provino de las débiles organizaciones de trabajadores.

José Eugenio Kunhardt tuvo el papel protagónico en esta movilización social y nacional y tuvo la visión de proponerse el establecimiento de vínculos con las organizaciones obreras de otros países, en primer lugar con el fin de que se solidarizaran con la causa de los dominicanos.



José Eugenio Kunhardt.

El doctor Kunhardt rastrea los orígenes personales y la evolución política de su abuelo, ofreciendo una información que permite caracterizar constantes del obrerismo dominicano en la segunda y tercera décadas del siglo xx.

Ante todo, cabe resaltar que José Eugenio Kunhardt no era un obrero, sino que se ubicaba en una posición de clase media acomodada, por lo que su involucramiento en la lucha social fue fruto de aspiración humanista y nacional. Se puede colegir de la evolución biográfica puesta de relieve en la investigación, que para él la reivindicación de la población trabajadora constituía la clave para la construcción de una comunidad digna y realizada de iguales.

Kunhardt nació en Puerto Plata en 1865, hijo de una dominicana y de un comerciante alemán que pronto abandonó el país. A pesar de la ausencia del padre, logró cierto nivel educativo, gracias a la protección de familiares maternos, y pudo incursionar en actividades agrícolas y comerciales a pequeña escala. Paralelamente, estaba animado desde muy joven por propósitos democráticos y sociales. Es interesante la información que

arroja la investigación de que tuvo la oportunidad de nutrirse de las enseñanzas de Eugenio María de Hostos y de Fernando Arturo de Meriño, brindándole este último protección en un internado de la Iglesia.

Este nivel educativo le permitió formar parte de la generación de jóvenes que se benefició del momento de arranque de la educación moderna en el país, durante la primera mitad de la década de 1880. Al retornar a Puerto Plata se integró al círculo de jóvenes opuestos a la dictadura de Ulises Heureaux. Participó, en tal virtud, en la insurrección dirigida por Casimiro de Moya, víctima de fraude electoral, y se salvó del fusilamiento por intervención de personas influyentes. Siguió conspirando contra la dictadura y dos años después de la insurrección fue apresado. Una vez en libertad, se vio obligado a marchar al exilio. En 1891 retornó a la nativa Puerto Plata, aprovechando una amnistía otorgada por el dictador a los exilados, con la condición de que cesara toda actividad política. Se dedicó a las actividades productivas, pero al mismo tiempo mantenía relaciones con instituciones culturales y actividades comunitarias. Se le encuentra en la Junta de Beneficencia Administrativa del Hospital Las Mercedes. Con esto se sumaba a las iniciativas de otras personas, por cuanto las instituciones benéficas sirvieron como marco de una de las primeras líneas de desarrollo del movimiento obrero dominicano.

Se le verá dar un paso hacia adelante cuando a inicios de 1916 aceleró la fundación de la Hermandad Comunal Nacionalista, organización obrera que, como indica su denominación, pasaba a tener un propósito político. Kunhardt tenía ya varios meses en San Pedro de Macorís, entonces el núcleo del avance del sector azucarero, principal actividad económica del país, por lo que albergaba una población obrera numerosa. En la ciudad proliferaban preocupaciones tendentes a la organización obrera, por lo que su traslado a ella se inscribía dentro de una corriente social. Ahora bien, casi todas las organizaciones obreras que se fundaban en esos años no pasaban de un nivel elemental

de gremios aislados cuyo objetivo radicaba en proporcionar ayuda a sus asociados, generalmente identificados a un oficio dentro de un perímetro urbano. Aunque algunos intelectuales comenzaban a mostrar interés por la cuestión obrera, no se vinculaban normalmente a los gremios.

Kunhardt fue uno de esos intelectuales y tuvo el mérito de fundar una organización que, hasta donde se sabe, solo tuvo un precedente fugaz en 1900. En efecto, la Hermandad Comunal Nacionalista, desde el inicio, trascendía cualquier restricción gremial y se proponía intervenir en los asuntos del país. El otrora joven demócrata radical de 1886 se proyectaba como pionero de la defensa política de los explotados por el capitalismo.

La investigación del doctor Kunhardt pone de relieve aspectos muy interesantes de la acción de su abuelo. Desde los meses iniciales de existencia de la Hermandad Comunal Nacionalista se propuso interpretar el reclamo principal de los trabajadores dominicanos vinculados al sector azucarero. El mismo se relacionaba con la importación de braceros provenientes de las Antillas Menores, ya conocidos con el mote peyorativo de cocolos. Las compañías azucareras acudían a la importación de braceros con el fin de bajar los costos. Debido a la propensión de los cocolos a aceptar salarios menores, eran preferidos por las empresas, lo que dio lugar a una corriente de protesta de los trabajadores dominicanos, quienes se sentían discriminados y perjudicados. Esta confrontación cobró tintes agudos en la zafra de 1915-1916, por cuanto había sobrevenido un proceso expansivo de inversiones provocado por el alza de precios que siguió al estallido de la Primera Guerra Mundial. Se escenificaron motines, marchas e incendios de campos de caña. Aparecieron volantes, artículos de prensa y hasta amenazas de una organización clandestina, la Mano Negra. Kunhardt se propuso denunciar a las compañías azucareras, como hizo en el volante *Alerta, obrero!*, a nombre de la Hermandad Comunal Nacionalista:

Las fincas de caña reunidas han pedido al Gobierno en estos días permiso para traer cinco mil cocos a trabajar en sus campos; ellos necesitan trabajadores que produzcan labor barata; necesitan ganar muchos pesos, muchos millones de pesos, y quieren cocos, colies o indios; detestan al bracero dominicano porque estos quieren que se le diga cuánto vale su jornal antes de empezar a trabajar o que se les pague por ajuste de tarea o tonelada de caña; quieren contrata y no se conforman con la arbitraria voluntad de su capataz.

La recusación que los líderes obreros hacían a la importación de braceros estaba parcialmente motivada por consideraciones de tipo étnico. Kunhardt incorporó este criterio, al igual que lo hicieron otros dirigentes como Valentín Tejada y Julián Martínez, con lo que establecían una contraposición de intereses entre obreros dominicanos y extranjeros que provenía de fundamentos culturales que podían implicar supuestos raciales. Es lo que expresó Kunhardt en el discurso que pronunció en el Congreso Obrero Panamericano, efectuado en Nueva York el 7 de julio de 1919:

El obrero haitiano es inferior al obrero dominicano desde todos los puntos de vista que se le estudie. Es menos civilizado, inferior etnológicamente y por lo mismo sus necesidades de vida requieren menos dinero para llenarlas cumplidamente. Y como esas necesidades son pocas, puede, desde luego, trabajar a base de un salario mínimo de 50 a 60 centavos diarios por ocho o diez horas de trabajo.

Se ha supuesto, en algunos textos, que el móvil de los líderes obreros era racial o incluso racista, conclusión que el doctor Kunhardt comenta de manera acertada, poniendo en claro, a propósito de las concepciones de este líder, el verdadero plano de contraposición que enfrentaba a trabajadores y empresarios.

Es cierto que él hizo comentarios de carácter racista, al igual que otros dominicanos de su época, respecto a los braceros extranjeros, pero el racismo nunca fue el eje de su lucha en este tema [...]. Su planteamiento era netamente gremial: la importación de braceros constituía una competencia desleal para el obrero dominicano, contribuía a bajar los salarios en la industria azucarera y debilitaba la fuerza de la organización obrera.

Desde la Hermandad Comunal Nacionalista, Kunhardt se propuso contribuir a la gestación de una entidad obrera de carácter nacional. Se mostró sensible ante el conjunto de iniciativas que llevaron a la fundación de la Confederación Dominicana del Trabajo (CDT), a mediados de 1920. Los documentos de la Hermandad de 1919 y 1920 estaban calzados con el nombre complementario de Confederación Dominicana del Trabajo. Aunque finalmente Kunhardt no se encontró entre los directivos de la CDT, fue un precursor de esa organización y, sobre todo, visualizó que su justificación histórica debería estribar, en esas condiciones particulares, en contribuir a la salida del ocupante extranjero. Para tal fin, consideró necesario el establecimiento de vínculos con organizaciones obreras de otros países a fin de que se desatase una campaña internacional contra el gobierno de los Estados Unidos. Este objetivo lo llevó a privilegiar la relación con la American Federation of Labor (AFL), con cuyo líder, Samuel Gompers, Kunhardt entabló vínculos directos. La AFL era la entidad obrera más grande de los Estados Unidos, lo que le permitía cierta incidencia en asuntos políticos. Aunque esta organización estaba solidarizada con los aspectos esenciales del sistema existente en Estados Unidos, Kunhardt logró que cuestionase la intervención en República Dominicana. Puede colegirse que Gompers aceptó esta petición como medio para lograr influencia sobre organizaciones obreras de América Latina, objetivo de cierta importancia, al grado de que auspició la creación de la

Confederación Panamericana de Trabajadores, a la cual se incorporaron Kunhardt y otros activistas del movimiento obrero dominicano.

A raíz de uno de los congresos de la Confederación Panamericana, se logró que la AFL resolviera enviar una comisión investigadora de lo que sucedía en República Dominicana. En el mismo sentido, siempre por petición de Kunhardt, se logró que Gompers remitiera una carta al presidente estadounidense Woodrow Wilson, fechada el 29 de noviembre de 1919. En ese documento, reproducido en las páginas 103 a 110 de la obra, el jefe de la AFL retoma los argumentos que le transmitió el líder obrero dominicano. Días después el secretario de Estado, Robert Lansing, le escribió a Gompers tomando nota de las denuncias contra la ocupación militar en República Dominicana, con lo que implícitamente anunciaba correctivos, por temor a los efectos previsibles que tendría la perpetuación de la ocupación en las relaciones con los países latinoamericanos. El doctor Kunhardt acota que el primer hito del giro de la política norteamericana en el país estuvo originado por la carta de Gompers y el informe de los comisionados de la AFL llegados a Santo Domingo a fines de enero de 1920.

Al poco tiempo fue abolida la censura, se inició un movimiento nacionalista impetuoso y el gobierno estadounidense tuvo que admitir que la ocupación militar debía concluir. Los procesos diplomáticos y políticos involucrados son rescatados en la obra, a fin de significar la contribución de Kunhardt en esta cruzada patriótica.

Isla Abierta, año XVIII, núm. 779,
9 de julio de 2000.



PERSECUCIÓN Y MUERTE DE OLIVORIO MATEO

I

Como es conocido, desde los primeros años del siglo se fue conformando un movimiento de carácter religioso en la zona de San Juan de la Maguana, entonces provincia de Azua. Uno de los ángulos desde los cuales puede interpretarse es como fenómeno colateral al caudillismo, como se ha dado en llamar al fraccionamiento del poder en escalas locales y regionales. La figura central de esta corriente de religiosidad, popular y sincrética, Olivorio Mateo, no solo aspiraba a ganarse las almas, sino no menos a detentar –no siempre de manera explícita– componentes de la autoridad comúnmente admitidos como de incumbencia de aparatos estatales. El sentido social subyacente en el culto, como Lusitania Martínez lo ha puesto de relieve en su libro *Palma Sola*, se apoyaba en la ausencia de distinción entre lo sagrado y lo profano para legitimar, como cuestión divina, la reivindicación de autonomía ante los poderes externos.

En tal sentido, fue el movimiento religioso un equivalente del caudillismo, pero cabe observar que representaba con especial intensidad un fenómeno sociocultural integral: era

ROBERTO CASSÁ



Olivorio Mateo (*Liborio*).

la forma en que el campesinado podía sentirse liberado de las compulsiones sociales de la ciudad en ascenso, así como de la pretensión excluyente de sus bases culturales, particularmente en la decisiva dimensión religiosa.

Esto era producto, en primer término, de un estado de conformación cultural, dimanado de circunstancias sociales distintas a las del entorno dominante urbano. Los campesinos no compartían muchos de los aspectos de la cultura urbana. Y, en la medida en que quisieron ser inculcados con patrones «civilizados», como parte del proceso de modernización que entonces ya cobraba cuerpo, en ellos se produjo una reacción que expresaba resistencia deliberada a tal propósito. Sin que supusiera una actitud racionalizada en términos similares a los que se producen en la cultura urbana actual, estaban de manera consciente expresando apego a su forma de vida y defendiendo el derecho a que se les permitiera el ejercicio de elementos consustanciales con ella.

Todo ello acontecía en el contexto de un sistema estatal en extremo débil, incapacitado para cumplir su cometido de agente de modernización. Esa circunstancia confirió mayores espacios de acción a la protesta campesina, aunque quizás también la despojó de dosis de virulencia potencial. El caudillismo, o la eclosión de espacios autónomos de autoridad, contrariamente a la visión convencional, habría tenido, por ende, la capacidad de integrar hasta cierto punto la búsqueda defensiva de autonomía del campesinado.

Pero, como lo ha mostrado Raymundo González en su ponencia en el V Congreso Dominicano de Historia, el forcejeo campesino contra la modernización arranca del período colonial, en previsión de los proyectos de corte esclavista. Con posterioridad, se mantuvo latente la oposición de intereses entre campo y ciudad, lográndose un equilibrio relativamente conveniente para la masa mayoritaria campesina, en cuanto se reproducía un espacio de autonomía, gracias al doble antecedente de una esclavitud atenuada y a los avatares políticos de la primera

mitad del siglo XIX. Aun así, en cada escalada de modernización se producían diversos procedimientos «no convencionales» de oposición campesina, resaltados por Pedro San Miguel respecto a la intervención militar de Estados Unidos, también en su ponencia en el V Congreso Dominicano de Historia. Cuando no fue posible mantener el equilibrio en cuestión se produjeron fenómenos como el culto sincrético o la guerrilla campesina a lo largo de la geografía nacional, cuestión esta última probada por María Filomena González. Ahora bien, incluso en la región suroeste el culto y el gavillerismo coexistieron como fenómenos distintos,¹ aunque no comunicados.²

Cuando se analiza el fenómeno del liborismo en tanto que variante del caudillismo, cabe hacer la precisión de que se asume una perspectiva relativa a los mecanismos del poder. Esto no contradice la consideración del fenómeno en su

¹ Diversas bandas de «gavilleros» existían en la zona suroeste en los mismos años en que Liborio era perseguido. Por ejemplo, una cuadrilla operaba cerca de la frontera haitiana, dirigida por Pantaleón. *Cfr.* Logan Feland, general comandante de la segunda brigada de la Infantería de Marina, al gobernador militar de Santo Domingo, 13 de octubre de 1920. National Archives and Record Administration (NARA), Washington, Record Group (RG) 38, E6, Box 23. En un documento se menciona, asimismo, entre otros, a un «grupo de delincuentes, bajo la dirección de un tal Andrés Cuevas, quienes tomaron el camino de la guerra hacia junio (de 1918) en la Sierra de Neyba».

² Uno de los elementos más interesantes y todavía poco trabajados de la movilización armada contra los ocupantes consistió en la colaboración entre partidas, incluso de distintas regiones. En el informe de James McLean, correspondiente a las labores de la Guardia Nacional Dominicana en la región sur durante 1918 se ofrece la siguiente panorámica de los insurgentes: «Durante la primera semana de julio de 1918 un grupo de alrededor de treinta forajidos del Cibao llegaron a través de las montañas hasta la provincia de El Seibo, y allí se unieron a los bandidos dirigidos por Natera. Los grupos mixtos fueron capaces de incorporar, entre la canalla, reclutas voluntarios de los desempleados de las factorías azucareras y de los que habían sido sacados de sus tierras, donde habían vivido durante años, a causa de la expansión de las factorías azucareras. Por la misma época, alrededor de veinte hombres pertenecientes a los grupos que habían operado en la provincia de Santo Domingo se dirigieron a la de El Seibo, donde se unieron a las bandas allí existentes. Estimulados por la propaganda alemana y los reclutamientos forzosos de moradores de las secciones, los forajidos alcanzaron el número de 600 en la provincia de El Seibo en el mes de septiembre de 1918». James McLean, jefe del Departamento Sur de la Guardia Nacional Dominicana, al comandante, Santo Domingo, 6 de agosto de 1919. NARA, RG 38, E6, Box 40.

especificidad religiosa, por cuanto no se parte de una determinación unívoca. En todo caso, los contenidos social y religioso pueden integrarse en la noción de mesianismo, por cuanto la religiosidad queda sesgada por el alcance de un ideal terreno, perspectiva que hace tan productivo el análisis de Lusitania.

Por lo anterior, en el presente escrito no se pretende efectuar un examen integral del movimiento liborista, sino que se dedica a mostrar aspectos poco conocidos acerca de su *modus operandi*. Y, desde ese prisma, el eje se construye en torno a los efectos de la persecución de los factores centrales del poder político, la formación de una cultura de la resistencia y el inaplazado debate respecto a instancias de poder en el medio rural.

Se argumenta a partir del supuesto de que, en sus componentes originarios, el liborismo consustancialmente rechazaba imposiciones culturales externas, propendía a ganar espacios locales de poder en base a la autoridad mística y, paralelamente, no renunciaba a la coexistencia con los factores internos de poder. Ahora bien, en la medida en que el culto planteaba autonomismos inaceptables y dicho componente se afianzaba con una autoridad de extraordinaria capacidad de convocatoria, la definición de un proyecto de Estado moderno por parte del Gobierno Militar de Estados Unidos requería el exterminio del movimiento. De ahí que Liborio fuera tenazmente perseguido hasta el aniquilamiento de él y de la mayor parte de sus seguidores más activos. Por último, se intenta únicamente introducir el problema de la ambigüedad de la reivindicación de poderes, sobre todo a partir del momento en que el Estado moderno ha logrado imponer su preeminencia indiscutible en el terreno político: el liborismo, en su colofón, marginado a religiosidad popular, queda como medio de manipulación de políticos locales. De hecho, la disposición al compromiso con los poderes centrales estaba ya presente en el propio Liborio, aunque manteniendo posturas sagradas que resultaron intolerables para la Infantería de Marina de los Estados Unidos.

II

Olivorio Mateo emergió a la escena del suroeste dominicano precisamente en el momento en que se habían debilitado los tentáculos del poder central a consecuencia de la disolución del proyecto oligárquico-autoritario capitaneado por Ulises Heureaux. De hecho, algunos de los efímeros gobiernos de los años iniciales del siglo XX visualizaban en el personaje a un forajido, pero no dispusieron de la fuerza para eliminarlo. Sin demasiadas interferencias, pudo desplegarse, tal cual reguero de pólvora, la nueva doctrina religiosa, sustentada en la condición divina del propio profeta, quien según una versión discutible a la larga recibiría el calificativo de Dios. Ahora bien, no se tiene aquí que abundar en que había circunstancias locales que estimulaban la propagación veloz del culto. De la misma manera, en los orígenes del movimiento Liborio no parece haber gozado de preeminencia exclusiva en aspectos prácticos.³ Es el mito de la imaginación popular que lo consagró definitivamente, quizás en no escasa medida como reacción a la hostilidad a que fue sometido. En tal sentido, la consolidación de la figura corre pareja con la expansión del culto.

El profeta y sus seguidores sortearon con relativa facilidad los intentos agresivos de los gobiernos dominicanos e, incluso, establecieron pactos con algunos de ellos, que les permitían el ejercicio del culto. Hasta es posible que él hiciera una visita al santuario de Higüey que dejó vastas expectativas en la región oriental.⁴ Estos antecedentes

³ En su informe citado, correspondiente a las actividades de la GND en la región sur, McLean precisa: «En la provincia de Azua, hay otra banda, nominalmente bajo el mando de “Olivero” [sic] Mateo, alias “Papá Livorio”, un fanático religioso, pero que está en realidad bajo el liderazgo de Nicolás Cuevas, alias “Colén”, la que contiene alrededor de treinta integrantes, que se esconden en las colinas próximas a la frontera haitiana».

⁴ «El Santo Liborio llegó a Higüey, según se dijo, en enero de 1914, procedente de San Juan de la Maguana. Se dio a conocer como curandero y enviado de Dios. Le acompañaba una mujer que decía ser la Virgen; recorrieron algunos campos y llegaron hasta el puerto de Juanillo, en la costa, afirmando que secarían un

a la persecución furiosa que caracterizó a los ocupantes norteamericanos no se tratan en detalle en este escrito. No obstante, cabe llamar la atención acerca de la búsqueda de compromisos inestables por Liborio e, incluso, su acercamiento a políticos tradicionales de la región, argumento que manejarían los marines.

Desde 1916 la situación varió y los integrantes de la secta confrontaron una situación marcadamente difícil cuando tuvieron que oponerse al designio civilizador de los ocupantes norteamericanos. Y, con medios de operación y objetivos muy distintos a los empleados por los «gavilleros» de la región oriental, los liboristas protagonizaron la hazaña de resistir, durante alrededor de seis años, las acometidas de la Infantería de Marina de Estados Unidos y sus auxiliares locales de la Constabulary (Guardia Nacional Dominicana). La dictadura militar extranjera, por fin actuando como efectivo Estado capitalista, ejerció un influjo centralizador del cual habían carecido los gobiernos dominicanos, agudizando el antagonismo, más bien soterrado aunque sempiterno, entre el campesinado y el Estado. A cada onda civilizadora respondió el humano de campo con la afirmación de arraigo en su sistema de vida. De culto local, el liborismo se tornó fenómeno de todo el Suroeste, llegando a tener extensiones importantes incluso en la zona del Cibao.

Por esa fuerza popular que adquirió la religión popular, los intentos de las fuerzas del orden por eliminarla fracasaron reiteradamente. La persecución tuvo visos temibles, pero chocaba con la afirmación de una forma de vida, que se reconstituía,

pedazo de mar para sacar un tesoro. Hicieron prédicas y fueron seguidos por numerosos campesinos y campesinas [...]. A Miguel Pérez lo hizo San Manuel de Jesús, y a Aniceto Donastor, el de Cabeza que resucitaría los muertos y que solo esperaba un aparato para ello. La autoridad tomó parte en el asunto y el Santo Liborio con su séquito de «entusiasmados» fue conducido a la Jefatura Comunal [...], afirmando el santo que era un enviado de Jesucristo y que era la verdad, la resurrección y la vida». Vetilio Alfau Durán, «Para una historia de Higüey», *Isla Abierta*, núm. 626, 14 de agosto de 1993.

en sitios recónditos, por parte de los creyentes, diligentemente apoyados por los moradores de los campos:

Yo no creo que se esté sufriendo en la común de San Juan a causa de Livorio (sic) como un santo. De la mitad del territorio de la República llega gente hasta él en búsqueda de curación. Debido a la veneración que se le profesa en esta provincia, está fuera de posibilidades obtener información precisa acerca suya.⁵

Es crucial para comprender la naturaleza del movimiento captar que Olivorio Mateo simplemente demandaba que se le permitiese ejercer su apostolado prohibido. Al practicarlo, instituyó un sistema de vida social comunal, el cual, por lo visto, incluía una moral. Para los civilizadores se trataba de una manifestación crasa de salvajismo, por lo que, a juicio de uno de ellos, un campamento desmantelado de los liboristas no podría «ni siquiera ser comparado a una pocilga».⁶

Ahora bien, en principio no fue el ejercicio de ciertos estilos de vida lo que condujo a la proscripción del culto campesino. Es probable que el tema de fondo estribase en el cuestionamiento estatal a la pretensión de inmiscuirse en competencias de la autoridad, lo que se manifestó en la negativa del profeta para entregar delincuentes comunes. El punto, aunque no esencial, revela un aspecto crucial de la pretensión del personaje a la interrelación de su poder místico y las relaciones terrenales de autoridad. Por lo visto, todo aquel que se acogía a la gracia del culto y de la persona de la divinidad terrenal, quedaba excluido de cualesquiera otras esferas de autoridad. Con esa negativa a la entrega de criminales, reales o supuestos, Liborio hacía valer

⁵ W. Hoenes, comandante de la Novena Compañía, al director del Departamento Sur de la GND, San Juan, 25 de diciembre de 1920, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, Ministerio de Interior y Policía, leg. 398. En lo adelante, AGN, MIP.

⁶ G. H. Morse, capitán de la Novena Compañía de la Policía Nacional Dominicana, al coronel comandante, San Juan, 23 de mayo de 1922. NARA, RG 38, E6, Box 49.

su condición divina por cuanto la certeza de la fe trascendía a las intenciones de los propios protegidos.

A diferencia de los movimientos de resistencia armada que se presentaron durante la intervención militar norteamericana, la secta liborista en realidad carecía de vocación bélica. Su concepto de poder difería sustancialmente del que encarnaban los jefes de las bandas gavilleras del Este. Liborio fue obligado a refugiarse en los bosques, algo que no le interesaba, y en todo momento se atuvo a una táctica defensiva:

La banda se mantiene continuamente en movimiento, tomando gran precaución para protegerse. Nunca muestran hostilidad e, invariablemente, se niegan a combatir como banda, incluso cuando son atacados [...] Oliverio (sic) se podría rendir, si se le asegurara que él y sus seguidores no serían procesados y se les dejara libres. Sería tal vez bueno que se rindiera, pero algunos de sus seguidores están acusados de crímenes, por los cuales son buscados por las cortes civiles. A ellos no se les podría ofrecer inmunidad.⁷

La táctica defensiva no debía sustentarse en conveniencias bélicas, sino en la ausencia de consideraciones al respecto. De hecho, como se enuncia en la cita anterior, por períodos los liboristas se negaban a combatir, ya que tenían una vocación pacífica. El terreno del culto no se hallaba en la rebelión armada, sino en el ejercicio de la fe en la vida cotidiana. En la cita previa precisamente se aquilata la disposición del profeta a la rendición, apreciación básicamente aceptable. Pero, al quedar implicadas garantías de su libertad y de continuación de su prédica, con las interferencias supuestas sobre las relaciones de autoridad, no prevalecieron los marines más o menos partidarios de tal solución.

⁷ James McLean, director del Departamento Sur, al comandante de la GND, Santo Domingo, ca. diciembre de 1918. AGN, MIP, leg. 376.



Cuadro de Liborio localizado en un altar de la provincia San Juan de la Maguana.

La condición de fugitivo perenne a que se le sometió lo llevó a una cultura del refugio con sus seguidores muy allegados. Al mismo tiempo, y a pesar de la tenaz persecución, se buscaba, como cuestión innata a la resistencia del culto, la relación con contingentes numerosos de personas de fuera, atraídas por los aspectos místicos y curativos. Las descripciones elaboradas por oficiales de la Infantería de Marina insisten en la ubicación de los campamentos en sitios prácticamente inaccesibles. Conviene citar la descripción del capitán Morse de uno de esos emplazamientos, al norte de la aldea de La Maguana: «Su campo [...] situado en la orilla derecha del Arroyo [Fresco] [...]

construido entre rocas a un lado de una empinada colina donde era necesario agarrarse de las malezas para ir de un nivel al otro. Las chozas estaban hechas de hojas de palma, en forma de tiendas de campaña, a orilla de los riscos».

Además del terreno abrupto y la lejanía, estaban protegidos por un sistema de espionaje que prevenía un asalto de tropas. Quizás ante lo infructuoso de las expediciones de aniquilamiento, los cantones de los liboristas lograban conformarse de forma estable, llevándose en ellos actividades bastante normales de producción agrícola y visitas continuas de fieles que traían donativos. Desde los campamentos se irradiaba un magnetismo que confería sostén al conglomerado fugitivo. Los reportes de los oficiales de la Infantería de Marina dan cuenta del hallazgo de correspondencia con fieles de otros lugares. De la misma manera, entre los apresados y muertos en los asaltos a los campamentos se hallaban personas de diversos puntos del país. En consecuencia, participaban por igual en el sistema de vida los visitantes ocasionales. Ante esta capacidad de atracción de un flujo amplio de gente, no deja de sorprender la inhabilidad de años de parte de los marines para destruir la secta.



Entre los liboristas, según la impresión de los civilizados y lo que supuestamente recogen correspondencias halladas (las cuales, por desgracia, no están anexas en los fondos de National Archives), se habría engendrado la «más baja y sucia categoría de los seres humanos, donde el libertinaje y la prostitución son el único medio de vida». En verdad, la relación con los visitantes se llevaba a cabo sobre la base de entrega de alimentos, ron y tabaco, a cambio de las capacidades curativas del profeta. Siempre que se despacharon tropas hacia las zonas de hábitat de los fugitivos, se capturaban reconocidos simpatizantes o personas que habían estado en el campamento para recibir

atención curativa. Al parecer, los fieles no temían demasiado las represalias de las autoridades, señal del fervor en el culto; se esmeraban en llevar medallas con insignias alusivas y salían de los campamentos portando botellas de agua bendecidas por Liborio en persona.

La vida comunal de este género es, desde la perspectiva urbana, símbolo de lo primitivo, a lo que se agrega el componente, todavía difícil de comprender, de la moral sexual del conglomerado. Las fórmulas de relaciones matrimoniales y familiares de los liboristas causaban tanta extrañeza a los marines que, en ocasiones, estos juzgaron que el propósito central de la secta era el ejercicio del amor libre. Esta interpretación muestra la enorme incomprensión de la naturaleza del movimiento. Liborio no habría sido un místico, sino, más bien, un sátiro dedicado a actos depravados. Sin dudas, el profeta propugnó formas laxas de relaciones de pareja, teniendo él mismo varias mujeres; está fuera de dudas la alta cantidad de mujeres entre los seguidores, indicio de modalidades particulares de relaciones amorosas. Pero para los protagonistas estas no debieron parecer tan extrañas y menos degeneradas. Al igual que la vida aldeana sistematizaba un ideal de vida autónoma, la moral seguramente codificaba prácticas existentes, aunque en planos inéditos, de las formas familiares y de relaciones de género entre los campesinos.

III

Desde el mismo momento en que se estableció el régimen de ocupación militar, a fines de noviembre de 1916, la secta liborista entró en conflicto con la situación creada. A causa de urgencias en otros lugares del país, la provincia de Azua no fue invadida por tropas norteamericanas durante varios meses. El Gobierno Militar tuvo que acceder a que permaneciesen en sus posiciones las pequeñas guarniciones de la Guardia Republicana. Ahora bien, como se trataba de cuerpos carentes

de un mando centralizado, vinieron a ser inhábiles para detener la expansión de la secta, secuela temprana, entre otras, de la ocupación militar extranjera.

La secta estableció su centro libremente en un lugar denominado La Isleta, situado cerca del río Yaque del Sur, donde termina la llanura del valle de San Juan. Aunque no mostraban interés agresivo, los liboristas estaban ahí prestos a defenderse por las armas. Nada estorbaba las visitas de numerosas personas.

Cuando la Guardia Republicana intentó contener la expansión del liborismo, se produjo una suerte de insurrección en los campos adyacentes a San Juan, a mediados de marzo de 1917. Este era el momento en que la tropa de «gavilleros» de Vicente Evangelista comenzaba a tornarse en un serio peligro para la estabilidad de la región oriental. Por tal razón, se tuvo que confiar, con grandes aprensiones, la responsabilidad del orden a las viejas tropas nativas estacionadas en Azua, comandadas por un teniente. Así, se podría:

[...] dar seguridades a la gente de los alrededores de San Juan y atrapar a algunos de esta banda, la cual, de acuerdo a los informes, se refuerza y congrega nuevas personas cada día. Su líder es Labori (sic), un fanático religioso y curandero, quien seriamente se auto-considera un santo. La región montañosa que ha escogido para sus operaciones es muy favorable para su defensa [...] han llegado informes, de acuerdo a los cuales esta fuerza de Labori (sic) ha sido engrosada por el general Ramírez, siendo probablemente una concentración de seguidores del general Vidal. Tiene doscientos hombres atrincherados cerca de San Juan, en la misma posición en la cual los insurgentes derrotaron, en varias ocasiones, a las tropas del gobierno dominicano.⁸

Como esas tropas no pudieron hacer nada, con carácter de urgencia se armó una expedición mixta en que participaron

⁸ El jefe de Estado Mayor al gobernador militar, Santo Domingo, 2 de abril de 1917. NARA, RG 45, WA7, Box 758.

unidades de la Infantería de Marina y soldados de la disuelta Guardia Republicana bajo el mando de Buenaventura Cabral, quien, después, sería el primer jefe dominicano de la Policía Nacional Dominicana, ulterior denominación, desde 1921, de la Guardia Nacional Dominicana (GND). El 3 de abril llegaron a Azua 66 hombres de Santo Domingo y se dirigieron de inmediato a San Juan. Después de reconocer la ciudad, el día 6 se dirigieron a La Isleta, el lugar que había servido de campamento a los «fanáticos» hasta contados días antes. Al otro día, los marines pasaron por Las Corcidellas, camino de Las Cañitas, donde se encontraba la tropa del «Dios», dispuesta a resistir en un punto bien defendido. Ahí se trabó un encuentro en que, tras perecer varios liboristas y quedar heridos algunos estadounidenses, los primeros simplemente se internaron en lugares más abruptos y los segundos optaron por retornar a San Juan.⁹

Una vez desalojado de La Isleta, Olivorio Mateo se aprovechó de un momento de vacío de autoridad en la zona. Adoptó la táctica de encubrir el proselitismo religioso, lo que le permitió seguir operando en lugares bastante próximos a las zonas pobladas del valle de San Juan. En principio, centró su actividad en las montañas adyacentes de la porción occidental de la llanura. De nuevo se transmitieron directrices, el 31 de diciembre de 1917, tendentes a «la captura o la destrucción de la banda del Dios Olivorio». Como parte de las acciones que se emprendieron, a fines de febrero de 1918 un destacamento de la Novena Compañía de la GND, compuesto por diez soldados y algunos oficiales y suboficiales, sorprendió a la banda dirigida por Nicolás Cuevas (*Colén*), en Sabana Mula, cerca de Las Matas. El enfrentamiento duró unos 25 minutos, y en el mismo la banda quedó dispersa tras quedar muerto Colén. Al parecer su eliminación causó gran impacto en la secta, ya que fungía como su líder operativo en el aspecto bélico de las fuerzas fugitivas, al grado que los campesinos lo denominaban general:

⁹ Teniente coronel H. I. Bears al comandante de la Brigada, San Juan, 9 de abril de 1917. NARA, RG 45, WA7, Box 756.

Colén ha sido, en los siete años pasados, un líder al servicio de «Dios Olivorio». Tuvo considerable influencia entre la gente del campo, y sus motivos han sido mayormente políticos. Tomó parte en una porción considerable de los enfrentamientos con las tropas gubernamentales, desafiando la ley en todo momento.¹⁰

De acuerdo a los documentos de los marines, después de haber permanecido durante un tiempo en el lugar conocido como Bartolo, el conglomerado fugitivo se orientó entonces, en forma permanente, hacia emplazamientos remotos a lo largo del parteaguas de la Cordillera Central, desde Bánica hasta Constanza y Jarabacoa. Durante unos meses pudo eludir la persecución sobre la base de combinar la movilidad continua con las reservas que le deparaban sembradíos ocultos en diversos puntos:

Olivorio puede encontrarse en todas las montañas en momentos diferentes; de acuerdo a fuentes diversas, está aquí y acullá, y cuando se inspecciona una montaña donde se supone estar, se advierte que efectivamente estuvo en ella pero que se ha desplazado a otra. Olivorio tiene alrededor de cuarenta montañas en las cuales se oculta; en todas ellas dispone de refugios y en muchas de ellas «canocos» (sic) hechos bajo su dirección directa.¹¹

¹⁰ J. McLean, director del Departamento Sur, al comandante de la GND, Santo Domingo, 28 de febrero de 1918. AGN, MIP, leg. 363. En otro documento, se amplía la información acerca del mando de las fuerzas liboristas, atribuyéndosele a «los dos generales nombrados José Martínez y Colén». J. McLean al oficial comandante de la Novena Compañía, Santo Domingo, 10 de abril de 1918. De José Martínez se tenía también información bastante detallada, pues el capitán Morse respondió que se trataba de «un seguidor de Olivorio desde hace mucho tiempo, y todavía permanece con él; en realidad, no es un criminal, sino que, en diferente momento, ha participado en combates con el gobierno; vive en Jabonico, común de San Juan».

¹¹ W. Morse, comandante de la Compañía, al director del Departamento Sur de la GND, San Juan de la Maguana, 17 de abril de 1918. AGN, MIP, Ref. 056/252.

Después de haberse hecho ilocalizable, optó por establecerse, de manera continua, en un sitio denominado Monte Colorado, un puerto a unos 25 kilómetros al sur de Sabaneta y no demasiado lejano de Bánica y poblados minúsculos al norte de Las Matas de Farfán. La permanencia en un punto probablemente ofrecía la ventaja de que permitía la reanudación de las visitas de los fieles. Sin duda, se sentía protegido por lo deshabitado y remoto del lugar, bastante próximo, por lo demás, a la línea fronteriza. Ese campamento, donde permaneció aparentemente cerca de diez meses, consistía en tan solo dos bohíos separados y una amplia edificación de techo de un agua que llegaba al piso. Se hallaba entre bosques densos, a un lado de un arroyo. Se habrían encontrado ahí alrededor de cuarenta hombres armados, aparte de un número indeterminado de mujeres. Se constató que los alrededores estaban bien cultivados, aunque se tenía mucho cuidado en la forma de desbrozar, a fin de prevenir incendios y ser avistados desde lejos.¹²

Para llegar ahí y regresar, la expedición comandada por el teniente coronel George Thorpe, en enero de 1918, debió recorrer a pie cerca de 400 kilómetros en una semana. Agotados por la marcha y mareados por la altitud del emplazamiento, los marines no pudieron hacer nada ante la fuga de los liboristas la noche anterior a su llegada. Simplemente se dedicaron a detener pacíficos, a fin de detectar visitantes del campamento que eran identificados por un espía que había estado en él. Contrariamente a las expectativas de que los habitantes de lugares más próximos se sentían victimados por los liboristas, en un «Estimado de la Situación», anexo a su comunicación citada, el coronel Thorpe reconoció que eran abastecidos voluntariamente de alimentos por los «escasos nativos ignorantes» que poblaban pequeños valles próximos, no obstante la escasez provocada por la larga sequía que se había padecido en la zona.

¹² George C. Thorpe, teniente coronel, jefe de la expedición contra Dios Olivorio, al comandante de la Brigada, San Juan, 23 de enero de 1918. NARA, RG 45, WA7, Box 756, folder 13.

No fue casualidad que se confiara el mando al teniente coronel Thorpe, pues ya había acumulado experiencia en la lucha contra los «gavilleros» al haber dirigido el operativo contra Vicente Evangelista, incluyendo la estratagema que llevó a su rendición y asesinato.¹³ En esta expedición sobre Monte Colorado participaron las compañías 44 de la Infantería de Marina y la 9 de la GND, bajo las órdenes respectivas de los capitanes James y Hoenes, actuando como adjunto especial de Thorpe el capitán Thomas Watson. Estas tropas fueron seleccionadas con el objetivo de que la porción dominicana asegurara la comunicación con la población y el dominio del terreno y la parte estadounidense garantizara el volumen de fuego requerido.

Aunque no hay constancia documental, parece que en la ulterior persecución se decidió minimizar la presencia de soldados de la Infantería de Marina, dejando el operativo a cargo de tropas de la GND compuestas casi exclusivamente de dominicanos. Más aún, se confió la tarea a las guarniciones de la región, desechándose traer tropas más experimentadas, que se habían distinguido en la guerra antigavillera, precisamente como la célebre compañía 44 de jinetes, dedicada al crimen y, por ende, inspiradora de nuevos criminales, entre los cuales sobresaldría Trujillo.

La nueva táctica se confió a pequeños destacamentos que actuarían circunstancialmente, cuando las condiciones lo permitiesen, a fin de asestar golpes contundentes. En lo que eso se puso en práctica pasó cerca de un año en que Liborio siguió estableciendo los campamentos en la zona de Bánica. Forzado a abandonarla, se movió hacia el Este, situándose justo

¹³ Véase el expediente en NARA, RG 45, WA7, Box 756, fólder 12. Entre los documentos, consúltese, por ejemplo: Thorpe, comandante del Tercer Regimiento Provisional, al Comandante de la Brigada, Santo Domingo, 8 de julio de 1917; H. S. Knapp, gobernador militar de Santo Domingo, al secretario de la Marina, Santo Domingo, 14 de julio de 1917. Knapp desautorizó a Thorpe y lo amonestó por haber llegado a un acuerdo con Evangelista. No obstante, Thorpe fue apreciado positivamente por el secretario de Marina y se le dio la oportunidad de que sus argumentaciones quedaran en su expediente personal. Véase Josephus Daniels, secretario de Marina, a Thorpe, Washington, 1 de agosto de 1917.

al norte de San Juan, aunque tuvo una línea de movimiento que se extendía desde la montaña Sillón de la Viuda hasta más allá de las proximidades de Constanza y loma La Pelona (hoy pico Duarte). A pesar de las visitas frecuentes de forasteros, las autoridades tardaron un tiempo en identificar su localización. Por diversos motivos, fracasaron nueve veces los raids emprendidos por el comando de la Novena Compañía de la GND con asiento en San Juan. De todas maneras, en algunas de esas ocasiones, se infligían pérdidas a los alzados.

Después de las renovadas campañas de las autoridades militares, sucedió un período de cierta tranquilidad, en que, por lo visto, Olivorio Mateo decidió retraerse de sus prédicas más llamativas. Por tal razón, los informes de autoridades de ocupación, aunque lo incluyen entre los líderes de las bandas de bandidos, aclaran que se encontraba inactivo. Con el tiempo, además, hubo acercamientos por parte de intermediarios para lograr un pacto que incluyera su rendición. En especial se comisionó al capitán Robertson, de la Infantería de Marina, para que dirigiera cartas amistosas al profeta con el fin de confundirlo y calibrar su actitud. Esto partía de los resultados contraproducentes del intento de eliminarlo por la fuerza.¹⁴

IV

A mediados de mayo de 1922 comenzó el principio del fin de Liborio. La comandancia de la Policía Nacional Dominicana (denominación reciente de la GND) en San Juan recibió información fidedigna de su escondite. Un exguardia la arrancó de dos capturados que venían de visitar el campamento, a quienes garantizó la libertad. Había pasado un tiempo desde el último ataque, y, como ha sido típico en otros casos de rebeldes, al cesar el hostigamiento los liboristas se instalaron de manera

¹⁴ José C. Peguero, síndico municipal, al gobernador militar de República Dominicana, San Juan de la Maguana, 30 de noviembre de 1920. NARA, RG 38, E6, Box 23.

estable. El capitán Morse, de la Novena Compañía, formó una tropa de 20 reclutas de la PND, casi todos procedentes de puestos en la frontera, dos marines y los tenientes Luna, Young y Ross, para una acometida sorpresiva. Diversas estratagemas se montaron para burlar el espionaje campesino, entre ellas un supuesto viaje del capitán hacia la frontera.

Apostada la tropa frente al campamento, a las 5:30 de la madrugada del día 19 de mayo, inició el asalto, que desembocó en la masacre del mayor número posible de campesinos. Entre los veintidós muertos que se contaron de inmediato, se encontraban ocho mujeres y dos niños, supuestamente porque no les dio tiempo a levantarse de sus camas y protegerse del intenso tiroteo. Fueron identificados algunos prominentes seguidores del denostado Dios, como Benjamín García, «el líder verdadero y jefe de la banda de Olivorio», y otros naturales de sitios tan diversos como La Vega, Maguana, El Seibo, San Juan, Moca, Azua y dos de Jínova. Se hicieron cuatro prisioneros, dos de ellos mujeres. Por los rastros de sangre, el capitán Morse supuso que habría muchos heridos, algunos capturados en los días siguientes, como dos mujeres, una de Jínova (San Juan) y la otra de Ansonia (Azua). Se recolectaron diecinueve revólveres, once de ellos en excelentes condiciones, y dos rifles, muchas municiones y «un gran número de cuchillos y machetes». Esas armas fueron destruidas y las catorce chozas incendiadas.

Al retornar una pequeña tropa de San Juan, detectó en los alrededores a dos jefes escapados que se habían separado involuntariamente del resto, Rafael Perdomo y Lalín Romero; el primero resultó muerto al resistirse a la captura provisto de un revólver Colt 38. Romero, sobrino de Liborio, había sido durante cinco años alcalde de La Maguana, desde donde hacía las veces de intermediario obligado para todos aquellos que querían visitar a su tío.

Se concluyó que la «banda» debió quedar reducida a unos veinticinco hombres armados y entre treinticinco y cincuenta mujeres. Se supuso que Liborio habría quedado herido, puesto que se encontró sangre en su frazada de cuero de oveja. Lo

ROBERTO CASSÁ



Cadáver de Olivorio Mateo amarrado a una parihuela.

ayudaron a escapar sus hijos Lauterio y Cecilio. Al capturarse, antes del tiroteo, a uno de los seguidores, se supo que Liborio dormía en la penúltima choza de arriba, hacia la cual se concentró el fuego del capitán Morse, el teniente Young y dos policías que los acompañaban. A pesar de la información de un apresado ulterior en el sentido de que Liborio no había sido herido, Morse no le daba crédito, basado en que «las personas de esta parte del país no admitirían que Olivorio ha sido muerto o herido bajo ninguna circunstancia».

Al margen del estado de salud del profeta, se consideró que había llegado el momento de desplegar todos los esfuerzos para liquidarlo, habida cuenta de la disgregación de una parte de sus seguidores. Se evaluó que, en la jefatura, permanecían, además de sus dos hijos, José Popa, Olivorio Prieto y una persona que solo se conocía por el apodo de Máquina, proveniente de los alrededores de la ciudad de Santo Domingo. Se identificó a varias mujeres, algunas naturales de La Maguana y otras de Jínova. Siete u ocho hombres que no se encontraban en el campamento en el momento del asalto se habrían vuelto a unir a su jefe, tres de los cuales fueron identificados como habitantes de Sabana Mula, uno de Maguana y otro de Jínova.

A tono con la directriz adoptada, se despacharon diversos destacamentos de la PND, distinguiéndose en su conducción efectiva el teniente Luna. Este, con una tropa de doce soldados dominicanos bajo el mando directo del capitán Gregon Williams, logró dar con los sobrevivientes el día 27 de julio de 1922 a las 7 de la mañana. Los liboristas se encontraban, como siempre, en un sitio sumamente accidentado, a orillas del arroyo Diablo, al noreste de San Juan, con sus paquetes recogidos, listos para marchar hacia los alrededores de Constanza a fin de eludir la persecución.

Los policías lograron rodear parcialmente el campamento antes de ser detectados.

Después de escasos disparos, la mayor parte de la banda tomó el monte, con la excepción de Olivorio y dos de sus seguidores, quienes se posicionaron detrás de varios anchos árboles,

desde donde pelearon hasta que fueron muertos. Los dedos primero y tercero de la mano derecha de Olivorio fueron cercenados por los tiros de un miembro de la P. N. D. mientras él sostenía su revólver disparando. Olivorio recibió quince disparos antes de caer.¹⁵

Del mismo laconismo del parte administrativo, que daba cuenta del logro tan ansiado, emerge la majestad del místico sureño, a quien hubo que derribar de quince balazos, varios de ellos para inutilizarle la mano con la que disparaba. Como parte de la prédica, había inoculado valor a los fieles, convenciéndoles que, gracias a la fe, serían inmunes a las balas, «untados» en el convencionalismo de entonces. El delegado Dios dominicano, por lo visto, se había autoconvencido de su reciedumbre a toda prueba y, seguramente más, de su supremacía sobre las cosas de este mundo, afrontando la muerte con menosprecio admirable. No bastaron los quince balazos, sino que se quiso convencer a la gente de su final, por lo que su cadáver fue conducido a San Juan de la Maguana, donde fue paseado sobre una litera. Por supuesto, para muchos, se trató de un hecho descartable, dudoso o equívoco, pues la divinidad por definición está más allá de la vida y la muerte.

Con Liborio murieron su hijo Eleuterio, el apodado Máquina ya mencionado y otro que solo se nombra por su apodo de Pañero. Otros tres miembros de la secta quedaron heridos y no se les había capturado días después. El de mayor jerarquía entre ellos, José Popa, siguió durante varios años las actividades del culto, en calidad de heredero, con el autocalificativo de Mesías. Fue sometido a hostigamientos decrecientes, y permaneció durante algunos años en la zona de La Pelona, donde lo visitaban caravanas de campesinos cargados de alimentos y bebidas.

¹⁵ G. A. Williams, comandante de compañía, al director del Departamento Sur de la PND, San Juan, 8 de julio de 1922. NARA, RG 38, E6, Box 50.

V

En cuanto fenómeno subversivo, la acción de Popa careció de posibilidades futuras, quedando en la dimensión de un fenómeno residual. Finalmente, las diversas modalidades de resistencia armada que se presentaron ante la ocupación militar se agotaron a mediados de 1922. Habría que preguntarse por qué coincidió la rendición de los «gavilleros» del Este, la aniquilación definitiva de los del Cibao y el exterminio casi completo de los liboristas alzados. Es posible que incidiera el anuncio de la desocupación de los norteamericanos, que, al poco tiempo, se concretaría en el Plan Hughes Peynado, pero parece más atinado encontrar una explicación en el agotamiento de tales acciones a partir de la consolidación de los efectos del programa de modernización puesto en ejecución por la Infantería de Marina. Es de ahí que se crearían las premisas de fondo para el establecimiento de la tiranía trujillista, anunciada por el contralmirante Knapp cuando insistió en que no se crearan tropas militares nativas, sino un simple cuerpo de policía, no sujeto a las manipulaciones de un aspirante a dictador. No es casual que Trujillo se perfilase desde entonces como una de las piezas claves del operativo institucional que preparaban los norteamericanos tras la desocupación.

Lo anterior explica que Popa depusiese su actitud y sus actividades fuesen toleradas. Tanto en las secciones rurales, como cerca de las urbanas, operaba en calidad de auxiliar informal de las autoridades.¹⁶ Se tornó en el foco de irradiación del culto. Finalmente se cumplía el propósito de la corriente religiosa de ser respetada. Ahora bien, en la época de Horacio Vásquez ya se había consolidado el Estado centralizado moderno. De tal forma, la religiosidad popular, encarnada máximamente en Popa, ya no podía desafiar al poder político, sino insertarse entre los espacios que este dejaba. Se trataba de un forcejeo de naturaleza distinta al que había existido hasta pocos años antes.

¹⁶ Información de Sucre Félix, en entrevista personal.

De cualquier manera, los campesinos seguían aferrados a su estilo de vida. En el mismo sentido, retornada a manos dominicanas, la autoridad central descartó la erradicación violenta de las prácticas religiosas y se propuso más bien utilizarlas.

Incluso Trujillo reprimió con cuidado las actividades de Popa y sus asociados, manteniendo el lineamiento previamente definido. Por supuesto, a la larga, el programa gubernamental de Trujillo incluía la imposición del catolicismo ortodoxo como cuestión elemental de civilización. Esto supuso un giro respecto a la tolerancia y aprovechamiento de los practicantes del culto liborista. Pero ni siquiera entonces se produjo una represión al estilo de la que se llevaba a cabo contra los enemigos políticos. Aunque agente del capitalismo, la dictadura supo mantener equilibrios con las formas precapitalistas, lo que contenía implicaciones políticas y culturales.

De todas formas, en su dimensión central, Trujillo se erigió en el paradigma antitético a la religiosidad popular, como representativo de la civilización y sus poderes, que propugnaban por desterrar la barbarie del pueblo pobre. La civilización triunfó en apariencia, como programa estatal, poniendo en alto las aspiraciones de los intelectuales liberales, solo que con un ordenamiento estatal inequívocamente despótico. Pero, en verdad, tal triunfo hay que ponerlo en entredicho, tanto en lo referente a sus frutos como a la capacidad de lograr tangiblemente su propósito de exclusión de la cosmovisión popular.

Hoy, a setentíun años de su muerte, Olivorio Mateo sigue siendo venerado a través de su imagen en altares que sirven al culto de los campesinos del suroeste, como aparecida milagrosamente en esquinas de figuras de santos. A diferencia de otros movimientos de resistencia, por haber invocado un sistema de trascendencia es que su acción se ha perpetuado en la memoria colectiva.

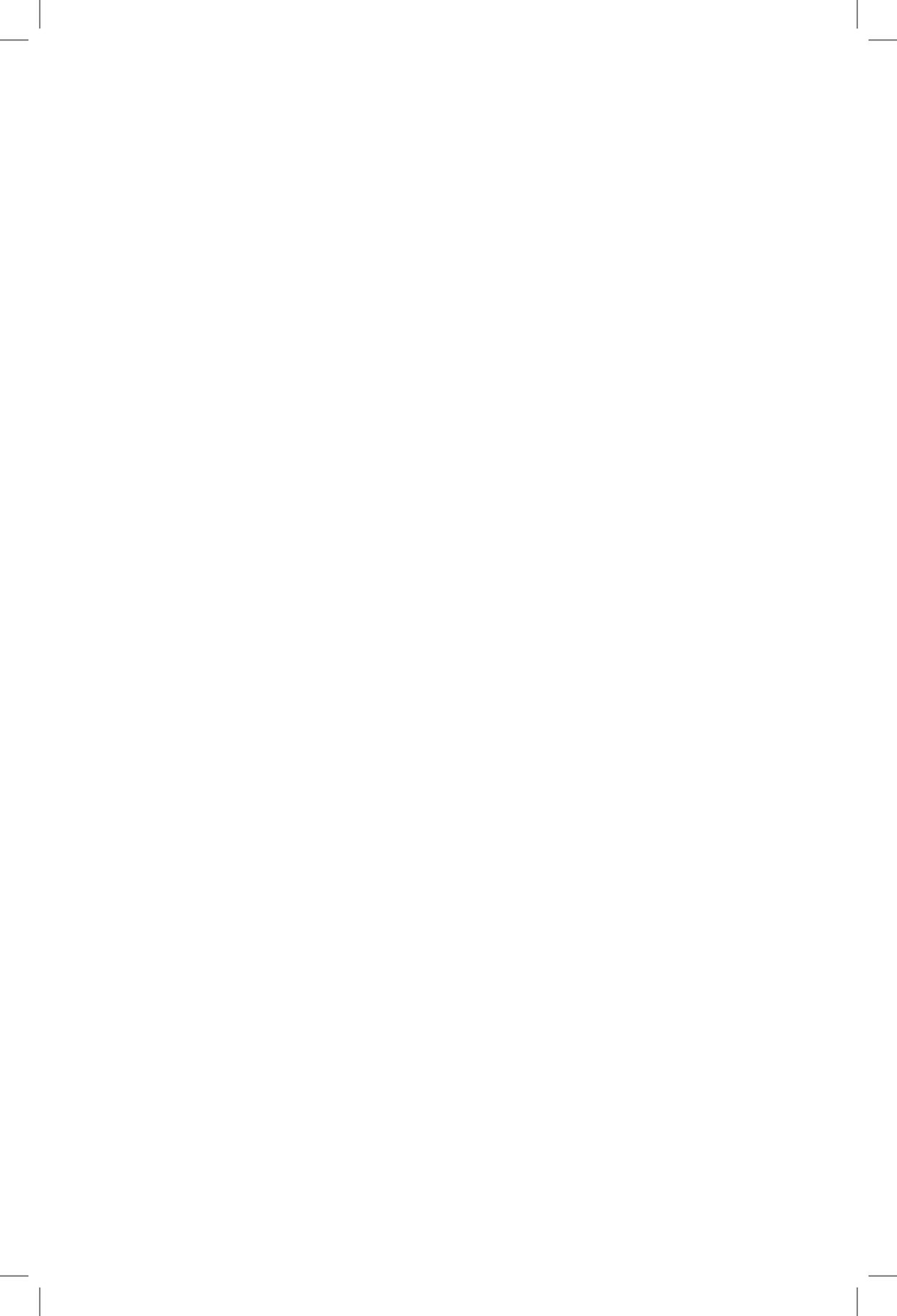
Isla Abierta, año XIII, núms. 634 y 635,
9 y 16 de octubre de 1993.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE, Alcibíades. *Títulos de los terrenos comuneros en República Dominicana*. Ciudad Trujillo, 1961.
- ALFAU DURÁN, Vetilio. «Para una historia de Higüey», en *Isla Abierta*, Núm. 626, 14 de agosto de 1993.
- AVELINO, Antonio. *Reflexiones sobre algunas cumbres del pasado ideológico dominicano*. Santo Domingo, 1995.
- BAUD, Michiel. *Historia de un sueño: los ferrocarriles públicos en la República Dominicana, 1880-1930*. Santo Domingo, 1993.
- BLANCO FOMBONA, Horacio. «El marino rubio y el dios negro», *Crímenes del imperialismo norteamericano*. México, s. f.
- BORDAS, José Rafael. *Frente al imperialismo*. Santo Domingo, 1923.
- CALDER, Bruce J. *El impacto de la intervención*. Santo Domingo, 1989.
- CALDER, Bruce J. *The Impact of Intervention*. Austin, 1984.
- CALDER, Bruce J. «Varieties of Resistance to the United States Occupation of the Dominican Republic, 1916-1924», en *Secolas*, vol. IX, 1980.
- CASSÁ, Roberto. «Campiña: un caso aislado de lucha agraria», en *Isla Abierta*, 14 de julio de 1990.
- CASSÁ, Roberto. *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana*. Santo Domingo, 1990.

- CASTILLO, Luis C. del. *Medios adecuados para conservar i desarrollar el nacionalismo en la República*. Santo Domingo, 1920.
- CASTILLO, Pelegrín. *La intervención americana*. Santo Domingo, 1916.
- CONTÍN AYBAR, Melchor. *Hato Mayor del Rey*. Santo Domingo, 1991.
- DOMÍNGUEZ, Jaime de Jesús. *La dictadura de Heureaux*. Santo Domingo, 1986.
- FULLER, Stephen M. y Graham A. Cosmas. *Marines in the Dominican Republic*. Washington, 1980.
- GARCÍA GODOY, Federico. *El derrumbe* (1996), segunda edición. Santo Domingo, 1975.
- GARRIDO PUELLO, E. O. *En el camino de la historia 1911-1967*. Santo Domingo, 1977.
- GARRIDO PUELLO, E. O. *Olivorio y otros ensayos*. Santo Domingo, 1963.
- GAUTREAUX, Julio. *Vicentino: héroe y mártir dos veces*. Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.
- GILBERT, Gregorio Urbano. *Mi lucha contra el invasor yanqui de 1916*. Santo Domingo, 1975.
- GÓMEZ, Luis. *Relaciones de producción dominantes en la sociedad dominicana, 1875-1975*. Santo Domingo, 1976.
- GONZÁLEZ, María Filomena. «Gavilleros», 1904-1924», en *Ecos*, año IV, núm. 5, 1996.
- GONZÁLEZ, Raymundo. «Ideología del progreso y campesinado en el siglo XIX», en *Ecos*, año I, núm. 2, 1993.
- HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Federico. *Nacionalismo*. Santo Domingo, 1925.
- HÖPELMAN, Antonio y Juan A. Senior. *Documentos históricos*. Santo Domingo, 1922.
- JIMENES GRULLÓN, Juan Isidro. *Sociología política dominicana*, 3 volúmenes. Santo Domingo, 1975-1980, vol. III.
- KNIGHT, Melvin M. *Los americanos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 1939.
- LEGRAND, Catherine. «Informal Resistente on a Dominican Sugar Plantation during the Trujillo Dictatorship», en *Ecos*, año IV, núm. 5, 1996.

- LÓPEZ, José Ramón. «La paz en la República Dominicana» (1915). *Ensayos y artículos*. Santo Domingo, 1991.
- LOZANO, Wilfredo. «Artesanos, burócratas y comerciantes: los trabajadores del calzado a la hora de la industrialización en la República Dominicana», en *Anales del Caribe*, núm. 6, 1986.
- LUGO, Américo. «Declaración de principios del Partido Nacionalista». *Obras escogidas*, 3 volúmenes, Santo Domingo, 1993.
- LUNDIUS, Jan y Mats Lundahl. «Olivorio Mateo», en *Estudios Sociales*, año XXII, núm. 76, 1989.
- MARTÍNEZ, Lusitania. *Palma Sola. Opresión y esperanza. (Su geografía mítica y social)*. Santo Domingo, 1991.
- MEJÍA, Félix E. *Alrededor y en contra del plan Hughes-Peynado*. Santo Domingo, 1922.
- MOQUETE, Clodomiro «Los gavilleros», en *Vetas* (separata), año III, núm. 20, julio de 1996.
- MUTTO, Paul. «The Illusory Promise: the Dominican Republic and the Process of Economic Development, 1900-1930», tesis doctoral en la Universidad de Washington, 1976.
- POZO, Manuel de Jesús. «Historia del movimiento obrero dominicano, 1900-1930», I y II, en *Realidad Contemporánea*, año I, núms. 2 y 3, abril-junio y julio-septiembre de 1976.
- RODRÍGUEZ, Genaro, et al. *Actualidad y perspectivas de la cuestión nacional en la República Dominicana*. Santo Domingo, 1986.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio (ed.). *Papeles de Pedro F. Bonó*. Santo Domingo, 1964.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio. *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*. Santo Domingo, 1975.
- SAN MIGUEL, Pedro. «Exacción estatal y resistencia campesina en el Cibao durante la ocupación norteamericana de 1916-1924», en *Ecos*, año 1, núm. 2, 1993.
- SCOTT, James C. *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven, 1985.
- SOSA JIMÉNEZ, Manuel. *Hato Mayor del Rey*. Santo Domingo, 1993.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abreu, Juan Pedro 18
Alburquerque, Alcibíades 11
Alcántara, Eduardo 158
Alfau Durán, Vetilio 185
Alfonseca, José 160
Aniana, Panchito 122
Aquino Ozuna, Tomás 158
Arias, Desiderio 52, 66
Astacio, Miguel (*Barra*) 84
Avelino, Antonio 84
Avelino, Antonio 38
Avelino, Pedro 84
Ávila, Lorenza 145
Aybar, Manuel Joaquín 53, 68

B

Báez, Liquito 54
Batía (hermanos) 170
Batía, Juan 67, 135,
Batía, Juan 135, 138
Batía, Ramón 27, 113, 135-139
Batista (apellido) 135
Batista, Agustín 135
Batista, Fulgencio 135

Batista, Miguel 97, 112
Batista, Ramón 55
Baud, Michiel 13
Bautista, Manuel 102
Bears, H. I. 192
Begazo, Carlos 147
Beltrán, Gabriel 74
Beras, Emilio 152, 168
Beras, Octavio 104, 115
Beras, Ramón 138
Berroa, Valentín 103
Betances, Emelio 42
Billini, Rocío 42
Blanco Díaz, Andrés 41
Blanco Fombona, Horacio 19
Bonnelly, Julio 55
Bonó, Pedro Francisco 17
Bordas, José Rafael 39
Bordas Valdés, José 79

C

Cabral, Buenaventura 191
Cáceres, Ramón (*Mon*) 13, 19, 24-25,
57, 118

- Calcagno, Juan 26, 53-54
 Calcaño, Rafael 57
 Calder, Bruce J. 9, 35, 106
 Candelario, Aníbal 138, 145-146
 Candelario, Manuel 85
 Caraballo, José María 84
 Carela, Bonifacio 112
 Carela, Emiliano 97
 Carela, José 166
 Caridad, Prebisterio 28, 75
 Carmelo 170
 Carmen, Pascual del 159
 Carnieles, Felipe 83
 Carrasco, Liquito 102
 Casasnovas (familia) 147, 159-160
 Casasnovas Garrido, Juan 147, 159
 Castellanos, Pedro Luis 41
 Castillo, Gerónimo 67
 Castillo, Juanico 66
 Castillo, Luis C. del 39
 Castillo, Pelegrín 24
 Cedano, Alfonso (Águila Blanca) 49
 Chalas, Polo 104
 Contín Aybar, Melchor 30
 Cordero Michel, Emilio 41, 96
 Cosmas, Graham A. 106
 Coss, Alberto 103
 Coss, Vetilio 103
 Cotuy, Ricardo 104
 Cruz, Dionisio de la 139
 Cruz, Francisco 144
 Cruz, Máxima de la 126
 Cruz, Perún de la 44
 Cruz, Rafael de la 138, 153
 Cuevas, Andrés 182
 Cuevas, Nicolás (*Colén*) 184, 192
 Cuevas, Simeón 137
- D**
- Dalmasí, Balelo 56
 Dalmau, Carlos 115
 Daniels, Josephus 195
 Davis, Henry 105, 107, 115
 Díaz, Nicasio 66
 Díaz, Rómulo 42
 Domínguez, Jaime de Jesús 10
 Domínguez, Fermín 169
 Donastor, Aniceto 185
 Duluc, Luis Emilio 68
- E**
- Echavarría, Francisco 98, 113
 Encarnación, José Ángel 42
 Evangelista, Vicente (*Bicentico*) 26-27, 29, 48, 53-54, 56-58, 69-70, 83, 89, 97-98, 101, 109, 113, 115, 127-128, 136, 142, 149, 153, 191, 194-195
- F**
- Fabio El Gago 66
 Faxas, Juanico 58
 Febles, Néstor 54-55, 58
 Feland, Logan 182
 Feliciano viuda Santana, Petronila 145, 159
 Feliciano, Inocencio 132
 Félix, Sucre 201
 Fernández de Castro (hermanos) 86
 Ferrer, Fidel 59, 108-109
 Frías, Eduardo 87
 Frías, José María 53
 Frías, Juan María 54

Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916

Fulgencio, Francisco Antonio 137
Fuller, Stephen M. 106

Guillén, Nicolás 28, 127, 129,
131-132

Gutiérrez, Juanito 82
Guzmán, Santos 54

G

García (hermanos) 159
García, Benjamín 197
García, Elpidio 159
García, Onorio 159
García, Pablo 131
García, Ramón (*Fején*) 142, 144
García Godoy, Federico 35
García Martínez (mayor) 57-58
García Rivas, Raúl 66
García, Sandra 42
Garnett, Frank 66, 80
Garrido Puello, E. O. 19-20
Gautreaux, Julio 97-98, 103, 111
Germán Arias, Juan 75
Gil, Cabo 27, 30, 145, 151-155
Gilbert, Gregorio Urbano 25, 29,
46, 48-49, 63, 69, 89-91, 97,
101, 109, 112-113, 144
Goico (familia) 74
Goico, Ramón 138
Goico Castro, Manuel de Jesús 106
Goicoechea, Salustiano (*Chachá*)
26, 48, 53, 63, 68, 70, 89-90,
101, 117, 147
Gómez, Luis 17
Gompers, Samuel 176-177
González, Luis 125
González, Raymundo 12, 41, 181
González Canalda, María
Filomena 24, 44-45, 72, 182
Guerrero (apellido) 143
Guerrero, Emilio 65, 82, 85
Guerrero, Juan Francisco 142
Guerrero, Marcial 114
Guerrero, Olivorio 58

H

Harding, Warren G. 37
Henríquez, Dionisio 121, 128
Henríquez y Carvajal, Federico 39
Henríquez y Carvajal, Francisco
35-36
Hernández, Martín 112
Hernández, Pedro 112
Hernández, Prebisterio 53, 56
Heureaux, Ulises (*Lilis*) 32, 43, 46,
49, 173, 184
Hoenes, W. 186, 195
Hoepelman, Antonio 37
Hostos, Eugenio María de 173
Hughes, Charles E. 37

I

Ibarra Ríos, Julio 31, 128

J

Jimenes, José Manuel 55
Jimenes Grullón, Juan Isidro 39,
51-54, 68

K

Kidd, Rafael 31
Kingsbury (capitán) 111-112

- Knapp, Harry Shepard 63-64, 104-105, 195, 201
 Knight, Melvin M. 13
 Knox (capitán) 136, 143
 Kunhardt, Bolívar 171
 Kunhardt, José Eugenio 171-177
- L**
- Lansing, Robert 177
 Larancuent (los) 58
 Larancuent, César 57
 Larancuent, Nene 57
 Laureano, Félix 114, 137
 Ledesma, Arnoldo 67
 LeGrand, Catherine 17
 Leoncio 146
 Liriano, Zenón 104
 Lizardo, Cecilio 112
 Lluberes, Félix 152
 López, José Ramón 11
 Lozano, Wilfredo 33
 Luciano, Ana María 21
 Lugo, Américo 38
 Lundahi, Mats 19
 Lundius, Jan 19
- M**
- Marte, Juan P. 84
 Marte, Ruperto 73, 128-129
 Marte, Tomás 146
 Martínez, Arturo 54
 Martínez, Eliseo 121
 Martínez, José 193
 Martínez, Julián 175
 Martínez, Lusitania 18
 Mateo, Cecilio 197
 Mateo, José Popa 199-202
- Mateo, Lauterio 197
 Mateo, Oliborio Prieto 199
 Mateo, Olivorio (*Liborio*) 18, 20-22, 179-180, 184, 186, 192, 196, 198, 202
 McLean, James 182, 184, 187, 193
 Mejía, Arístides 96, 112-113
 Mejía, Félix E. 39
 Mejía, Guadalupe (*Jacagua*) 142
 Mejía, Ismael 131
 Mejía, Juan (*Juanico*) 131
 Mejía, Leopoldo 138, 145
 Mena, Porfirio 104
 Mendoza, Juan 54
 Mercedes, Alejandro 159
 Mercedes, Joaquín 159
 Mercedes, Juan Francisco 145-146
 Mercedes, Manuel 54, 58
 Mercedes, Pascual Javier 166-168
 Mercedes, Tomás 152
 Merckel, Charles 95, 136
 Meriño, Fernando Arturo de 173
 Mojica, Barbarín 27, 41, 46, 148-149
 Molina, Ramón 152, 167-168
 Montilla, Hipólito 122
 Moquete, Clodomiro 30
 Moquete, Jacobo 130
 Morillo, Julio 22
 Morse, G. H. 186, 188, 193, 196-197, 199
 Moscoso Puello, Francisco 31
 Moya, Casimiro de 173
 Mutto, Paul 12
- N**
- Natera, Bulito 136
 Natera, Ramón 27, 30, 53-54, 113-115, 125-132, 136, 138,

- 141, 144, 146, 152, 157-158,
160, 169, 182
- Negro Bemba o Julio Bemba 168
- Niemen, Juan 33
- Nieves, José 145
- Núñez, Juan Isidro 87
- Núñez, Manuel de J. 81
- Núñez, Ulises 130
- O**
- Ortiz, Nicanor 66
- Ortiz, Regino 159, 170
- Ovando, Zenón 53, 57, 98-99, 147
- Ozuna, Prietico 27, 131, 137, 141,
145
- P**
- Pastor, Mon 166-167
- Paulino, Amador 128, 132
- Pedro Francés 104
- Peguero, José C. 196
- Peguero, Martín 27, 30, 113, 135,
141-146, 149, 157, 159-160
- Peguero, Wenceslao 42, 103, 130,
158, 164, 166, 168, 170
- Pendleton, Joseph Henry 107
- Peña, Feliciano 65
- Perdomo, Rafael 197
- Pérez, Aldriano 42
- Pérez, Manuel 142, 145, 153-154
- Pérez, Miguel 185
- Peynado, Francisco J. 37
- Peynado, Jacinto B. 57
- Piña, José 30
- Pión, Adolfo 85
- Pozo, Manuel de Jesús 31
- Puello, José 54
- Q**
- Quezada, Tirsis 41
- Quiroz, Aguasanta 144, 147
- R**
- Ramírez, Antonio 54-55, 81, 191
- Ramírez, José del Carmen
(*Carmito*) 20, 25
- Ramírez hijo, José del Carmen 20
- Ramos, Sergio 112
- Ravelo, José Agustín 131
- Rayano, Antonio 132
- Reyes (hermanos) 159
- Reyes, Bulilo 157, 159-160
- Reyes, Chicha (*Chichí Metra*) 158
- Reyes, Eloy 157
- Reyes, Juan 159
- Reyes, Luciano 102, 115
- Reyes, Mayito 27, 144-146, 157-
159, 170
- Reyes, Secundina 141, 143
- Ricart, Miguel 65-66
- Rijo (hermanos) 75
- Rijo, Alifonso 130
- Rijo, Francisco 54
- Ríos, Avelino 30, 128
- Ríos, Julio 30
- Rodríguez, Ángel 65, 67, 85
- Rodríguez, Eliseo 56
- Rodríguez Demorizi, Emilio 17, 32
- Rodríguez Morel, Genaro 40-41
- Rojas, Emiliano 55
- Romero, Domingo 157, 170
- Romero, Eustaquio 158
- Romero, Lalín 197
- Rosario, Damián 54
- Rosario, Dominga 74, 130
- Rosario, Feliciano del 54
- Rosario, Gabriel del 54
- Rosario, María del 167

Rosario, Pedro Celestino del
(Tolete) 41, 83, 113-115, 144,
 147-150
 Rueda, Manuel 41

S

Sabino, Antonio 84
 Salas, Luis María de (*Severa*) 137
 Salomón el Árabe 102
 San Miguel, Pedro 15-16, 182
 Sánchez, Juan Francisco 144
 Sánchez González, R. 67
 Sandino, César Augusto 29
 Santana, Hipólito 169
 Santana, José 85
 Santana, José María 114
 Santana, Miguel 83, 85
 Santana, Salvador 84
 Santana Rijo, Teófilo 75
 Santana Silvestre, Basilio 98,
 113-114
 Santillán, Bernardino 122
 Scott, James C. 17
 Senior, Juan A. 37
 Severino, Gregorio (*Goyito*) 42,
 64, 83, 85
 Severino, Ismael 139
 Silva, Eladio 84
 Silva, Manuel 54
 Silvestre, Esteban 54
 Silvestre, Ramón (*Mon*) 28, 125,
 127, 130-131
 Sirina, Telésforo 112
 Soler, Ciprián 42
 Sosa, José María 85
 Sosa Jiménez, Manuel 135, 137,
 149, 159-160
 Spalding, Hobart 42
 Suriel, Modesto 18

T

Tavera, Israel 112
 Tavera, Pablo 112
 Tejada, Valentín 175
 Tejera, Emiliano 12
 Thorpe, George C. 194-195
 Tiburcio, Juan 84
 Trujillo, Rafael L. 40, 195, 201-202

U

Ubiera, Juan (*Muñiñingo*) 30

V

Valdez, Arquímedes 18
 Valencio (hermano) 122
 Valencio, Esteban 122
 Valencio, Eustacio 122
 Vásquez, Horacio 39, 52, 89, 98,
 141, 201
 Vásquez, José 158, 170
 Vásquez, Luis 150, 160
 Vásquez, Manuel 83
 Vásquez, Ramón 28, 42, 64, 83,
 86, 106
 Velázquez, Federico 51
 Velorio, Celestino 130, 151
 Veloz, Teófilo 58
 Vicini, Juan Bautista 80
 Vidal (general) 191

W

Watson, Thomas 195
 Williams, Gregon A. 199-200
 Wilson, Woodrow 36-37, 51-52,
 177

Z

Zapata, Mayito 132
 Zorrilla, Andrés de Jesús 144, 153

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. XII *Obras de Trujillo*. Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802*. Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la babía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*. Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras.* Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. LXXXVI *Obras*. Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfletos de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas*. María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch*. Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CXXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yó también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alcamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944.* Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana.* Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano.* Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción.* José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología.* Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano.* Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939).* Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas.* Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939).* Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961).* Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961).* Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898.* Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España.* Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina.* Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte.* Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960.* Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacóismo burgués contra Salmave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI «*Sociología aldeada*» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones.* Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras.* Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario.* Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario.* Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933).* Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades.* Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos.* Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad.* Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis).* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología.* Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo.* César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826.* Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana.* Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guananí y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo.* Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!).* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís).* Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre.* Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era.* Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo.* Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos.* Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio.* Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana.* Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana.* Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos I y II.* José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 2, tomos III y IV.* José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias.* Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931*. Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965*. Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia*. Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014)*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives)*. Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I*. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II*. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy*. Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello*. Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominicano-haitiana 1763-2015*. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití*. Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquica burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos. Francisco Alberto Henríquez Vásquez (Chito)*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquilla. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teóduo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...* Volumen 3. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios.* Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias.* Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924.* Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo.* Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo.* Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana.* Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional.* Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIX *El gran olvidado.* Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916.* Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962.* José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV.* Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D.N., 2017.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo*. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D.N., 2017.
- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965*. Emelda Ramos, Santo Domingo, D.N., 2017.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espailat, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. IX *El montero*. Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. X *Rufinito*. Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bobó. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América*. Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve*. Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación*. Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Esta edición de *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916*, de Roberto Cassá, se terminó de imprimir en los talleres de Editora Centenario, S. R. L., en abril de 2018, con una tirada de 1,000 ejemplares, Santo Domingo, República Dominicana.